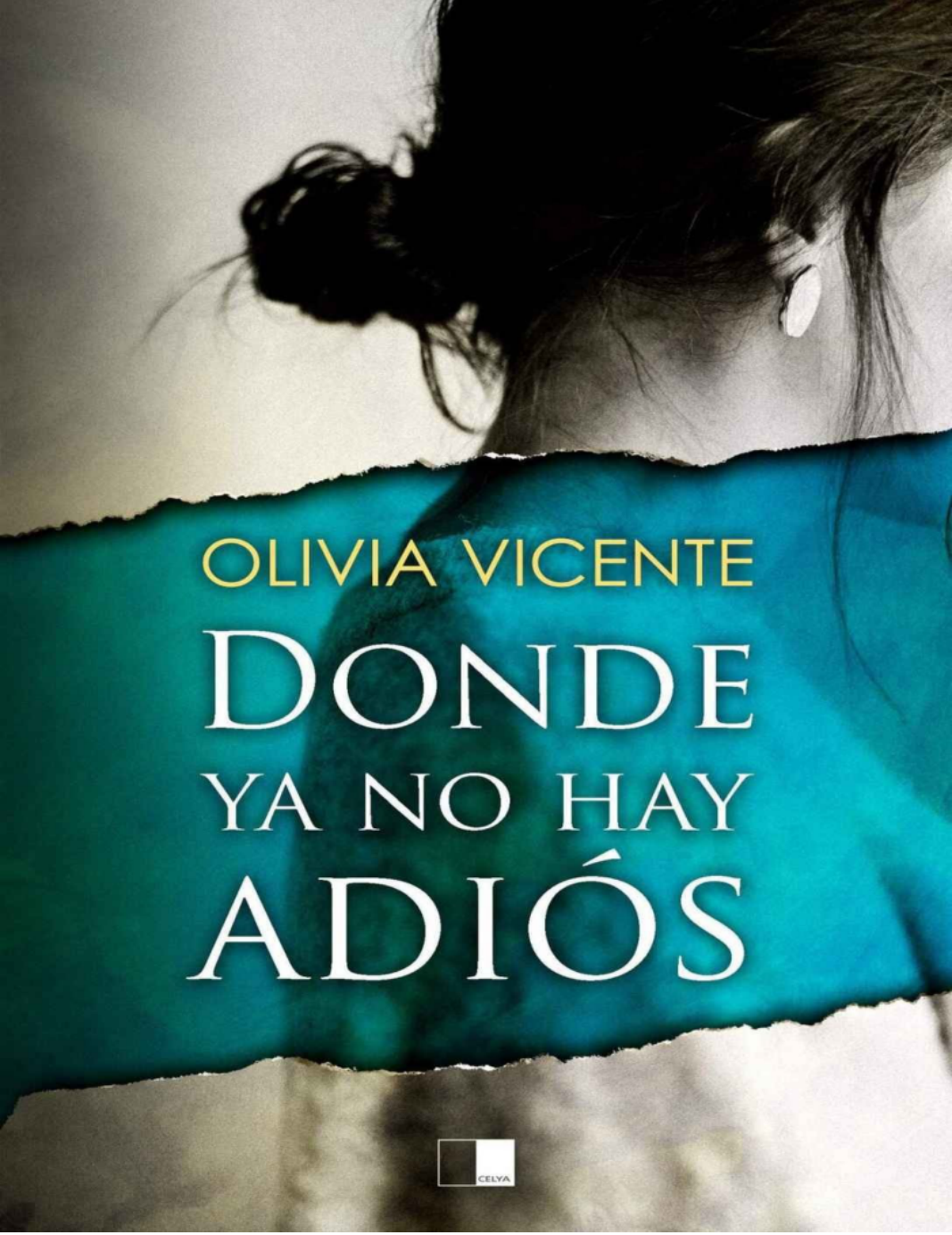
OLIVIA VICENTE
DONDE YA NO HAY ADIÓS
CELYA

Donde ya no hay adiós

Olivia Vicente

Contents

Title Page
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
EPÍLOGO
Agradecimientos

a Tavo

Estoy solo y no hay nadie en el espejo.
Jorge Luis borges

1
ONDAS DE LATENCIA

La mala hija. Esa era yo. Con la indiferencia aprendida a lo largo de los años, escuché sus disculpas.

—Somos tus padres, y no podemos, no debemos, vivir sin saber de ti.

Entre sollozos mi madre invocó el perdón a los pies de *El rapto de Europa* en el aeropuerto de Madrid-barajas. Demasiado tarde. Absurdo después de tantos secretos. Dejé que me acompañase hasta la zona de embarque, y sus balbuceos se me antojaron un bálsamo para los remordimientos. Crucé la cinta del control de seguridad para encarar el viaje a Argentina mientras luchaba contra el desorden de recuerdos y las ganas de fumar otro cigarrillo. Deseé darme la vuelta, comprender las explicaciones, decirle que quizás con el tiempo podría perdonarla. Perdonarlos. Pero interpuse una zanja de silencio. Yo, juez y parte, había dictado sentencia.

Necesitaba emplear a tope las energías en las tres semanas de viaje por el país del Cono Sur, aunque me sintiera el peor ser humano sobre la Tierra. Por mí, no. Por mi amiga Cati. Aquella tarde su llamada telefónica, entre llantos y risas, resultó una broma del destino. «He metido la pata, Paula. Hasta el fondo». Se había caído por las escaleras de la estación de metro de Cuatro Caminos, directa el infierno de aires viciados. El accidente puso fin a su participación en el viaje, a su sueño argentino alimentado desde la adolescencia con cada lectura, disco y largometraje, especialmente sobre tango, del universo rioplatense. busqué una excusa convincente para quedarme a su lado. ¿Miedo a volar? No le bastó. ¿Para qué ir yo sola? Cati conocía mis debilidades. Nada iba a impedir las vacaciones de su vida. Ni siquiera una pierna escayolada. «Tus ojos serán los míos», contestó, y esas palabras frustraron mis intentos de persuadirla.

Me introduje en el vientre del aeropuerto, un territorio hostil con decoraciones modernas. Las pertenencias en la bandeja, el cacheo tras el escáner y el control del pasaporte contribuyeron a soslayar el inesperado encuentro, dejar de darle vueltas a cuanto ella dijo y yo callé. Conduje mis pasos hacia la puerta A26 siguiendo las indicaciones. A26, A26. En la sala de embarque apenas quedaban asientos disponibles, ocupados la mayoría por maletas y bolsos con derecho a espacio propio. Encontré un lugar alejado del mostrador y

los paneles informativos. Sonó un aviso en español al sentarme en un asiento de la bancada y, luego, en inglés: vuelo retrasado. ¡*Delayed flight*! ¡Una hora! Los viajeros nos miramos unos a otros con fastidio. Recorrí las tiendas de la zona francaeroportuaria para evitar el desánimo embriagándome con su olor a *despilfarre hasta tranquilizarse*. Ofertas de perfumes, alcohol, embutidos y chocolate. blanco, con leche, puro, con frutos secos, de naranja amarga. Tras comprar unas barras de Toblerone y una botella de agua, me entretuve en las estanterías de libros. *El día que te fuiste*, *Recetas para el amor*, *Un universo de excusas*, títulos que apuntaban hacia argumentos tórridos bastante anodinos. Podía construir una casa con ladrillos de chocolate, pero no encontrar un libro de viajes similar a los de Jan Morris. Aburrida de dar vueltas, y empachada por las chocolatinas, regresé a la sala con las esperanzas puestas en el embarque. Me dispuse a leer los *Cuentos completos* de Poe tras unos minutos sin novedades. Sus tapas dobladas por las esquinas, el forro de plástico rajado en el lomo… ¡Ay, una década de párrafos subrayados y anotaciones en los márgenes! Juntos tejían historias paralelas para aliviar obsesiones y debilidades.

¿Estás en el avión?

Un mensaje de Catalina me sacó de la lectura.

No. Te avisaré. Han anunciado otra hora más de retraso.

Contesté a su *sms*. Se escuchó otro anuncio de demora.

—Siempre sucede igual —dijo una mujer. Disgustada, adormecía en los brazos a un bebé de pocos meses—. Da igual la compañía aérea. En pleno 2008 podemos mandar a la Estación Espacial Internacional un transbordador automático, sin tripulación, pero no salir a horario.

Estaba feliz a pesar del cansancio acumulado después de cinco horas de espera, pues podía escuchar las charlas entre los viajeros de lenguas, acentos y culturas dispares. ¡El paraíso del filólogo! Argentinos, bolivianos, brasileños, alemanes, ingleses, italianos se disputaban el turno de palabra. Quizás Cati llevaba razón. Quizás no solo cumpliría su sueño.

Vibró de nuevo el teléfono. Al ver el remitente dudé en abrirlo.

Buen viaje, hija.

No deseaba pensar en ella, ni en papá. Cerré los ojos durante unos segundos, consciente por primera vez de emprender un nuevo inicio. *Gracias*, contesté. Y añadí *besos* antes de enviar.

—Señores pasajeros, les requerimos su atención —el asistente de facturación se acercó al micrófono del mostrador—. Vamos a proceder al embarque. Tengan a mano el pasaporte y el billete. Comenzaremos por los pasajeros prioritarios.

Los corrillos de viajeros se disolvieron para formar una fila en zigzag que, en la parte final, se ensanchaba como la boca de un

embudo. No me apetecía esperar de pie, sentir los roces de otros pasajeros solo por adelantar milímetros en la cola. Me entretuve observando desde el ventanal de la sala el boeing 747, un gigantesco lápiz tintado de blanco y azul que por dentro se estrechaba en dos pasillos para acceder a las tres columnas de asientos. Apenas veía más allá del cogote del pasajero anterior. Una lata de sardinas para trece horas de vuelo.

—Perdone —dije a modo de disculpa una vez colocada la mochila en el portaequipajes—. Tengo ventanilla.

Una señora pequeña y delgada, con un antifaz para dormir de diadema, estaba a punto de ponerse tapones en los oídos.

—Ajá —balbució y se redujo a la mínima expresión para que pasara por un resquicio—. Avisá si querés ir al baño —sin más preámbulos, del bolso obtuvo una caja de pastillas y se tragó sin agua una amarilla, elegida entre varias de distintos tamaños, formas y colores—. ¡Hasta mañana!

La mujer destilaba experiencia en volar, incluso con los ojos bajo el antifaz. Se acurrucó descansando las piernas en el asiento de delante, a modo de barrera de carne y hueso, después de ahuecar la almohada sobre el apoyabrazos y envolverse con un chal de entretiempo y la manta de la aerolínea. Nunca se me ha dado bien conversar con desconocidos, ni siquiera sobre circunstancias climatológicas. La frontera de sus piernas me desconcertó. ¿Cómo saldría al pasillo? Aunque menuda, no pasaría sin molestarla. A punto de partir, ¿acaso importaba? Le mandé a Cati un *sms*.

Por fin, estoy en el avión. Comienza la aventura.

Disfruta por las dos —respondió rápida—. *¡Y no te olvides de escribirme!*

La aeronave empezó a moverse por las calles de rodaje. Las azafatas se colocaron a lo largo de los pasillos para explicar el uso del cinturón, del chaleco salvavidas y de la mascarilla de oxígeno. Alentador. De todas formas, si caíamos al vacío probablemente muriera de pánico antes de estrellarnos contra el océano. Me encomendé a Lou Reed, al tarareo de *Perfect Day*, con todas mis fuerzas sobre el reposabrazos. Un día perfecto para creer que soy distinta. Para crear alguien distinto. Y buscando la confianza, la seguridad que me faltaba, saqué del bolso la pitillera turquesa, un recuerdo de mi abuela convertido, entre las manos, en talismán. El avión se incorporó a la pista de despegue y, acelerando progresivamente, unos segundos después las ruedas perdieron contacto con el asfalto.

—Mira —exclamó una niña—. Se ve Madrid.

Me atreví a mirar por la ventanilla. Pecas luminosas alegraron la oscuridad. A pesar del miedo, los oídos zumbando, la presión en la

cabeza, la vista justificaba las horas de retraso y la noche anterior en vela. Por primera vez el riesgo no era sinónimo de angustia. Por primera vez.

Me distraje con el itinerario del vuelo en la pantalla y con un par de películas sin sustancia, éxitos de temporada mal doblados al castellano. Sin embargo, pronto dejé de prestar atención. Me puse a rebobinar una y otra vez las palabras de mamá, vencidas todas las posibilidades de entretenimiento. «Somos tus padres, y no podemos, ni debemos, vivir sin saber de ti». Ondas de latencia en mi cerebro propenso a la obsesión. ¿No era tarde para las lamentaciones? Mejor leer. Pero inútil. No avanzaba por las líneas de *La carta robada*. A seis horas de distancia de España, alejándome hacia otro continente, el aguijón de la melancolía envenenó el relato de Poe. ¿Y si yo no fuera más que un fantasma?

2
ATERRIZAJE

Dormida desde el despegue, bostezó la señora del asiento contiguo.

—Se terminó el milagro de la pastillita. Perdoname que no conversé con vos. No soporto este interminable trayecto. Mejor dormirlo. Por la hora y las turbulencias —dijo reparando en la ruta mostrada en la pantalla—, debemos estar sobre la costa brasilera.

Intenté una sonrisa pero los saltos en el aire me habían revuelto el estómago. La mujer, en cambio, se atusó impertérrita el moño.

—Tranquila —con suavidad puso sus manos sobre mis dedos, retorcidos por la angustia, en un gesto que me recordó a la abuela Águeda, al calor de su presencia—. Mirá a las azafatas —las señaló—: falta que se pongan a cebar mate. Procurá dormir antes de arribar. Siempre cuesta adaptarse a las cinco horas de diferencia y al cambio de estación.

—Lo he intentado pero el ruido, la postura y —bajé el tono de voz — los críos de atrás con sus patadas en el respaldo no ayudan.

—¿Es tu primer vuelo transoceánico?

—Sí.

—A todo se acostumbra una, hasta a ignorar las molestias de alrededor —se giró para reprender a los muchachos con la mirada—. ¿Viste? Si los papás no se encargan; ahora solo quieren ser sus amigos, en vez de sus educadores. En fin… decía que viajo una vez al año a España. Mi hijo más chico se fue a Madrid a cursar la carrera con el quilombo del Corralito y le gustó tanto que se quedó a vivir. Desde el 2002 paso de dos a tres meses en Madrid. ¡Ya se cumplieron seis años! Y vos, ¿por qué viajás? ¿Turismo?

—Es largo de contar —contesté tajante para zanjar la conversación ante los prolegómenos de un mareo. No quería ser desagradable, pero temía vomitar.

—¿Querida, cómo te llamás?

—Paula —respondí aturdida por el zumbido en los oídos y por el calor repentino en las sienes.

—Yo, Clarita. ¿Te sentís bien? Te decía que aún tenemos mucho tiempo para aburrirnos pero poco para disfrutar del efecto de otro somnífero —dijo riéndose.

—En realidad, su asiento…

—Tutéame —interrumpió—. Dormir con alguien al lado estrecha más lazos que un matrimonio.

—El asiento iba a ser para una amiga —dije controlando mi nerviosismo, y le conté cómo la fractura doble de la pierna, en la tibia y el peroné, frustraron los planes de viajar juntas—. Cati se ha esforzado tanto con cada detalle de las vacaciones que no desearía defraudarla.

—A todas las personas nos rejuvenecen los lugares desconocidos. bueno, vos sos una nena.

Sonreí poco convencida. El sofoco y la presión en los tímpanos habían pasado, pero aún me temblaban las manos.

—¿A qué le tenés miedo? Va a ser una hermosa experiencia.

—He prometido escribirle correos electrónicos cada jornada. Para alegrarle la convalecencia.

—En hoteles, bares y restaurantes hay internet, al menos en la capital. Y gratis. basta con tomar un café.

—Por si acaso, he activado el *roaming*.

—Ni te calentés. Es caro e innecesario. Sale más barato telefonear desde los locutorios. Un euro equivale a unos cinco pesos, aunque depende del día. En este país los precios son una montaña rusa. Por un par de euros podés hablar un buen rato con tu familia o tu amiga. ¿Dónde vas a hospedarte?

—En un hostal de San Telmo.

—¿Y qué vas a visitar?

—buenos Aires y Cataratas.

—buena época; en otoño no hace mucho calor y no llueve tanto. De todas formas, ¿llevás ropa de verano? Fácilmente se alcanzan los veinticinco grados en mayo.

—Metí ropa de abrigo y algunas prendas de entretiempo.

—¿Y a Calafate?

—¿Dónde?

—El Perito Moreno —aclaró.

—¡Ah! Los glaciares. Solo tengo tres semanas.

—Tiempo de sobra. Tenés que ir —objetó negando con la cabeza —. Sin dudarlo. Más adelante, durante el invierno, es complicado. Se suspenden las visitas. Iguazú y Calafate son dos joyas de la naturaleza argentina. Mi hija Laura trabaja en una agencia de viajes en el centro. Puede conseguir pasajes por precios accesibles si no viajás en fin de semana. ¿El de Cataratas lo tenés ya?

Asentí.

—La próxima vez organizá todo desde buenos Aires. Por las tasas e impuestos, desde tu país es más caro.

—¿La próxima vez? Son muchos kilómetros para repetir —sonreí.

—Mi hijo decía que nadie ni nada podía separarlo del barrio, de

los amigos. ¡Y se casó con una galleguita y tuvo dos nenas! Perdón, española. No es un insulto, es la manera de llamarlos a ustedes.

—En España creemos que todos los argentinos hablan con el acento porteño.

—Nada que ver. Hablan distinto en Misiones, al Norte del país, que en Santa Cruz, al Sur. Cuando vayas a los dos destinos…

—Si oyera esto Catalina —la interrumpí—, se burlaría.

—A tu edad, ponete el mundo… ¿Cómo dicen ustedes? ¡Por montera! ¿Cuántos años tenés?

—Veintiocho.

—Con todas las energías y sin dolores en los huesos. ¡Ya me gustaría a mí! Aprovechá la juventud, porque la vida transcurre veloz, más de lo que creés. Además, nadie te conoce. Podés hacer y ser quién quieras.

—Ya —dije sin mucho entusiasmo.

—Concentrate en el momento, no en lo que va a llegar o en lo que fue. Ojalá hubiera sabido esto a tus años.

—Me conformo con cierta serenidad dentro del avión.

—¿Serenidad? En cuanto pises Ezeiza va a surgir naturalmente.

—He estado leyendo la guía —incomodada porque se centrase en mí la conversación, la saqué de la bolsa del respaldo delantero—. Me la regaló Cati.

—*Argentina en dos semanas* —leyó el título en voz alta—. Veamos qué destaca del país —hojeó las páginas hasta dar con la sección dedicada a la comida—. Medialunas, alfajores, milanesas, asado, empanadillas, pizzas… Vas a volver con varios kilos, como yo de tantas tapas. Hablando de comer, ya traen el desayuno.

Una estela de café brasileño y sándwich de jamón y queso se adueñó de la cabina, a pesar de las bocanadas de olor a encierro. Mientras desayunamos, no se escuchaba nada más que el ruido de los motores. Abajo, un manto de niebla dejaba entrever apenas el mar de luces que competía con el Río de la Plata. Las intermitencias nos llenaron de curiosidad y las escasas dimensiones del ventanuco aumentaron mi nerviosismo. La inmensidad de quince millones de habitantes fraguó una espiral de interrogaciones. ¿Cómo podría desenvolverme por la ciudad, cuadrar los horarios de los desplazamientos y las excursiones, calcular los gastos según la moneda? Ya no podía dar marcha atrás.

—Señores pasajeros, buenos días, les habla el comandante —la voz nasal del piloto interrumpió la melodía de los altavoces—. En nombre de la aerolínea queremos darles las gracias por haber escogido este vuelo. Debido a la demora en barajas, estamos esperando pista para aterrizar en el Aeropuerto Internacional Ministro Pistarini de Ezeiza. Son las 7:35 minutos. La temperatura en buenos Aires es de dieciséis

grados centígrados y se espera una jornada de nubes y claros. Hora estimada de llegada: 8:05. Para conexiones con otros vuelos, la información está disponible en los paneles electrónicos y en los mostradores al efecto de la Terminal A. Sentimos las molestias. *Ladies and gentlemen, good morning. Welcome on board…* —siguió en inglés.

En el descenso se deshilachó la bruma entre los rayos tímidos del sol. El alumbrado trazó las avenidas, los edificios y el tráfico como si las estrellas se hubieran derramado en el suelo. Una perfecta sinfonía de sugerencias ralentizándose a medida que el boeing 747, con su barriga de trescientos asientos, se dispuso a cortejar la pista. Finalmente, aunque temiese lo contrario, tentó el asfalto con suavidad. Los pasajeros, conteniendo el aliento hasta el término de la frenada, se lanzaron a un aplauso común, quebrado por un *¡Viva Argentina!* entre risas y comentarios.

Jet lag, hambre, somnolencia. Y una gran capital, la buenos Aires de Arlt, Cortázar, bioy Casares, Alfonsina Storni, Martha Argerich, tango, fútbol, café, dulce de leche y exiliados.

Hombres y mujeres en busca de un futuro mejor, o quizás solo distinto, alejado del hambre, las guerras, el descontento. Tradición e innovación en los pasillos previos al control policial. Allí, con el pasaporte y el billete de avión en la mano, nos dividimos en dos filas, argentinos y extranjeros. Éramos muertos vivientes, entregados a la desidia, el agotamiento y la resignación, solo en movimiento con cada parpadeo en el panel de turnos.

—Gallega —ladró una policía—, ¿no viste el cartel? Prohibido usar celulares.

Observé alrededor; se refería a mí, ahora encendiendo el teléfono para tratar de mandar un mensaje avisando de la llegada. Lo metí en un bolsillo del pantalón vaquero. Con los nervios no encontraba la documentación. Ni en el bolso, ni en los compartimentos de la mochila, ni en los bolsillos del pantalón o del abrigo. La luz titiló: mi turno.

—Los tienes en la mano —indicó, detrás, un hombre.

—¿Cómo? —pregunté aturdida.

—El pasaporte y la hoja de migraciones.

Me sentía estúpida aceptando la sonrisa de lástima por parte del señor, así que avancé, cabizbaja y llena de estupor, hasta la cabina donde la mujer policía me recibió con descaro. Y, golpeando primero el cristal para el reconocimiento facial y luego el lector de huellas digitales, me ordenó los pasos a seguir.

—Turista. Noventa días —selló con fuerza el pasaporte—. ¡Siguiente!

Encaré el tramo hasta la pasarela de equipajes. Clara agitó el brazo para que me acercase a su lado.

—Una boluda —dijo después de contarle sobre el incidente—. A muchos argentinos se les olvidó que somos una nación de inmigrantes. Pero supongo que lo mismo ocurre en España, ¿no?

—Sí —contesté pensando en la yaya.

La mujer se alisó las arrugas del pantalón e irguió con pose señorial la barbilla. La pasarela empezó a reptar.

—¿Cuántas valijitas despachaste?

—¿Perdón?

—Maletas —aclaró. Era evidente que debía aprender cuan- to antes el léxico diferente al español peninsular para adaptarme pronto.

—Una grande.

—Entonces no necesitás un carrito. ¿Me traés uno mientras espero a que salgan? Allá —indicó una fila en la que varias personas competían por adueñarse de uno.

Aún tardaron en aparecer las maletas, así que me recomendó bares y rincones al margen de turistas. Después, salimos de la terminal. El tráfico colapsaba la entrada y la salida, pero la mujer caminó hasta un coche sin arredrarse. Su carácter decidido me puso más nerviosa y, mientras negociaba con dos conductores, terminé de fumar un cigarrillo.

—Al marcharse por primera vez a Madrid, mi hijo se encontraba perdido como vos —suspiró—. Allá se portaron tan bien que siempre quise devolverle el favor de la misma manera a quien como él lo necesitase. No vamos en la misma dirección para compartir auto. Este remís es de confianza; conozco la empresa desde hace años. Vas a viajar a gusto y tranquila. Podés pagarle en pesos, euros o dólares. Tomá también la tarjeta de la agencia donde trabaja Laurita. Viajá a Calafate, linda —me besó en la mejilla visiblemente emocionada—. Acordate que acá solo se da un beso.

En medio del hormiguero, un guardia intentaba ordenar el tráfico sin mucho éxito. El remís aceleró, cruzando por el paso de cebra entre las quejas de los viandantes. Nos incorporamos a la autovía. El campo, una extensa pradera verde y llana a ambos lados de la carretera, fue salpicándose de casas, que, ocultas tras el follaje de arbustos y árboles, saludaban tímidamente. A medida que aumentó la densidad de vehículos, las viviendas crecieron en número y en pisos, y el sol fue fragmentándose entre los edificios. El conductor, con acelerones y frenazos, escupía improperios mezclados con el humo del cigarro. Nadie sabe conducir. Nadie sabe andar. Desahogando su ira, apretaba el claxon. Pero lo más alarmante fue que ignorase los semáforos en rojo. Tragando las fumaradas —en vez de salir por la ventanilla entraban con los pisotones en el acelerador—, casi se me desata la risa floja recordando el irónico consejo de la mujer. Si esto era más seguro, ¿qué implicarían las otras opciones? Sin embargo, como socorro, y

quizás leyéndome el pensamiento, el conductor puso la radio y el bandoneón de Astor Piazzolla mitigó la tensión, impulsando con una melodía desgarradora las sucesivas imágenes urbanas. «He llegado sola a buenos Aires», murmuré, «en mi equipaje, los *Cuentos completos* de Poe, un cuaderno, la pitillera de la yaya, una guía, el neceser, ropa y calzado. No hay vuelta atrás». Avanzar por las calles de una ciudad desconocida me insuflaba de una extraña libertad.

—¿Falta mucho?

—En realidad, la mitad de trayecto, pero buenos Aires siempre es un quilombo. Trato de esquivar el tráfico —dijo suavizando la voz—. Española, ¿no? ¿Del Madrid o del barça?

—No me gusta el fútbol —la respuesta enfrió su entusiasmo—. ¿Qué son esas casas?

—Una villa. Como las favelas de brasil. ¿Sabe? Está de moda la 31. Los estadounidenses pagan por un tour en el interior. Lujo y miseria en el barrio cheto de Retiro. Ni el gobierno local ni el nacional se atreven a sacar a los negros. Construyen las viviendas una arriba de otra, en torre, justo enfrente de departamentos que valen medio millón de dólares. Y los demás nos rompemos el lomo laburando. ¿También es así en España?

—No sé —contesté sin saber qué decir. Además comenzaba a molestarme su tono.

—El interior es un laberinto de calles y escaleras. Una vez llevé a unos de Texas o California. No sé de dónde. ¡Recontentos por entrar en las casas! Se caen a pedazos, pero tienen antena parabólica.

Ese cemento sin color, esos techos de chapa eran también buenos Aires, una terrible postal de planos y escalones posibles para Escher. Cerré los párpados. El conductor subió la música de la radio.

—Señora —dijo entre dientes—, este es el hotel.

Me había dormido. Dudé por un momento. No soñaba. En la puerta del bolívar me saludó un letrero escorado: *Bienvenidos*.

3
DORREGO

Desperté sobresaltada por el claxon de un vehículo. Ni la ventana, ni la mesilla, ni la cama eran las de mi piso en Madrid. El aliento apestaba a mezcla de sed, hambre y nervios.

—¿Estoy en el hospital? ¡Qué tontería! Es el hostal, claro.

El nuevo horario había vencido, aun a sabiendas de que sucumbir al sueño a deshoras probablemente me causaría una noche de insomnio. Con el rostro pegado al libro y la garganta seca, busqué el móvil para comprobar la hora entre el montón de ropa desparramado sobre la cama. Tal vez mediodía. O ya la tarde. Difícil saberlo solo por los haces de luz filtrados a través de las rendijas de la persiana. Después de tantear las paredes, al encender el interruptor cada elemento encajó como si se tratara de un puzle. Después de la ducha me había quedado dormida hojeando la resolución de *La carta robada*. No pude contener la tos por la baja temperatura del aire acondicionado. Porque un nuevo episodio de ansiedad no podía ser. Ya no. Imposible. No sé si fueron las escaleras de altos y estrechos peldaños, proyectados hacia un corredor oscuro y enmoquetado de rojo deslucido, o mis objetos, desperdigados por la habitación y desprovistos de su cotidianidad; pero unas y otros aumentaron mi extrañeza, la sensación de que estos paisajes recientes, pero cotidianos, explicaban los pliegues del pasado. Las comisuras de los labios, la marca de una herida, los hombros derrotados crean su cronología en nuestro cuerpo, dividido en recuerdos y multiplicado por las personas que conocen cada uno de los poliedros de nuestra personalidad. Los *Cuentos* de Poe, a diez mil kilómetros de aquella vida en Madrid, llamaron mi atención con el perfume de una flor ya caduca. Froté con fuerza los párpados hasta desnudarlos de somnolencia y confusión. Ya más despierta, dejé que entrase la luz y el aire del exterior abriendo la ventana. Por la televisión encontré, en el Canal 7, un vídeo con imágenes de buenos Aires al ritmo de *Cosas imposibles*, de un tal Gustavo Cerati. Contagiada de su alegría, primero con timidez y luego entregada a la melodía, bailé por toda la habitación. Todo era nuevo, hasta la música, y eso era tan aterrador como estimulante.

Mi pasión del porvenir es la eternidad.

No me hablen de esperanzas vagas, persigo realidad.

Moira, aquella mujer que a machetazos, rasgando el subconsciente y el océano, amenazaba con presentarse a mi lado bajo la forma y peso de un cuerpo palpable. Como entonces, en el hospital. La renuencia al olvido conectó buenos Aires con aquel verano de 1997. Para zafarme de la fragilidad de ese espacio, me vestí con una camiseta, los mismos vaqueros azules desgastados y un jersey de lana fina, y, metiendo en el bolso la pitillera y el cuaderno, bajé las escaleras.

—¿Qué tal durmió? —se interesó el recepcionista. Con un ojo atendía las noticias de un televisor minúsculo bajo el mostrador y con otro me examinaba de pies a cabeza.

—Demasiado.

—Ya se va a acostumbrar al horario y a la estación. Hoy parece verano. ¿No trajo campera? Abrigo, quiero decir —añadió viendo mi cara de duda—. Hay mucha humedad; al anochecer, seguro que está fresco.

—Lo he dejado arriba. No sabía qué ponerme para no pasar ni frío ni calor. Debería cogerlo. Perdón, agarrarlo —dije avergonzada por mi poca delicadeza—. ¿Podría usar internet? Una filóloga sabe que debe evitar ese vocabulario tan básico pero una cosa es la teoría y otra, la práctica. No esperé la respuesta. Con las mejillas ardiendo por mi metedura de pata, me puse a escribir un correo a Catalina sobre mi llegada a la capital. Después de consultar en internet varios lugares de la guía turística, el recepcionista me ayudó a trazar un itinerario por el barrio San Telmo.

—En la Plaza Dorrego, a unas cuadras —dijo el recepcionista, acercándose al ordenador—, hay un bar con el café espectacular y las medialunas riquísimas —las tripas, nada más oír hablar de comida, comenzaron a ronronear—. Se llama Dorrego, como la plaza. Desde ahí camine hasta Plaza de Mayo. En este planito le marqué algunos puntos de interés. Pero antes no se olvide de la campera.

Durante el recorrido las tiendas en sus escaparates exhibían bargueños barrocos, butacas coloniales, biombos de bambú, cristos dolientes, sabinas raptadas. Decoraban las calles en decadencia, afeadas por desagües de enorme boca y el declive de fachadas llenas de grafitis y grietas. En cada detalle creía reconocer rincones de la Gran Vía madrileña, pero también señas de identidad, como las cariátides en carne de mármol a la entrada de una vivienda, que fotografiaba con mi Nikon D70. El protagonismo del barrio, de esta enorme galería de arte, recaía en el viejo Mercado. A pesar de su exterior italianizante, clásico, me trasladó a través del ramaje de hierro y vidrieras del interior al Mercado de Abastos de Zamora, a mi

niñez, cuando íbamos mamá, papá y yo a comprar el cabrito para la Nochebuena. bajo la bóveda, un cogollo de tiendas exhibía fruta, carne, especias y platos recién cocinados; pero, más que un mercado de alimentos, el de San Telmo es un anticuario para turistas. Los soldados de plomo, vinilos, naturalezas muertas, horquillas, carteles del Che o Maradona, camafeos con la imagen de Evita Perón, sombreros Pillbox recordaban al caos del Rastro de Madrid, un rosario de artilugios que Catalina y yo observábamos con devoción cuasi religiosa las tardes de domingo. A la salida del recinto compré un par de empanadas, una de humita y otra de carne, para terminar el camino en la esquina de la plaza, junto al bar Plaza Dorrego.

Por los ventanales, los clientes nos miraban a los transeúntes como si fuéramos personajes de una representación teatral a la caza de un recuerdo, de un *collage* anacrónico; en cambio, nosotros, los viandantes, los observábamos como esculturas de un museo agarrando tazas de café. La postal parecía una cinta de Moebius mordiéndose la cola. Los límites se diluían según la perspectiva. Abrí la puerta y, nada más entrar, un murmullo de conversaciones me meció hasta una de las pocas mesas disponibles. El polvo cubría las vitrinas repletas de botellas y las paredes mostraban, junto a un dédalo de promesas y firmas grabadas a punta de llave o bolígrafo en la madera, las fotografías de Carlos Gardel, Roberto Goyeneche, Julio Sosa o Hugo del Carril. Turbada ante la profusión de adornos, no era capaz de mantener la vista en un punto fijo. La melancolía es la amante lucrativa de buenos Aires. Me senté en un rincón junto a una mesa. Cerca, unas gafas colgaban del lomo de un libro. A su encorvado dueño, entre suspiros de escritura y sorbos al vino tinto, se le escapó una mirada al exterior.

—Perdió el ayer, aunque conserva su encanto —se giró al oír el disparo de la cámara.

—Siento molestar —me disculpé.

—Me gusta ser una pieza de este museo —dijo quitándole importancia, y acercó su silla a mi mesa—. Vengo todos los días. Leo el diario, tomo un café y rimo unos versos, aunque esto sin demasiada destreza, dada la presión de los dos colosos —señaló la fotografía de borges y Sábato—. ¿Conocés su historia? Tal vez te estoy aburriendo.

—En absoluto. Hasta el suelo de ajedrez llama la atención. ¿De qué hablarían?

—Del clima, la crisis económica de ese verano de 1975. O quizás del silencio entre ellos, que duró dos décadas. Lo único que les unió eternamente fue su amor hacia la literatura. Perdoná mis cosas de viejo a punto de jubilarse, aunque, según mi mujer, retrocedo a la adolescencia. Y vos, ¿en qué etapa te encontrás?

—En la de elegir sin saber qué —aclaré mostrando el callejero.

—bella encrucijada, entonces. Dejame que sugiera un itinerario; quizás encuentres parte del tesoro.

Aún permanecí un rato más, hasta el atardecer, al susurro de su lápiz contra las hojas de papel. Me alejé de la cafetería siguiendo la ruta del mapa. A cada paso, la extraña sensación de mediodía fue calándome con la misma insistencia que la humedad hasta revelar a esa Paula que, meses antes de comenzar las clases en Filología Hispánica, se despertó en un hospital sin reconocerse. Un tatuaje de imágenes mal borradas. Y, como en un poema de Cavafis, enterrados en el miedo…

nos consumimos planeando el modo de esquivar el peligro seguro
que tan atrozmente nos amenaza.

4
SENTIDO

Sentido… Solo era un eco, una palabra sin significado desde la lejanía. Los ojos, heridos por la luz, se abrían y cerraban mecánicos para enfocar, en primer lugar, el tintineante fluorescente del techo, y luego, más cerca, las inspiraciones y exhalaciones de un pecho agitado bajo el camisón azul; los oídos, como dentro de una cápsula vítrea, reunían y separaban sonidos en busca de la familiaridad; y las manos, frías y acartonadas, palpaban la superficie áspera de la cama. Lo único real aquella cama, el olor a desinfectante y el quejido del tránsito sobre el suelo del pasillo. Así se fue bosquejando el hospital alrededor de un cuerpo. Sin embargo, de quién era esa piel, e incluso qué ciudad se vislumbraba más allá de la ventana, resultó la estampa de una vaguedad.

—¿Cómo te encuentras, Paula? La enfermera me ha avisado de que acabas de despertar.

—¿Paula? —me sobresaltó no tanto su entrada en la habitación sino mi voz, remedo de una farsante.

—¿No recuerdas tu nombre?

—No.

La certeza atenazó mi rostro; en cambio, ella aparentaba una tranquilidad exasperante. Cogiendo la silla situada al lado de la puerta, se sentó a escasos centímetros de la cama sin ni siquiera presentarse. En otras situaciones hubiera considerado ese detalle una impertinencia; pero, cubierta por un camisón exiguo que amenazaba con desatarse en la espalda y una sábana desgastada, la prioridad se centró en un nombre pronunciado: Paula. Según el bolsillo de la bata, la mujer se llamaba Dra. Claudia de Prado Jiménez y su especialidad, Psiquiatría. Sus treinta y tantos años y su aspecto juvenil no evitaron que se desencadenaran cientos de preguntas sin respuesta. Hasta el momento, había imaginado a los psiquiatras con cara de Sigmund Freud y traje de funeraria. Tristes, con barba tupida y canosa, gafas de pastas gruesas, embutidos en un atuendo monocromo y deseosos de indagar acerca de los traumas asociados a la sexualidad y la madre. Sin embargo, Claudia exhibía, bajo la bata desabotonada, un vestido floreado, ceñido en el pecho, desde donde una cascada de telas desparramaba sobre las patas de la silla un abanico de colores. Sacó del bolsillo un bloc apenas más grande que su mano. Después de

escribir la fecha, levantó su rostro de sonrisa sincera, pero en su entrecejo, ligeramente fruncido, intuí preocupación, o quizás solo curiosidad.

—¿Qué día es hoy? —preguntó atenta a cómo mi rostro se empañaba de oscuridad.

—No sé… No sé —repetí ahogada por la furia de los latidos.

—Tranquila —dijo la doctora.

—No puedo respirar.

Me ayudó a incorporarme de la cama.

—Inspira profundamente y espira sin prisas. No va a ocurrir nada malo.

—Tampoco puedo hablar —articulé un gruñido.

—Claro que sí. Estás hablando.

Y, sin embargo, las cuerdas vocales parecían petrificadas por la pesadilla. ¿Por qué no lograba despertar? Sentada en la cama la opresión del pecho disminuyó y los pulmones recuperaron su flexibilidad. No obstante, antes de volver al interrogatorio, aún esperó unos minutos más a que la respiración terminara de apaciguarse.

—Es 17 de julio de 1997 —aclaró.

—17 de julio.

Al reiterar la información trataba de desenmarañar mi cerebro.

—¿Sabes dónde estás?

—En un hospital.

—¿Y la localidad?

—¿Por qué me atosiga? —interpelé con el rostro oculto tras las manos—. No voy a saber contestar.

—Paula, son necesarias las preguntas para valorar…

—¿Valorar qué? ¿Cómo de perdida estoy? ¿O cómo de loca?

—No estás loca sino desorientada, que no es lo mismo. Nos encontramos en la planta de Medicina Interna del hospital San Ildefonso a la espera de una habitación en otra área.

—¿En Zamora?

—¡Exacto! —dijo visiblemente satisfecha—. ¿Ves cómo vas recordando? Tus padres están impacientes por entrar.

—¿Mis padres?

Me sentía estúpida ante una pregunta tan evidente.

—Los tenías muy preocupados. No despertabas. Han pasado casi cuarenta y ocho horas desde tu hospitalización.

—Debo estar soñando… No puede estar ocurriendo —dije pellizcándome el brazo, incapaz de soportar esta broma siniestra.

La psiquiatra dejó el bloc sobre la cama y, mirando al ventanal, suspiró, tal vez para buscar el comienzo más idóneo de una nueva biografía.

—El pasado 15 de julio, a las tres de la tarde, ingresaste en

Urgencias con pérdida de conocimiento, deshidratación, tensión baja y pulso acelerado. Desde entonces, realizamos pruebas para descartar tumores, daños en el sistema nervioso o accidentes cerebrovasculares. Los resultados dieron negativo, pero no recobrabas la conciencia. Tras someterte a diversos tratamientos y hablar con tus padres…

—Pero, ¿cómo los localizaron? —interrumpí.

—Después te cuento esa parte. Decía —prosiguió— que, tras entrevistarnos con ellos, decidimos aplicar una medicación con el objetivo puesto en descender los niveles de ansiedad. ¿Recuerdas haber estado sometida a mucho estrés?

—Ya le he dicho…

—Comprendo —volvió a escribir en el bloc, esta vez no solo un par de palabras sino un párrafo largo, lejos de mi campo de visión, que no puede leer—. Parece que has sufrido un ataque de pánico, aunque el desmayo nos hizo replantear las hipótesis previas. Una vez que vayas sintiéndote más tranquila, estoy segura de que recobrarás la memoria. En cuanto a tus datos…

—Supongo que llevaría documentación.

—En el bolso había una cartera con dinero, el carné y un billete de ida y vuelta en autobús de Zamora a Salamanca. Además, dentro de la carpeta, un resguardo de haber pagado las tasas de matrícula para una carrera en la Universidad de Salamanca.

Durante unas milésimas de segundo, las yemas de mis dedos se estremecieron con la textura de un papel rosado, el de las tasas para pagar en una urbana de Caja Duero. ¿Habría elegido finalmente Filología Hispánica? Al menos, la imagen del claustro del Palacio de Anaya parecía corroborarlo. Incluso, en la lejanía, retumbaban unos pasos sobre el empedrado.

—Un eco —dije sin concluir.

—¿Oyes un *tinnitus*? ¿Un zumbido?

—Lo que acaba de contar de alguna manera se encontraba ya dentro de mi cabeza —expliqué—. En la profundidad de la memoria.

—Entonces, ¿recuerdas algo más?

—No llega a ser un recuerdo —mentí. Las baldosas pronto se transformaron en los adoquines de una calle anodina, sin ninguna distinción, pero por la que había caminado cientos de veces. De eso, extrañamente, estaba segura. Rasgando esa memoria, brotó la cara borrosa de una mujer, y la misma virulencia de antes encabritó mis latidos con un sudor gélido y pegajoso—. Me mareo.

—Nebe agua —dijo mientras llenaba un vaso de plástico con la botella—. Hace bastante calor.

Se dirigió a la ventana para intentar abrir una de las dos hojas. Después de tirar de la manija varias veces, regresó a la silla sofocada por el esfuerzo.

—Este verano está siendo bochornoso —se abanicó con las manos y, luego, se recogió la melena con un lápiz—. ¿Mejor después de beber? Los ansiolíticos atontan; provocan somnolencia, mareos, náuseas, sequedad. Al principio cuesta adaptarse a la medicación.

—Doctora Claudia…

—Puedes tutearme.

—¿Cómo se llaman mis padres? ¿Tengo hermanos?

—No te preocupes ahora por las respuestas. Intenta descansar.

—Ya, pero… Ahora los voy a ver y no sé ni qué decirles.

—Ellos están felices porque has despertado. Entende- rán que la recuperación pase por las diferentes fases. Insisto —exagerando la sonrisa, apoyó la mano sobre mi hombro—. A medida que haga efecto el principio activo, volverás a ser tú y tus padres, Pedro y Carmen, te ayudarán durante ese proceso.

¿Ser otra vez yo? Sus palabras, en vez de reconfortar, aterraban; me convertían en un personaje de ficción. Aquella Paula y esta Paula eran dos desconocidas, una cárcel de paredes difusas erigida sobre la niebla.

5

CENIZAS Y ESQUIRLAS

Después de varios días buenos Aires resultaba tan familiar como Madrid. Me desplazaba con libertad gracias al diseño cuadriculado del callejero, ojeando el mapa de vez en cuando para verificar la ruta o hallar con brevedad alguna localización. Antes de comenzar la caminata diaria, aspiraba placentera el aire de la ciudad en el umbral del hotel, hinchando los pulmones al máximo, con la punta de los pies proyectada hacia la acera y la vista al cielo.

En apenas seis días me integré en la vida cotidiana de la megalópolis, a pesar del cartelito de extranjera impreso en el acento peninsular español. Un acento suavizado y contagiado por el seseo y la cadencia de construcciones y giros lingüísticos a los que mi ritmo se plegaba. A cada paso por la Plaza de Mayo, Puerto Madero o la calle Florida, la lejanía respecto a España —a los lugares relevantes, opresores, decisivos— supuso una quemadura desinfectante, cuyo calor palpitaba al no contestar los correos de Catalina o, más aún, cuando respondía como si de un formulario de Hacienda se tratara: escueta y apáticamente. Ella, en cambio, me alentaba a disfrutar. «Ya habrá tiempo para milongas y tangos», respondía. El ciclo continuaba sin importar que nuestras vidas siguieran su rumbo, rotas a pedazos, recomponiéndose.

Dispuesta a atesorar recorridos por la capital, solía caminar en dirección al Obelisco. En el Tortoni disfrutaba de un café imaginando las tertulias, el espeso humo de los cigarros y a Gardel, abordado por admiradores al abrigo de los brindis por sus éxitos. En otras ocasiones apostaba por el Ateneo, con su salón de mesas en el escenario del que fuera un teatro; entre las estanterías de la librería quizás topase con Eduardo Galeano durante una de sus frecuentes visitas a la ciudad. El Cementerio de la Recoleta y la Avenida Corrientes me imantaban. Ni el colorido y popular Caminito, con La bombonera de reclamo para aficionados al fútbol, ni el emblemático Teatro Colón me impactaron tanto como la paz silente del camposanto. La puerta enrejada separaba las tumbas del ruido desordenado y obsceno del tráfico hasta disolverse entre los árboles del parque. Dentro, grupúsculos de turistas se afanaban por encontrar la tumba de Evita Perón, sin esperar las explicaciones del guía con el pretexto de que las cruces o los ángeles

más altos señalaban la equis del tesoro. Sin embargo, la belleza no residía en los personajes históricos como Sarmiento, bioy Casares, Ocampo. No se trataba de un bingo de responsos sino de sentarse en uno de los bancos para admirar la oscuridad de unos muertos entre cuyas cenizas y esquirlas parecía más sencillo asumir el absurdo de mi última década.

Aguardaba así el ocaso leyendo las obras compradas a cinco o diez pesos en las librerías de saldo y segunda mano de la Avenida Corrientes, mientras sopesaba cómo llevármelas a Madrid. Otra cara de buenos Aires. Rebuscar en las cajas números de colecciones inconclusas, inhalar el aroma a lignina que, escapándose a las aceras, se fundía con el olor del combustible de los vehículos. Adquirí menos libros de los deseados: *Sobre héroes y tumbas,* de Sábato, en una edición anotada; *La aventura de un fotógrafo en La Plata,* de bioy, del tamaño de una palma; un poemario bastante completo de Pizarnik; una antología de relatos de Arlt, y misceláneas con textos de Cortázar, Orozco, Piglia o de dos desconocidos para mí, Aira y Piñeiro. La sensación de leerlos en los lugares por donde sus autores anduvieron, o andan, superaba cualquier otra expectativa. Seguir sus huellas era calzarme sus zapatos, algo que ni siquiera, cuando estudiaba Filología Hispánica en la Universidad de Salamanca, experimenté con esa clarividencia. Y eso me alejaba de la búsqueda de respuestas sobre mi identidad al transformarme en un personaje de ficción derrotado por la volubilidad de su autora.

En el hotel cenaba unos sándwiches de miga con el recepcionista dándole la espalda al ordenador del zaguán. A mi amiga Cati. Ella, a la espera de todas las novedades, y yo, en cambio, charlando con un desconocido sobre mis itinerarios. Ya en la habitación, me devoraba en el tiempo absorta en las páginas de los libros hasta cambiar la planificación previa de Catalina. La Avellaneda de Pizarnik, el banfield de Cortázar o el Adrogué de borges me hacían imaginarlos vivos, reflejados en los ventanales de casas de estilo colonial o inglés. ¿Y si estuvieron perdidos dentro de sí mismos como yo? ¿Comprenderían, mediante la literatura, la textura y el peso de la realidad? Quería detener el tiempo, posponer el regreso justo cuando aprendía a mirar el pasado sin tanto dolor. La pitillera, allí mismo, sobre la mesilla, instaba a mezclar el presente, mi niñez, los años de facultad y el fallecimiento de la abuela con cada caricia a su terciopelo turquesa, una piel desgastada por las manos de la yaya antes de sacar un cigarro. Deseosa de residir en buenos Aires, respiraría las calles bulliciosas, cosmopolitas, multiétnicas, quizás dejando de soñar para existir. Pero debía abandonar esa fantasía recurrente de ciudadana local. La excesiva comodidad en el Cementerio de la Recoleta comenzaba a asemejarse a los paseos nocturnos por Salamanca.

Además, en dos días viajaría a Cataratas, sin reserva del alojamiento.

Para solucionar el hospedaje, zanjé la indecisión en la agencia de viajes de la hija de Clara, mi acompañante en el avión, un pequeño local dentro de las Galerías Pacífico, al lado de grandes marcas de joyas, ropa y complementos. Una mujer miraba la pantalla del ordenador. Era un calco de su madre.

—¿Laura? —pregunté su nombre con timidez—. Tu madre me dio el contacto por si lo necesitaba.

—Pasá. No te quedés en la puerta —se levantó del asiento saludándome con un beso—. ¡Qué emoción! Mi mamá me habló de vos. Llevo esperando el encuentro desde entonces. Sentate —me ofreció una de las sillas—. ¿Qué tal baires?

—Me encanta. Es una ciudad que no duerme nunca.

—Un quilombo hermoso. Como Madrid, ¿no? Estuve allá hace un par de años para ver a mi hermano. El Prado, la Almudena, el Teatro Real… Una maravilla. Paseamos también por Toledo, Granada, Segovia y barcelona. ¡Qué manera de comer!

—Verás —dije cambiando de tema—. Había reservado un hotel en Iguazú, pero tienen una plaga de no sé qué bichos y necesito una habitación.

—¿Para cuándo?

—Del miércoles al sábado.

—Es un poco ajustada la fecha. Hay mucha demanda; pero podés hospedarte en una cabañita en la zona más selvática, fuera del centro. ¿Vas a alquilar auto?

—¿No hay transporte público?

—Los turistas suelen alquilar uno para acercarse a las reducciones jesuíticas guaraníes u otros lugares de Misiones. Pero es preferible ver las Cataratas a fondo. Además, hay remises.

—Los conozco —balbucí al recordar el trayecto de Ezeiza al hotel —; prefiero el transporte público.

—No todos son como los que recomienda mi mamá —sonrió de manera cómplice—. Dame un segundo.

Marcó un número de teléfono; contestaron en unos segundos.

—¿Cómo andan por allá? Me alegro —se dispuso a dibujar unos garabatos sobre la sábana de papel donde había anotado mi vuelo—. ¿Tenés lugar para una española? Es amiga de mi vieja; se conocieron en el vuelo. Está bien, aunque extraña a mi hermano y pasa el día atenta al celu… —señaló la cafetera y los alfajores de la estantería para que me sirviera—. Serían tres noches, del 4 al 7 de junio. Ajá. Dice que —se dirigió a mí— en su cabaña hay una habitación con entrada y baño independientes; lo malo es que las mucamas se levantan pronto, ponen el lavarropas, preparan la limpieza. Tal vez te despierten, pero, en realidad, te conviene madrugar.

—No quiero molestar. Quizás prefieran… —comencé una excusa.

—Tranquila —tapó el auricular—. Es un buen tipo. Raro, pero macanudo. Otras opciones se salen de tu presupuesto y, además, no hay disponibilidad para las tres noches.

—¿Seguro?

—Seguro —me interrumpió—. Desde hace años labura con nosotros; primero, en Pinamar y, ahora, en Cataratas. Las cabañas son nuevas, apenas tres años. Te van a encantar. ¿Listo?

—De acuerdo —dije con un hilo de voz.

Hablaron unos minutos más sobre el tiempo y la familia de ambos mientras rellenaba la documentación, la imprimía y me pasaba las copias para firmarlas.

—Demasiadas horas sentada —se estiró sobre la silla—. Ahora, otra cuestión, tenés que ir al Perito.

—¡Conque sabes toda la conversación del vuelo!

—Cuando mi madre vuelve a la Argentina está deseando desahogarse. No es fácil vivir separada de los hijos, y más si es el favorito —se rió—. Así que, efectivamente, sé todo acerca del vuelo. Con cuatro días basta para los glaciares. Ponele cinco por si querés varias excursiones. Fijate —apartó el café y las migas que quedaban del alfajor para mostrar unas fotos de los paisajes de hielo—. Sale un vuelo el lunes 9 de junio y el regreso sería el viernes. El precio es un regalo, y más al cambio del euro. Allá también tengo un amigo, pero el hotel es peor que el de Iguazú. Eso sí, tendrías una habitación para ti sola cerca de la terminal de ómnibus y los negocios. Además, aún te quedarían un par de días en buenos Aires.

—Me marcho el 15 —dije con pesadumbre.

—Pensalo. Paseá un rato por Florida. Yo te bloqueo los pasajes y, si no volvés antes de cerrar, los retiro. Sin compromiso.

—Paisaje subtropical y patagónico. Combo perfecto.

—¿Cerramos los pasajes y el hotel?

6
MOIRA

Mis padres, supuestamente tatuados en mi piel y en mi memoria, entrarían en la habitación en breves minutos. Pero, ¿para qué esperar sus respuestas? Antes necesitaba verme, comprobar que el espejo devolvería la imagen esbozada por los recuerdos. Al pisar las baldosas comencé a temblar. Mis rodillas apenas soportaron el peso de un cuerpo débil, anguloso. Desde la cama alcancé la pared y, casi sin energías, de otro impulso la pared, a medio metro del baño.

—¿Qué haces, hija? —se inquietó una voz femenina—. Vas a caerte.

—Necesito ir al baño —tartamudeé sin coraje para mirarla.

—Para eso tienes la cuña.

La mujer, de unos cuarenta y cinco o cincuenta años, me tendió el brazo para volver a la cama. Me arropó temerosa de quebrar mi cuerpo como los pétalos de una flor y, mientras su mirada verde oliva recorría los pliegues de las sábanas, contemplé su palidez, su larga trenza de rizos negros encanecidos, sus ojos sin brillo tras los gruesos cristales de las gafas.

—Debes descansar. Tanto estudio no ha traído nunca nada bueno —dijo sin disfrazar la tensión.

—Mamá… —dos sílabas para un parentesco aprendido—, estoy bien.

Comenzó a llorar al acariciar mis piernas tapadas por las sábanas. Sus hipos y mirada perdida me hicieron temer por su cordura.

—¡Qué disgusto nos has dado! No puede ser. ¿Me oyes? Debes tomarte las cosas…

—Carmen, deja a la niña… —interrumpió otra voz, esta vez masculina.Su acompañante, un hombre alto y enjuto, se acercó para besarme en las mejillas y, después de dejar una carpeta sobre la mesa supletoria, se dispuso a observar los muebles del cuarto: la cama, las dos sillas, el armario, la televisión y el teléfono. De edad similar, en cambio mostraba una apariencia enérgica y tranquila en contraste con ella, encorvada por el miedo, el sufrimiento y la espera.

—Has tenido suerte. La mayoría de las habitaciones, al menos en este pasillo, son para dos y tres enfermos. Y tú, ¿cómo estás?

—¡Cómo va a estar! —contestó mi madre por mí—. ¿No la ves? Un espíritu. Delgada, ojerosa, ¡y sin memoria! ¿Cuántas veces te he dicho

que necesitaba una revisión? Pero para ti tu trabajo es más importante que tu hija.

—¿Qué tiene que ver con Paula? No es momento de reproches —zanjó la discusión alejándose hasta el ventanal.

Se miraron en silencio, desde la distancia insalvable del rencor. O quizás para asumir mi nuevo yo. ¿Quiénes éramos?, ¿qué habíamos compartido en el pasado?, ¿qué era Paula para ellos? *Hija*, *padre*, *madre*, *familia*. Más allá del vínculo, del dolor, tres personas representábamos nuestros roles de sangre, desprovistos del poder de los recuerdos.

—Todo va a ir bien —dijo para convencerse a sí misma—. Tienes que tranquilizarte.

—No insistas, Carmen. Por favor.

—Mira, Pedro, la niña, nuestra hija, dejada está.

—No es una niña.

—Solo pido que cambie esa manera de ser —continuó ajena a la puntualización—. ¡Por Dios, se pasa el día estudiando! Ya ni ve a sus amigos. ¿Acaso alguien ha telefoneado a casa para preguntar por su ausencia?

—Estupendo. Sigue así. Seguro que de este modo se sentirá mejor. ¿Te has parado a pensar en cómo está encajando todo lo que le ha sucedido?

—No. No me he parado a pensar en nada. ¿Solo lo piensas tú? Por eso, puesto que solo tú tomas las decisiones correctas y yo no pinto, ha ocurrido esta desgracia. Para ti es más fácil trabajar, llegar a casa, ser el bueno de la familia e irte a dormir. Lo demás, para mí.

Mientras, las gotas del suero marcaban las horas.

A la mañana siguiente me desperté con mal humor. Tensión por un lado; análisis por otro; desayuno desabrido en medio, y pastilla de la felicidad de colofón. Una eternidad de pruebas para la cobaya. A mediodía Claudia rompió el tedio y la vigilancia de mis padres con una nueva sesión de terapia.

—Veamos unas fotografías. Tómate tu tiempo.

En la primera, en blanco y negro, la mujer, esa que conocí como madre, agarraba de la mano a una niña de cuatro o cinco años, subida a un columpio. Ambas, vestidas con peto tejano, camiseta y zapatillas, sonreían a la cámara.

—¿Las reconoces?

—Mi madre y, probablemente, yo. La niña tiene el pelo ondulado, castaño o negro —agarré un mechón de mis cabellos para comparar.

—¿Pasamos a la siguiente? Esta es a color, más reciente y sencilla de adivinar.

Mi padre cortaba el césped y una chica de unos trece años se entretenía con un balón.

—Esa soy yo. Estoy segura de que… ¡Espera! Ya sé de dónde es la anterior. ¡El parque! Cerca de la casa de la abuela, en Los Tres Árboles. Mi abuela, mi pobre abuela.

Aquel día papá llamó a casa. La abuela se había caído. Y, a partir de ese momento, una espiral de hospitales. Poco a poco, la enfermedad fue carcomiéndola. La yaya, siempre generosa, cálida, atenta al horno que desprendía olor a manzana asada, convertida en una muñeca de ojos vacíos.

—¿Quieres que paremos? Podríamos proseguir mañana —sugirió Claudia.

—No —cogí la siguiente imagen al borde del llanto sin concederme un descanso al recordar su pérdida—. Casi siento la brisa del mar. Hace poco viajamos a Peñíscola. A mamá siempre le ha gustado tomar el sol. Aunque intenté fotografiarnos a los tres, sale mamá en el centro, papá en una esquina y yo con la cara cortada.

—La medicación está haciendo su efecto. Continuarás con ella cuando te demos el alta, además de empezar una terapia psicológica —dijo recalcando lo último—. Poco a poco desaparecerán los mareos, los golpes de calor, la pesadez. Vas a recordar; estoy convencida. No obstante, también va a exigir que aprendas a controlar las emociones. Por ahora, acepta los días, uno tras otro, sin adelantar acontecimientos. En cuanto vengan a quitarte el suero camina por el cuarto, los pasillos, para ganar confianza y recuperar las fuerzas en tus piernas. Y permite que ellos te ayuden.

Que ellos me ayuden. Dicho así, parecía tarea fácil, pero me incomodaba su presencia. Por suerte, tras la cena, mis padres se fueron a casa a dormir. Claudia les convenció. Me encontraba bien y requería de soledad para asumir los cambios. Quizás por la digestión o el Lorazepam, no pude resistirme a su sopor lento, progresivo, edulcorante. En el sueño, una pianista tocaba algunos *Nocturnos* de Fauré. Aunque las teclas no parecían emitir sonido alguno, yo escuchaba la melodía de la pieza absorta en su rostro, iluminado por el foco pero oculto bajo la maraña de cabellos que temblaban al ritmo de las manos. De repente, me incorporé sobresaltada entre toses y gemidos por la falta de aire. Otra vez el aire, escaso, pesado, pegajoso.

—El espejo —grité—. Debo mirar en el espejo.

Pero antes, para retomar el sosiego, me puse a enumerar los objetos de alrededor en voz alta. El dolor de la lengua y un gusto metálico, a sangre, se mezcló con el sabor agrio de la medicina. Después de limpiar los labios con un pañuelo de papel, me recosté en la cama sin salir de las sábanas, sin enfrentar mi rostro en el espejo.

El que baile bolero, tenga cuidado, ay, ay, ay.

Más real que la piel, la carne del cuerpo, casi palpable, ascendió el

volumen de un canto hasta conformar a una anciana, ataviada de vestido, mantilla y delantal negros. No podía distinguir sus formas con nitidez debido a la escasa luz proveniente de la persiana. Cerró la puerta tras su paso, sin tocarla, y, sentada en la silla en la que mi madre había estado resolviendo crucigramas, colocó el mundillo —la almohada para hacer encaje de bolillos— entre las piernas, sobre la mesa supletoria.

Tenga cuidado, ay, ay, ay,

que al tercer cantarcillo, salada y olé, cuerpo salado mueve bien los pies,

que al tercer cantarcillo sea bien parado, ay, ay, ay.

La canción me sonaba.

Es como un niño, el amor enojado salada y olé, cuerpo salado mueve bien los pies,

que naciendo de al lado, vuelve el cariño ay, ay, ay.

—Esto es absurdo —musité frotándome los párpados.

—*Barre la calle, morena morenita*.

—¿Cómo?

—*Barre la calle, morena morenita, salada y olé, cuerpo salado, mueve bien los pies, morenita morena, barre la calle, ay, ay, ay* —seguía con la letra.

—No comprendo.

Dejó de mover los bolillos y de la negrura en su rostro brotaron dos puntos de luz. Al bajar la mirada ante ese océano sin iris, continuó la canción y el encaje.

—Con este pasador puedo trenzar tu historia. ¿Quieres oírla? —preguntó de improviso.

—¿Cómo? —balbucí sin atreverme a observar su labor.

—No repitas *cómo*. Te he preguntado si quieres que con este pasador entrelace tu historia.

—¿Quién es usted?

—Eso ya lo sabes tú.

—No lo sé. No sé ni qué está pasando.

—Sí lo sabes —insistió—. Me diste el nombre de Moira.

—¿Moira? ¡Esto tiene que ser una broma! ¿Qué está sucediéndome?

—Eso también lo sabes —dijo con voz grave—. Yo solo puedo tejer aquello que desconoces.

—Ese es el problema; no tengo recuerdos. Si pudiera explicar qué sucede, estaría más tranquila.

—Solo puedo dibujar con mis bolillos lo que ignoras.

—Pero…

—¿Quieres o no? —tronó sin esperar la respuesta—. Ni la pregunta

correcta es *cómo* ni la respuesta correcta es *pero*.

—De acuerdo —respondí, dubitativa.

—Con *de acuerdo* basta, aunque no sea preciso —y, esta vez, acelerando sus movimientos, se dispuso a tejer deprisa una imagen indescifrable. A esa velocidad no podía distinguir los detalles del encaje, hilo a hilo y punto a punto, aunque lo intentase hasta casi caerme de la cama. Cerró las manos sobre el bordado, pero, al momento, taciturna y esquiva, siguió con el tintineo de los bolillos—. *Cómo*, *pero*, *de acuerdo* —dijo a modo de hechizo—. No valen totalmente, pero es mejor que nada.

Debajo de sus manos se bosquejaba una encrucijada apenas visible desde esa posición. bajé de la cama con lentitud, para evitar que se sintiera amenazada por la curiosidad. Las sombras, desde más cerca, se encaramaron a sus brazos, alargados desde el suelo hasta el techo. Ya rozaba el interruptor de la luz con la yema de mis dedos cuando, en un tono aún más tenebroso, reiteró:

—*Cómo*, *pero*, *de acuerdo*. No valen totalmente, pero es mejor que nada.

Su rostro comenzó a cambiar hacia rasgos familiares, cuadrando los ojos, la nariz, los labios como un cubo de Rubik formado por distintas personalidades. De pronto, al presionar la luz, Moira y las sombras se desvanecieron. Tan solo, durante unas milésimas de segundo, creí oler un aroma. ¿Quién era esa mujer? ¿Y esas facciones superpuestas? Si tan solo tuviera más luz… Revisé cada centímetro de la habitación sin éxito, apremiada por la duda, vencida por el mareo de la experiencia.

—Paula, ¿estás bien?

La enfermera entró en la habitación.

—Tenía sed —mentí.

—Vuelve a la cama. Debes descansar.

Al agarrarme a su brazo, recuperé la estabilidad en las piernas.

—Son las tres de la madrugada —anunció ahuecando la almohada visiblemente irritada—. Este calor es insoportable.

¿Cómo que yo sabía quién era Moira? ¿La había creado? ¿De dónde surgían estos delirios? ¿Por qué?

La enfermera intentó abrir las dos hojas de la ventana, pero finalmente desistió por miedo a despertar a los pacientes con el ruido.

—La medicación da mucha sed, por eso tienes la boca reseca y con mal sabor. Ahora te traigo una botella, ¿de acuerdo?

—Con *de acuerdo* basta, aunque no sea preciso —imité a Moira.

—¿Cómo? —se sorprendió.

—Nada.

Después de volver con el agua y asegurarse de que había bebido dos vasos, entornó la puerta dejando una abertura para observar desde

fuera que seguía dentro de la cama.

—*Cómo, pero, de acuerdo*. No valen totalmente, pero es mejor que nada —susurré el conjuro hasta quedarme dormida.

7
PETRIFICADA

Intenté recuperar la consciencia, anclarme durante la noche a unos sentidos traicioneros, libres. Ni el desayuno desabrido, ni la luz tenue, ni la caricia sin peso del calor se mostraron con la misma intensidad que la hilandera. Tampoco mis padres, a los que me rendí por deseo y obligación para evitar el total desarraigo. La enfermera y la silla eran reales, corpóreas; sin embargo, de la segunda podría resurgir en cualquier momento Moira, la maga de los bolillos, también con la fuerza de la carne. Palpable, voluminosa, de olor marchito. Existía un vínculo macabro entre ella y yo, dos rostros del tiempo enfrentados. Y esa certeza me hundió en el vientre de las sábanas. ¿Habría perdido por completo el juicio? ¿Acaso la otra posibilidad, una Moira tan real como yo misma, provocaría menos alienación?

—Estás pálida —dijo mi madre con el ceño fruncido—. Apenas has desayunado. ¿Por qué no te bebes un zumo de naranja? Aunque calientes, son tus preferidos.

—No he dormido bien. ¡Qué calor con estas sábanas! Las retiré a los pies de la cama.

—¿Y si te duchas? Además, hoy sales a pasear al jardín con la psiquiatra. Por eso te traje —corrió al armario para abrirlo y mostrar la ropa— otros pantalones cortos, varias camisetas y unas sandalias. Puedo ayudarte a vestirte.

—No es una inválida, Carmen —apostilló mi padre levantando los ojos por encima de la página del periódico—. Tiene brazos y piernas.

—Pero se marea. ¿No lo ves?

—Con deporte se le pasará.

—Tú lo arreglas todo con lo mismo.

Callé la conversación con un ademán. No me apetecía un duelo a sermones. Para orinar, la cuña. Para refrescarme, una esponja humedecida por el cuello y la espalda. Mis movimientos se redujeron a meros titubeos entre la cama y la pared, una forma de escapar de la verdad, la del espejo. Además las sábanas me lastimaron los codos y las corvas de mis piernas. Y, al cambiar de posición, un olor penetrante, agrio y dulzón, ascendía desde los pies, intensificándose en las axilas. Imposible demorar más el momento.

—Voy a ducharme.

Mi madre, entonces, sacó del armario una malla sintética con

varios productos de aseo.

—Cuélgala del grifo de la ducha. Dentro están también el cepillo y la pasta de dientes. ¡Ah, espera! —abrió de nuevo el armario—. Traje una toalla de casa; es más suave que las del hospital.

Provista con el kit de supervivencia me dirigí al aseo, un triste habitáculo iluminado por una luz titilante. Además del váter, el lavabo y un agujero en el piso de sumidero, rodeado de unas cortinas verdes y desvaídas, un minúsculo espejo completaba el conjunto. Puse la bolsa y la toalla sobre la tapa del inodoro y me quité el camisón frente al espejo. Esos centímetros era yo, una composición geométrica descubierta a retazos por una exploradora escéptica a medida que retorcía y giraba el cuerpo. Una mata enredada de rizos oscuros, secos, alicaídos, rozaba apenas mis hombros enmarcando un rostro sobre el que fueron superponiéndose otros rostros. Caras de la infancia, de las fotografías contempladas junto a la psiquiatra, de instantes desfigurados por la memoria. Fui palpando las facciones con las yemas de los dedos, primero con suavidad y luego pellizcando la carne hasta separarla del hueso. Dolía despojarse de las máscaras; debajo se veía a una joven de rasgos endurecidos por la delgadez, ojos marrones de párpados tristes, labios finos, y mejillas y nariz pecosas. Y la cicatriz, que partía en medio la ceja del ojo derecho. Una tarde de verano, cuando ya había finalizado el colegio, con un grupo de amigos celebramos la víspera de San Juan. Acercándonos al bosque de Valorio con nuestras bicicletas, allí nos montamos en los toboganes y las atracciones de cuerdas para desafiar el miedo que nos daba comenzar una nueva etapa en el instituto. A punto de irnos a casa se nos ocurrió probar nuestra maestría en descender las laderas con las bicicletas a toda velocidad. Uno tras otro, sin dejar en la salida casi separación, pedaleamos con ahínco para subir a la ascensión definitiva y, a la voz de ¡ya!, nos arrojamos entre risas, sorteando árboles y viandantes. De repente, el primero de la fila perdió el control de su bicicleta y, aunque logró detenerla sin recibir más que unos rasguños, todos los demás colisionamos como fichas de dominó. Cada uno llegó a su casa arrastrando la bicicleta y el orgullo. Mi madre, al verme con la cara empapada de sangre, comenzó a gritar pidiendo auxilio, a pesar de que yo insistí en que era un corte superficial. Luego una vecina nos trasladó a urgencias y el resultado, un par de puntos. Aquella noche, en la sala de espera, pensé en la soledad de mi madre.

—¿Qué tal el bañito, hija? Hotel cinco estrellas, ¿no? —se burló mi padre.

La ducha no había sido tarea fácil. La alcachofa lagrimeaba un chorro débil y esquivo, por lo que tardé más de veinte minutos en enjabonar, aclarar y desenredar el pelo. Después, limpia y vestida con mi ropa, me sentí relajada, con ganas de salir al patio.

—Pareces otra sin este pijama con olor a lejía —se alegró mamá al verme.

—¿Sabías que han cerrado la empresa Aglomerados S.A.? No va a quedar nada abierto. Zamora se muere —sentenció mi padre.

Avenidas, plazas, tiendas y edificios se levantaron en mi cerebro. Anduve hasta la ventana para disimular la impresión causada por el laberinto urbano del que debería recordar más que una tarde en el bosque. Al asomarme vi abajo a los pacientes, en un sendero circular y macabro por el jardín.

—Zamora no se muere; ya está muerta. Lo importante es que Paula hoy dará un paso decisivo en su recuperación. ¿Estás nerviosa?

—Carmen, si la sometemos a esa presión… —se quejó mi padre.

Lo habían dicho sin malicia, sin darle importancia. Era solo un nombre, una ciudad de calles en la que se distinguía una con sus adoquines color teja, sobre la que iba caminando hasta que el suelo comenzó a tambalearse; las rodillas se doblaron incapaces de soportar el peso del resto del cuerpo; y, asiéndome a una verja, amortigüé la caída. Dos pupilas cerraron el recuerdo. Intenté calmar el dolor de estómago apoyando una mano sobre el vientre.

—Te hemos traído también el libro que estabas leyendo —añadió mamá al dejarlo entre mis manos.

—*El hombre que confundió a su mujer con un sombrero* —el título despertó entre mis cavilaciones.

Ya en la puerta Claudia se dispuso a informarles de mis progresos. Mientras, aproveché unos minutos para hojear el periódico y recabar datos sobre el exterior. Además del cierre de la empresa, *La Opinión* destacó en la portada los estragos del temporal (cosechas de cereales echadas a perder, inundaciones de viviendas y garajes, accidentes y cortes de tráfico), el hallazgo de un arsenal de ETA en un piso de Durango y unas jornadas sobre emigración zamorana a principios de siglo. Luego, ya a solas, bajamos por el ascensor y anduvimos a lo largo de varios pasillos hasta alcanzar la puerta que conducía al jardín. Fuera la psiquiatra iba saludando a los pacientes, casi todos en pijama azul menos los más jóvenes, vestidos con ropa de calle. El jardinero rastrillaba las hojas caídas por el pedrisco.

—¿Has dormido a pesar de la tormenta? Afortunadamente, las lluvias no nos han afectado como en los barrios aledaños al Duero. En aquel banco estaremos más frescas, bajo la sombra de los árboles. Vuelve a picar el sol.

El jardín se me antojó extraño, fuera del tiempo, de la realidad, especialmente por la efigie de una fuente, epicentro de los paseos para los ancianos: una joven de piedra con un ánfora en brazos.

—¿Y esta fuente? Parece de cuento o sacada de un palacio decimonónico.

—Antes de traerla aquí, el Ayuntamiento y la Comunidad disputaron dónde debía exponerse. No todos estaban contentos con la obra de un escultor maldito, famoso por sus excentricidades y tildado de loco. Él mismo alimentó la leyenda al destruir casi todas sus obras, incluidas las galardonadas con premios internacionales. Su hija salvó esta pieza, su retrato con un cántaro de agua.

—¿Y cómo acabó aquí?

—Un paciente anónimo se la compró a la hija, arruinada por las deudas contraídas por el padre. El hombre, conociendo de primera mano la soledad, la donó al salir del hospital para que otros enfermos pasearan en un entorno más alegre.

—Una muchacha petrificada… Claudia —dudaba de ser sincera con ella—, hace un rato, en la habitación, reviví el desmayo. La falta de aire, el suelo, las verjas a las que me sujeté y unos ojos. Los mismos de esta noche. ¿Sueño o realidad? No estoy segura. La fuente también confunde, a punto de desvanecerse si la alcanzo con las manos.

—Ambas caras, la de la imaginación y la de la verdad, se están mezclando.

—Tu respuesta no es muy alentadora.

—*El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*, el libro que te trajeron tus padres, contiene casos tan peculiares como el tuyo, a los que resulta difícil darles un nombre o concretar un tratamiento. Sacks cuenta cómo un profesor de música comienza a hablar con los muebles, ya que no diferencia bien las caras. Cuando asiste junto a su esposa a la consulta del neurólogo, en la despedida intenta agarrar a su mujer para ponérsela en la cabeza, en vez de coger el sombrero. El profesor no era capaz de reconocer los objetos visualmente, solo a través del oído.

—¿Es lo que me está sucediendo?

—Tu mundo interior se adueña de la realidad en momentos de angustia. Por ahora, solo se ha mostrado a través de evocaciones aisladas.

—No, exactamente.

—¿Más a menudo?

Si le contaba el encuentro con Moira, no iba a creerme. Peor aún, sentenciaría mi locura. Hasta ahora, las pruebas de los distintos especialistas no habían sido provechosas para el diagnóstico.

—¿Es aquí donde se sinceran tus locos? —pregunté impulsada por un repentino cambio de humor—. Esto no es un balneario ni un hotel. Las personas que estamos aquí… las personas que…

—¿Qué les sucede?

—¡Ojalá pudiera saberlo! —grité, atrayendo la mirada de otros pacientes—. Deberías decírmelo tú.

—¿Y eso te enfada?

—Me enfadan mis padres, a quienes a ratos comprendo y en otras ocasiones se esfuman de mis recuerdos. Me enfurecen estas personas, alrededor de una fuente sin más aliciente que el paso de las horas. Odio ser una de ellas.

Era un circo absurdo. O ella jugaba conmigo o, peor aún, se compadecía.

—No quiero ser tu amiga, Paula. Solo quiero ayudar, y la mejor forma…

—¿Drogarme? Estoy embotada, con la boca seca; me mareo; me arde el estómago. ¡Y me pides paciencia! ¿Estarías tranquila sin memoria?

—Entiendo.

—Lo dudo. Estudiar no es vivir —e hice ademán de levantarme—. Necesito espacio.

El escultor convirtió a su hija en piedra. Como yo, transformada en un cuerpo huérfano de pasado. Y, sin él, ¿qué me ataba a la familia? No necesitaba la lástima de Claudia. De nadie. La psiquiatra se alejó unos metros para hablar con otros muchachos, agrupados en otro banco. bajo la sombra de los árboles corría la brisa, pero me aproximé a la fuente para mojarme las manos y la nuca. Temía marearme. Las voces se escuchaban procedentes del interior de un vaso. Inestable, deslicé mi cuerpo hasta el suelo, apoyada contra el mármol de la fuente. Unas culebras de luz y oscuridad penetraron en mis ojos, incluso cerrándolos.

—Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco… —conté hasta diez. Al abrir los párpados, todos los pacientes habían desaparecido. En un desierto de noche y fuente, la muchacha, abrazada al cántaro de agua, me contemplaba lejos de sus pies, sentada en el banco donde Moira seguía con su tarea en un tiempo detenido desde la noche anterior.

—He estado pensando en el mensaje —intenté llamar su atención, aunque permaneció hierática—. Quizás tenga la respuesta correcta. ¿Probamos de nuevo?

No me contestó, tan solo deslizaba sus dedos con maestría.

—Anoche me pilló desprevenida —insistí y elevé el tono de voz para recalcar mi demanda—. Usted dijo *cómo*, *pero*, *de acuerdo, no valen totalmente, pero es mejor que nada*. Creo que ya lo he comprendido —siguió sin inmutarse—. La respuesta es *adelante*.

Sus dedos se congelaron y los bolillos quedaron suspendidos en el aire. Segundos después, giró y, después de levantar su cabeza, ladeó su peso hacia mí para clavar sus ojos en blanco y mover la boca sin emitir ningún sonido.

—No la oigo.

Durante unos segundos continuó el ritual mudo en sus labios.

—*A-de-lan-te* —vocalicé.

—*Adelante* es mejor que *cómo*, *pero* y *de acuerdo*.

Su voz de ultratumba ejercía un encantamiento con el que parecía disfrutar, más desagradable aún que sus ojos fantasmagóricos.

—Este hilo urde la rosa de los vientos. Hoy es agua, mañana tierra.

—¿No podría ser más concreta? Me siento perdida. No sé dónde estoy.

—Niña —cambió la expresión por otra grave—, esta rosa de los vientos descubre un camino. Mírala. ¿Qué ves?

La negrura retuvo nuestras siluetas en un cuadro. Entre sus manos, que se agitaban con celeridad, brotó un hilo encarnado. Cuando centraba mi mirada para interpretar su dibujo, todo se convertía en ilusión al igual que la víspera. En un último esfuerzo por desvelar el enigma, contemplé un filamento, pero no de hilo, sino de agua. Mis lágrimas se deslizaron por las mejillas.

—Hoy es agua —elevó su voz—. Ahora es agua. La noche tapa la realidad. No llores —me rogó cariñosamente—. El llanto es agua, pero cuando despiertes habrá otro elemento.

—Moira, tengo miedo. Aquí, en el mundo, me siento sola. No quiero este dolor.

—Algún día pasará.

Tras decir esas palabras, la anciana enlazó los bolillos en un eco decreciente.

—¡Paula! Paula… ¿Estás bien?

La noche se volvió día y el agua en tierra, la del suelo sobre el que me hallaba, rodeada por varias personas.

—¿Me oyes? —preguntó la psiquiatra.

—Sí —contesté controlando las náuseas mientras ayudaban a incorporarme.

Nos sentamos en el banco.

—Perdóname, Claudia. He sido injusta.

—Tranquila.

—Acaba de suceder. Otra vez. Pero vas a pensar que estoy loca.

Hoy es agua, mañana otro elemento. Le conté los sueños, esas pesadillas de recuerdos y alucinaciones. Le hablé de Moira, de la primera vez que la vi y de su presencia hacía escasos instantes. Prefería confesar mi demencia a las larvas del silencio. La muchacha de la fuente fue mi testigo. Ella, el agua.

Al regresar a la habitación un sopor profundo me aletargó los huesos, los músculos, la consciencia. A un lado de la cama, junto a mis padres, velaba la sombra de Moira.

8
SOY UN SOMBRERO

Confesar alivia, aunque parcialmente. Los demonios se transfiguran en duendes débiles, ridículos, triviales. Son la proyección de nuestros miedos, la esencia de nuestra humanidad. La sinceridad sin aristas no resultaba posible; peligraría el alta hospitalario, el salvoconducto para estudiar en la Universidad de Salamanca. Tras ese insólito primer paseo por el jardín, la terapia comenzó a allanar el terreno para las sesiones posteriores. Me sentía capaz de enfrentarme a las dudas, a la falta de respuestas, siempre tan esquivas. Y a Moira. Me fijé entonces en cada encuentro para hallar el detonante de sus apariciones, de su uso peculiar del tiempo. bajo el hechizo, era uno y varios a la vez; lo apretaba y distendía entre sus manos hasta hacerme creer en dos mundos: la realidad y otro, sin nombre. ¿Quizás desdoblase la realidad? ¿O a mí misma, como el rostro doble del dios Jano, con una cara proyectada hacia fuera —la habitación, mis padres, las instalaciones del hospital— y otra hacia ese escenario invocado por un nuevo lenguaje, el de los hilos de Moira? Determinar sus motivaciones, esa constituía la única incógnita realmente crucial.

A la espera de reanudar las conversaciones con la psiquiatra, transcurrieron el sábado y el domingo inmersos en estas tribulaciones hasta que el lunes siguiente continuamos la terapia. Los recuerdos se sucedieron con la presión del corcho en una botella de cava, alejando a la anciana hechicera. Para otras personas tal vez supusiese un bálsamo, pero yo recelaba de sus idas y venidas. A mitad de semana, durante el paseo por el jardín, llegaron nuevas noticias.

—Desde el viernes, no he vuelto a sentir a la hilandera.

—buenas noticias, entonces —recalcó la psiquiatra los datos en el bloc—. Progresas con rapidez. Por eso mañana firmaré el alta.

—¿Tan pronto?

—Los efectos de la medicación aún son limitados, pero notarás sus beneficios a largo plazo, de seis meses a un año, según la evolución. En las revisiones ajustaremos la dosis, acompañada de una terapia psicológica.

Enmudecí ante la premura de los acontecimientos.

—¿No estás contenta?

—El hospital es mi burbuja —intenté explicar—. Aun a punto de quebrarse, me protege del mañana. En cambio, ¿fuera qué…?

—Acepta los miedos, aprende de la ansiedad para superarla. No conozco el futuro. Nadie. Ni tus padres.

—Tan solo unas horas… —fue lo único que pude añadir.

—Sí, unas horas —repitió contundente—. Pero no estarás sola. Además, seguirás la terapia psicológica.

Antes de subir a mi planta, Claudia me entregó una bolsa de la librería Núñez en la que solía comprar mis lecturas.

—Un regalo de tu padre.

—¿Por qué no me lo entrega él?

—Teme presionarte.

—Una libreta Moleskine —sonreí—. Mi padre siempre ha querido que escriba. Desde hace tiempo no lo hago.

—Usa el cuaderno para inventar historias, rememorar, anotar algún deseo o preocupación. Pero sin obligarte.

De camino a la habitación se despidieron los pasillos, las bandejas de comida, las estanterías móviles de los libros para el entretenimiento de los enfermos. Mis padres aguardaban mi regreso y, al verme, me abrazaron callados, como si albergasen algún temor invisible. Solo al guardar mis pertenencias, esos objetos que durante los días habían proporcionado cotidianidad a la sala, esbozaron con cautela algunos planes sobre las vacaciones.

—Mañana recogemos el resto —asumió mi madre—. Vamos a casa para dejar estas cosas y almorzar. Luego volvemos.

Me costó convencerla de que aprovechasen para descansar. La hospitalización les había pasado factura y nada iba a cambiar de un día para otro. Se despidieron hasta tres veces, aún sin entender cómo puede torcerse una vida y recuperarse en unos días. Con las últimas horas por delante, me senté junto a la ventana para leer *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*. Durante la lectura anterior había glosado algunos pasajes en los márgenes, inquietudes con cierta premonición, centradas en los casos del doctor P. y de Hildegarda de bingen. El neurólogo Oliver Sacks comenta la perplejidad que le causó el doctor P. Durante la consulta, el paciente cogió a su esposa por la cabeza para ponérsela de sombrero. Claudia, mi psiquiatra, nunca mencionó los extrañamientos; en todo caso ansiedad, pánico, amnesia y agorafobia. Pero, por los síntomas descritos en este caso, ¿y si padeciera una agnosia visual al no reconocer en el espejo ni la forma de mis huesos ni la sequedad de mis rizos?

El cerebro de Hildegarda de bingen percibía visiones, su propia Moira, sin mediar los sentidos o culpar a la noche. «El mundo interior se proyecta en el sensible», remarqué con esta frase varios párrafos. ¿Habría visto a la hechicera entonces, antes de la enfermedad? De ser así, ¿qué leyes regían su mundo? La suerte estaba echada y así lo reflejé en el Moleskine tras fechar la primera página, donde anoté:

«Única opción». Un cuaderno recién estrenado para una historia de silencios de la que deseaba huir. Transcribí las anotaciones de la primera lectura a una sección del cuaderno que nombré *PASADO*. Varias páginas más adelante puse *PRESENTE*. Después de varios tachones, brotó un ovillo de palabras. *Soy un sombrero*. Quebrarme para inventarme de nuevo. *Soy un sombrero*. Horas y horas, páginas y páginas de escritura. *Soy un sombrero*. Interrumpida por la cena, me puse a leer los párrafos. Cientos de líneas con la misma oración. *Soy un sombrero*. Y, al día siguiente, el alta.

Dormí mal; a ratos deambulaba por el cuarto o encendía la luz para comprobar la hora. A las siete, sin aguantar más espera, me levanté de la cama para darme una ducha. Ya vestida, aguardé el desayuno y a mis padres, que aún tardaron un par de horas debido a los trámites del alta. Poco antes de su llegada, entró la psiquiatra, Claudia.

—En una semana te veo en consulta. Apunta todos los cambios de humor, síntomas físicos, preguntas.

—¿Y si sucede de nuevo?

—Sigue los ejercicios de respiración.

—¿Y si no funcionan?

—Funcionarán —aseveró apoyando su mano sobre mi hombro—. Debes estar tranquila. Has aprendido a reaccionar, a leer los síntomas.

—Pero si pierdo la conciencia…

—Tus padres te cuidan. Confía en ellos —y saltándose cualquier protocolo, me abrazó. Ese gestó me insufló la seguridad imprescindible para cortar el cordón umbilical con el hospital, con ella —. Hasta el jueves.

Había recuperado la memoria parcialmente pero ahora reinaba la hilandera en un dédalo tejido por sus hilos. Por la puerta giratoria de salida del hospital no me sentí curada, ni siquiera aliviada ni protegida por mis padres. Ellos, sin embargo, charlaban con unos vecinos de la merienda en la piscina municipal. Durante el trayecto a casa, el paisaje urbano de provincias se sucedía por las ventanillas del coche, como creado por la música de mi *discman*. Edificios de viviendas, el centro comercial, las Tres Cruces, los módulos del Campus Viriato. Justo allí había preparado la Selectividad, en la biblioteca. ¿Cómo se llamaba? Igual que Claudia. Un escritor; no, un poeta. Un gran poeta. ¡Claudio Rodríguez! Por las tardes, entre materia y materia, descansaba en las escaleras de acceso al Salón de Actos y no podía dejar de recitar los versos con los que conocí su obra, su ebriedad:

Siempre la claridad viene del cielo; es un don: no se halla entre las cosas sino muy por encima, y las ocupa haciendo de ello vida y labor

propias.

Esas calles, familiares en el recuerdo, retaron mi serenidad.

¡Todo era tan distinto y a la vez tan cotidiano! Yo había pisado esas aceras. Una pareja hablaba ante la puerta de una oficina de Caja Rural; un hombre y una mujer se cruzaron ante la panadería; unas niñas en corrillo se agolpaban en el escaparate de una tienda de animales; un ciclista circulaba por el paso de peatones enfadando a una madre con su hijo y casi atropellando a una anciana cargada con las bolsas de la compra. Su vestimenta de luto atraía el sol. Apurada por el semáforo en ámbar, la señora se giró hacia nuestro coche y nuestras miradas se entrelazaron.

—Espera —balbucí tarde.

La mujer se turbó hasta deshacerse entre asfalto, piernas, ramas y monstruos mecánicos a medida que nos alejábamos. Era el cuerpo de Moira; no su alma ni su rostro. Abrí la ventanilla para sacar la cabeza.

—Paula, está puesto el aire —dijo mi padre. Desoyéndole, bajé más el cristal y cerré los párpados.

—Que está puesto el aire —repitió.

—¿Te encuentras bien?

—¡Sí, mamá! —añadí jadeando. Quería bajar del coche. Retroceder. Volver a mi habitación del hospital, a la rutina, a la seguridad. En casa todo eso se iba a trastocar. Ese equilibrio dejaría de existir.

El coche se detuvo ante el portal. Mi madre me tendió la mano para bajar. Entramos en el edificio y mi padre llamó al ascensor. Apenas unos segundos después, diez inspiraciones con sus correspondientes espiraciones, las puertas se abrieron y, sin pensarlo, apreté el botón hacia el ático. Me sentía observada. Finalmente, habíamos llegado. Esa puerta era la entrada a mi casa. Mi padre la abrió y se quedaron quietos en el *hall* esperando mis reacciones. Avanzar el pie derecho y detrás el izquierdo, simples movimientos para entrar.

—Vamos a colocar todo esto.

Desaparecieron por el pasillo. Respiré hondo los últimos acordes de un nocturno de Chopin. Un pie tras otro, solo eso, un pie, otro pie, los latidos, los oídos taponados, las sandalias en el umbral de la puerta. Sonreí. Lo había logrado. Por fin, dentro de casa. Mi cuerpo se llenó de calor, de hogar, desde el estómago hasta las mejillas. No obstante, faltaba aún un paso decisivo. Me enfrenté al pasillo, el túnel de tiempo hacia mi dormitorio, y apenas contuve los temblores de las manos para accionar el picaporte y empujar la puerta. Tras ella, la postal de otra Paula, la ocupante de esa habitación antes de perder la memoria. En la cama, un pantalón y una camiseta. Sobre la mesa, un libro

abierto a la mitad, el estuche vomitando bolígrafos de colores, el flexo dirigido a un cuaderno con las traducciones de griego y latín. Y en las paredes, pósteres de U2 y de Chopin con sus rictus de estrellas.

Apenas una eternidad insignificante.

9

YERBA MATE

En dos horas de vuelo entre buenos Aires e Iguazú afloraron tímidas localidades, diminutos puntos blanquecinos al amor de los ríos Uruguay y Paraná. Atravesamos las provincias de Entre Ríos, Corrientes y Misiones, para aterrizar, finalmente, en una solitaria pista, llaga sombría sobre la tierra carmesí. En medio de la inmensidad, descendimos del autobús con alas por una escalera portátil siguiendo las indicaciones hasta bordear la aeronave y llegar al edificio. A escasos metros, un trabajador cortaba las ramas de los árboles en pleno combate con la naturaleza y la incomodidad del uniforme aeroportuario. Dentro de las instalaciones, exiguas ante la afluencia de turistas, un remisero agitó mi nombre escrito a rotulador en un cartel.

—Enrique me mandó a buscarla. Por acá —dijo agarrando la maleta de mano.

Tras sus pasos, y con complejo de diva, llegamos hasta una Kangoo blanca. Después de meter el equipaje en el maletero y esperar a que me sentara en el asiento trasero, corrió la puerta de golpe. El olor a ambientador cítrico, potenciado por los rayos solares, me descompuso el estómago.

—Me llamo Feliciano. O Feli, como guste.

—Paula —dije con regusto en la garganta a limón de laboratorio—. ¿Puede bajar las ventanas? Me he mareado en el aterrizaje.

Acostumbrada a la celeridad de buenos Aires, el trayecto transcurrió tranquilo, incluso lento, entre las murallas esmeraldas de los árboles. Su frescor enérgico penetró por las ventanillas de la furgoneta.

—Los animales cruzan la ruta.

—¿Y se ven a menudo? —pregunté con la mente puesta en los yaguaretés de la guía.

—Al atardecer y de madrugada. La ruta no tiene mucho tránsito a esas horas y los turistas van rapidísimo con el auto alquilado, más pendientes de pasarlo joya que de respetar los animales. Hay muchos accidentes.

Cerca de Puerto Iguazú nos desviamos por una carretera de tierra y piedras compactas. El camino bermejo se extendía a lo largo de las

fincas, separadas unas por otras por el alambrado, y se difuminaba a nuestro paso tras el velo de polvo.

—Los turistas me dan de comer. Pero la selva no es suya, ni tampoco nuestra. Abusan de esta pobre gente —señaló el regreso de los trabajadores en fila por las cunetas—. Todo el día cortando pasto, cuidando el ganado o cazando los animales que se cuelan dentro de las chacras por dos pesos. ¡Una selva transformada en *resort* para porteños y extranjeros!

Paró la furgoneta en la entrada de una finca. Detrás de la puerta mecánica se intuían las cabañas. A los pocos segundos de pitar con suavidad el claxon, el portón se abrió y detrás un hombre rubio, de ojos claros y piel enrojecida, se apresuró a sacar la maleta del vehículo y saludarme con un beso.

—¿Qué tal se portó? ¿Quejándose del fin del mundo? —palmeaba al remisero en el hombro—. buen tipo, pero piensa que Iguazú debería estar como en la época de Cabeza de Vaca: salvaje, sin asfalto, sin turistas.

—Levanto a unos ingleses en brasil y luego a casa —se despidió con una nube grana tras de sí.

El anfitrión, en camisa de lino y pantalón corto de explorador, fue mostrando orgulloso el complejo hotelero integrado por cuatro cabañas, una recepción y tres casitas para huéspedes.

—Desde la apertura, siempre llenos. Todo es local, tanto la madera, como el mobiliario y las plantas. Incluso las mucamas y el jardinero —saludó al hombre junto a la piscina—. Es nuestro salvador. Arregla las casitas, cuida de las plantas, limpia la pileta. Gracias a ellos y a Feli, marcha el negocio. Póngase cómoda y luego un tereré bien fresquito, ¿dale?

A mi habitación se accedía desde un lateral de la cabaña de recepción; un cuarto con cama, mesilla, banqueta para el equipaje y aseo con plato de ducha. Estiré la ropa y me bañé antes de familiarizarme con los nuevos sonidos y olores de la selva. Aunque el ser humano intentara domar su belleza, los susurros entre las hojas desafiaban sus cercas y caminos. Con la vista puesta en el huerto y los árboles frutales, me senté en una tumbona a escribir las impresiones sobre el lugar en el mismo Moleskine que mi padre me había regalado hacía dos lustros. Apenas sin usar —tan solo una decena de páginas sobre proyectos inconclusos—, entre sus líneas retornaron Alaia y Lucas, dos nombres de mi paso por la Salamanca universitaria. El jardinero se acercó con curiosidad, pero se mantuvo en silencio, la barbilla apoyada sobre el mango del rastrillo, hasta que dejé el bolígrafo.

—Es un curupay —dijo al acariciar el tronco de un árbol—. El de la derecha, un inga. Los dos tienen vainas —las abrió para separar

entre los dedos unos frutos similares a lentejas gigantes. Con el rastrillo al hombro, se encaminó en pasos amplios y pausados hacia la piscina, ubicada en medio de las cabañas; detrás, yo era una niña ávida de conocer los secretos de la naturaleza—. Este se llama ceibo. Pocas veces florece en junio; tenés suerte. Anotalo también.

Fue recitando nombres y datos, dispuesto a ayudarme con la ortografía de algunas palabras, todas de hermosa sonoridad: ibirá, butia, cerella, jacarandá… Cuando terminamos de rodear la vegetación de la piscina, apareció el hotelero con una bandeja en las manos. Se había cambiado el pantalón corto por uno largo, también de lino, a juego con la camisa clara de cuello redondo, lo que le daba un aspecto de yogui. Apoyó la bandeja en una mesa y en un vaso de boca ancha se dispuso a servir la hierba hasta la mitad, unos cubitos de hielo, agua fresca y zumo de naranja.

—¿Qué es? —absorbí por la caña de metal. El regusto era similar al de un té denso; removí las hojas machacadas, cosa que les hizo gracia—. ¿Mate?

—En frío —aclaró Enrique—. Se llama tereré.

—Lo probé en buenos Aires —dije poco entusiasmada y se echaron a reír.

Estuvimos charlando sobre los planes de mi estancia y Enrique se ofreció a llevarme al centro, pues necesitaba ir al supermercado y, de paso, así conocería la zona. Puerto Iguazú es una ciudad bañada por el color rojizo de la tierra y el verdor de las ramas inmensas. En plena exuberancia, las motos mosconeaban, vueltas y vueltas alrededor de los bulevares. Familias, niños incluidos, montadas en un malabarismo sobre el sillín y manillar. Mientras Enrique compraba, anduve por los puestos de ropa y recuerdos, interesada sobre todo en la artesanía guaraní. Con madera de cedro, hojas de maíz o calabaza creaban piezas delicadas de cestería, figuras de animales (coatíes, armadillos, tucanes, jaguares), cerbatanas o flautas de siete tubos. Después juntos recorrimos el paseo a lo largo del río Iguazú hasta el Hito de las Tres Fronteras. Desde el mirador, el límite fluvial entre brasil, Paraguay y Argentina me trasladó a la tranquilidad de las aguas del Duero, de la infancia y la adolescencia, allá en Zamora. Y en pleno disfrute del anochecer, brotaron columnas de agua desde el suelo del Hito, por las que niños y mayores saltamos para despedir el día.

—La felicidad se contagia; por eso me quedé acá. Dirigía un hotel en Pinamar, una localidad costera a unas cuatro horas de buenos Aires. Una mañana me puse a llorar como un nene porque a una señora no le gustó el desayuno. Sin dormir, sin comer bien, siempre corriendo, con un dolor en el pecho casi crónico. En dos meses ganás para todo el año, pero el estrés te mata. Viajé a las Cataratas en busca de paz y conocí a Feli. Entonces laburaba de mozo en la cafetería del

hotel en el que me hospedaba. ¡Le quemé la cabeza con mis problemas! Una tarde fuimos a ver lotes de tierra y, medio año después, plantamos la primer madera de la cabaña, la de recepción. Una maderita nomás cambió mi vida. Podés contarlo en tu historia.

—¿Qué historia?

Miró de reojo el móvil.

—¿Te gustan los lomitos?

Me trataba como si me conociera de toda la vida, como si aquel fuera el hogar de quienes anhelamos uno.

—¿O preferís estar sola? —añadió ante la falta de respuesta.

—No quiero molestar.

—¿A dos lobos en decadencia? Nos sabemos las batallas del uno y del otro.

—Hablo poco —advertí.

—Son más elocuentes algunos silencios.

Sábanas, toallas, productos de limpieza, catálogos de excursiones y cupones descuento para las atracciones de la zona ocupaban las estanterías y armarios de la recepción. Cenamos en torno a una mesita baja, sobre unos cojines en el suelo; después salimos al porche con unas cervezas. Contagiados por la magia de la selva, también otros huéspedes se dispusieron a cenar fuera.

—Así pasamos la vida —suspiró Enrique— después del laburo, al pie de estas maderas. Somos un matrimonio envejecido.

—Y, bueno, ¿qué querés? Pasaron tres años desde que te mudaste. Sumados todos los días, son una eternidad.

Se quedaron en silencio, quizás esperando a que yo contara alguna anécdota o los motivos del viaje. Sin embargo, preferí escuchar el quejido de las hojas, los ronroneos de los animales, el móvil de bambú en el travesaño mecido por la brisa. Sin la presión del paso del tiempo. O de las decisiones.

—La chica escribe —dijo repentinamente el anfitrión—. Va a todas partes con un cuaderno.

—Solo anoto detalles, lugares, comidas.

—Contale de tu vieja.

—Mi vieja, mi vieja —apretó Feli los dientes, entre rencoroso y apesadumbrado—, ¡siempre con esa oración!

—No le des bola. Delirios de la enfermedad.

—Años repitiendo la frase.

Feli se terminó la cerveza en dos tragos.

—Mañana madrugo y vos tenés que ver las Cataratas —se disculpó apurado.

—Esperá, hombre. Es pronto. ¿Otra cerveza?

A la mañana siguiente me dolía la cabeza por haber descansado pocas horas. Afortunadamente, lloviznaba y recuperé la energía para

admirar el lado argentino del Parque Nacional de Iguazú, atravesado por un gigantesco arcoíris que nacía entre las cortinas de agua, numerosas veces inmortalizadas por el cine. Sin embargo, a pesar de la belleza de la Garganta del Diablo o del paseo en lancha junto a las cascadas, no pude concentrarme en el paisaje. ¿A qué frase se refería Feliciano? ¿Por qué esa indecisión a la hora de hablar de su madre, cercana a un temor vergonzoso tan familiar para mí? Hasta esos días en Argentina, nunca había decidido en firme más que la matrícula en la carrera, Filología Hispánica. El resto, inercia o falta de coraje. A diez mil kilómetros de España, el secreto de Feli agrietaba la terquedad de mi memoria como agua que se abre camino entre rocas y tierra arcillosa para hallar su cauce.

El autobús me dejó a un kilómetro y medio de las cabañas. Durante el recorrido hasta el hospedaje, seguí el transcurso de mis reflexiones, ajena a la selva y al motor de los coches.

—¿Venís a la casa de Feli? —Enrique asomó la cabeza por la ventanilla de su Volkswagen Gol.

Aunque por el cansancio ansiara ducharme y poner los pies en alto, me uní a la propuesta. La vivienda, apartada de las fincas y en el corazón de la selva, era de una sola planta, rectangular, pintada en tonalidades azules, claras las paredes y oscuros los marcos de ventanas y puertas. bajo una techumbre de chapa y palmas, descansaba la Kangoo.

—¡Ah, del castillo! —gritó Enrique; pero nadie salió a recibirnos—. ¿De qué parte de España sos?

—De Zamora, una ciudad de Castilla y León —contesté encendiendo un cigarro—. ¿Quieres?

—No, gracias. Lo dejé al mudarme acá.

—Pero vivo en Madrid.

—Estuve en barajas para tomar un vuelo a Londres hace unos años. ¡Ya sale!

Escuchamos unos pasos al otro lado de la puerta y Feliciano abrió la puerta.

—Recién acosté a mi vieja y aproveché para darme una ducha. Entren —se terminó de abrochar la camisa—. Podés fumar dentro.Los muebles eran demasiado grandes para el salón, de modo que los sorteamos para tomar asiento en la mesa del centro, iluminada por una bombilla. busqué con la mirada un cenicero.

—Hoy está mejor. Le hizo bien que me quedara con ella —sacó del horno una bandeja con empanadas—. Son salteñas, con la carne en daditos, morrón, papa...

Fue sirviendo en los platos y dejó la bandeja sobre la cocina.

—He leído sobre Salta en la guía turística.

—Mi mamá es de allá; de chiquita se trasladó a Misiones —sacó de

la nevera una botella—. En cambio, el vino es mendocino.

—¿Un cenicero? —pregunté sin saber qué hacer con la ceniza.

—¡El tinto se toma a temperatura ambiente! —Enrique destapó la botella y llenó los vasos—. ¡Feli, por nuestro viaje a Europa!

—Tal vez —dijo emocionado.

Y brindamos. Se oyeron unas toses. Feliciano siguió masticando la empanada, con los ojos dirigidos hacia la habitación de su madre. Ella tosió más fuerte, y finalmente se levantó para atenderla.

—Tirá la colilla en el plato —Enrique, circunspecto, se dispuso a recoger, dejando los vasos de vino—. A veces queremos enmendar los errores de otros.

Asentí sin entender a qué se refería, pero no quiso añadir ninguna explicación. Se puso a lavar los platos y el discurrir del agua cubrió por unos momentos las toses de la mujer.

—No hace falta que se pongan a limpiar. La cambié de postura. —Las toses regresaron con menos frecuencia, interrumpidas por palabras ininteligibles—. Ya está otra vez con la frase.

—¿Qué dice? —pregunté.

Los dos se miraron, y Enrique le animó a desahogarse entre amigos.

—Mi vieja nació en Salta. Vivía en una casa con su madre, su tía y los hombres que las mantenían con limosnas. Cansada de las palizas y de que la niña estuviera en manos de extraños, su tía llenó un canasto con unas piezas de cuaresmillo y yacón, un par de prendas, una frazada y un rosario con la imagen de la Virgen del Milagro —agarró el collar de cuentas colgado de un portarretratos; en la fotografía, Feliciano abrazaba, en cuclillas, a una señora sentada sobre un tronco cortado—. Como zapallo en carro, fueron de un lugar a otro, hasta terminar en Misiones. Encontraron laburo para tarefear en la cosecha de la yerba mate. Lluvias, humedad, calor… Su tía enfermó y al poco unas fiebres acabaron con su vida. Malvivía sola bajo el techo de alguna casilla, otras veces en la calle. A los catorce años me entregó en el canasto, después de dar a luz, a las puertas de la Catedral Virgen del Carmen, con el rosario entre las manos.

Las toses de la mujer comenzaron a resonar y, entre ellas, un murmullo grave reverberó hasta el salón.

—¿Escuchás? —y acompañó la recitación— «Descenderá como la lluvia sobre la hierba segada; como el rocío que se destila sobre la tierra».

No pude evitar pensar en Moira, en aquel acertijo junto a la fuente de la chica petrificada:

Hoy es agua. Ahora es agua. La noche tapa la realidad. El llanto es agua, pero cuando despiertes habrá otro elemento.

Feli permaneció en silencio, con lágrimas en los ojos y un brillo morado en la comisura de los labios, mientras seguía la salmodia de la anciana. Luego, tras dos toses secas y prolongadas, se calló.

—Nos separan catorce años de vida y su rostro está seco de vejez —continuó—. La odié con todas mis tripas. Un niño nunca comprende el abandono y un adulto lo convierte en rencor. Hace doce años, me la encontré por la ruta intentando vencer el viento, la lluvia y el pasado. Al subirse al auto, pegó un aullido y se puso pálida. «¿Cómo te llamás?», tartamudeó. «Feliciano», respondí al intuir nuestro vínculo. «El rosario». Y no dijo más. Casi ida, muy delgada y enferma, la llevé a casa para darle una sopa caliente, pero apenas podía tragar. Repetía y repetía mi nombre. Después de calmarse y como mordiendo las palabras, me habló de los pocos recuerdos de su madre, la huida a Iguazú, la muerte de su tía. Todo desordenado y sin animarse a tratar mi nacimiento. Así varios días. Una mañana, acostumbrados el uno al otro, esa frase invadió su boca.

La mujer volvió a toser con menor intensidad las palabras de la *Biblia*. Deseaba consolarle, decirle que comprendía los misterios de la memoria. Pero se escucharon la tos intermitente y el motor del frigorífico.

Feliciano se ofreció a llevarme a brasil para ver las Cataratas desde otra perspectiva, si su madre mejoraba; pero sonó a despedida. De vuelta a las cabañas, Enrique y yo apenas hablamos.

—Venís de vacaciones para escuchar a dos inadaptados. Mala idea, che —se lamentó.

—No existen los cuentos de hadas.

—Capaz que con el tiempo…

—«Hoy es siempre todavía», ¿no?, como dice Machado.

Esa noche dormí profundamente. Las imágenes de mi abuela, mi madre y Moira se mezclaron. Entonces, la mujer salteña, con su letanía, fue la carne de las tres y yo, el hijo que aprendió a perdonar.

10

CALLE DEL ATAÚD

Lo logré. Fueron muchas las discusiones, llantos y chantajes emocionales. Ellos nada pudieron objetar tras las buenas calificaciones del primer curso. Sin embargo, no fue gratis. Vivir en Salamanca tenía un coste: debía renunciar al colegio mayor Hernán Cortés para compartir piso con dos chicas, una de ellas hija de un compañero de mi padre. Desconfiaban de una posible recaída por mis frecuentes etapas de insomnio, el escaso apetito y las horas nocturnas de estudio. Además, un nuevo psiquiatra, sustituto de la Dra. Claudia de Prado Jiménez, suspendió el tratamiento por innecesario.

En Salamanca me sentí libre lejos de los mohines y preocupaciones familiares. Sin embargo, al retornar a Zamora los fines de semana, mi entusiasmo decaía sometido a un interrogatorio interminable sobre mi salud y relaciones de amistad. La casa parecía una extensión del hospital y ellos unos carceleros insatisfechos y siempre dispuestos a un interrogatorio sobre mi vida, pero siempre evitando responder a mis preguntas. Sobre todo, las vinculadas a la abuela, esas que se dispararon tras recordar su enfermedad y muerte. Fue como perderla dos veces y eso avivó más su ausencia. Ese afán por evitar mi sufrimiento generó una desconfianza en la que únicamente ellos parecían cómodos. Pero, ante tanta insistencia, mi madre comenzó a ceder.

—Murió hace casi tres años, después de dieciocho meses postrada en la cama.

—¿De qué?

—¿Acaso importa?

—A mí, sí.

—Vejez, Paula. Las personas nos vamos desgastando hasta morir.

—Entonces, ¿por qué papá no quiere hablar de ello?

—Cuando muramos lo entenderás.

—No. Ahora.

—Cuando el abuelo murió tu padre era aún joven. Re- cuerdo esa tarde; habíamos ido al cine barrueco a ver *El juez de la horca*, una de vaqueros. Le encantaban. Al salir, estuvo toda la tarde imitando a Paul Newman por la calle —añadió con los ojos entornados hacia el pasado —. Nos enteramos del accidente en casa. A tu abuelo le gustaba la

velocidad, pero, aunque nos costó superarlo, tu padre estaba en paz. Nadie pudo evitar que se saliese de la carretera. En cambio, con la abuela… Acudimos incluso a consultas privadas en Salamanca y Valladolid. ¿Quién puede detener el tiempo, retroceder para ser eternamente jóvenes? Aunque sea ley de vida, ningún hijo quiere ver morir a su madre.

—¿Es, entonces, solo dolor?

—El dolor lo es todo, hija.

No era así. Ellos se escondían tras aquella muerte. Y el tiempo, en este caso, jugaba a mi favor. Más aún en mi nueva ciudad de residencia, de estudios. A la Salamanca desértica y lúbrica, orgullosa de sus monumentos dorados, en la madrugada la afeaban los vasos abandonados de los bares. A pesar del frío, por las noches prefería el amparo de las sombras antes que dormir. Ya me arrepentiría al día siguiente de la áspera salmodia de *la Minos,* apodo de la catedrática de Teoría Literaria por el caos laberíntico de sus apuntes sin hilo que seguir.

La evocación de su voz disonante me condujo hasta el Palacio de Anaya, el edificio principal de la Facultad de Filología Hispánica. Me senté dentro de su garganta, frente a la catedral, mole fantasmagórica de cruces rasgando las estrellas.

En un impulso contrario a las voces que procedían de la Rúa Mayor, continué la peregrinación hacia la calle El Tostado por la de San Pablo. Mis pasos resonaron en el desamparo del pavimento, como si en las esquinas me esperase el infierno, hasta que la música en un callejón me atrajo hacia el deslucido cartel «La Cueva». Empujé la puerta del bar y su chirrido se mezcló con una voz huraña.

—Estamos chapando.

Me disponía a marcharme cuando otra voz más reconfortante retó a la anterior.

—Mientras termino puedes tomar una copa —asumió la camarera.

Al pasar de una mesa a otra, con cada repaso de la bayeta por los tableros tintineaba una estela de cascabeles en sus botas. Enseguida me llamó la atención su figura frágil y vigorosa, el pelo rapado y teñido de azul, los vaqueros deshilachados en los bajos y rotos en las rodillas, el sujetador rojo bajo una camiseta negra transparente.

—Una cerveza, mejor —pedí desde un taburete junto a la barra.

Del almacén salió un tipo greñudo metido en un cuero tan gastado como él.

—Entonces, tú te encargas de lo que queda, Alaia.

—No hay problema.

El hombre se puso una chupa y se embozó bajo una bufanda a juego con la soledad del exterior.

—Es un poco tarde para vagar por la calle —dijo la chica

colándose con gracilidad por debajo del mostrador.

—Quería pasear.

—Conozco gente rara cada noche, pero es lo más extraño que he oído en mucho tiempo —un cigarro culebreaba en su boca—. ¿Quieres uno?

—No fumo.

—No te he preguntado eso —se rio.

—Nunca había visto este bar —mirando hacia los lados para evitar sus ojos, cambié de tema.

—No estamos en la zona de moda y el callejón parece la boca de un lobo. No sé ni cómo tenemos clientes. El gruñón que acaba de salir tiene este antro más por gusto que como modo de ganarse la vida.

—Tampoco yo soy de bares.

—Se te ve cara de empollona. ¿Qué estudias?

—Filología Hispánica.

—Eres vecina, entonces. Durante el día empollona y por la noche búho.

—A veces no puedo dormir y salgo a caminar.

—Deberías probar la fiesta. Al menos, te divertirías.

—No se me dan bien las personas.

—¡En Salamanca todo el mundo quiere marcha! Y con quien sea.

—Prefiero pasear.

—¡Empollona! —soltó una carcajada—. ¿Quieres otra birra? A mí tampoco me apetece ir a casa.

Agarró un par de la cámara de refrigeración y me ofreció una con una reverencia.

—Me llamo Paula.

—Yo, Alaia, aunque eso ya lo has oído. Me encanta la fiesta, así que hace un par de años me puse a trabajar *en la noche*. Esta ciudad es tremenda durante el curso. Luego, es un coñazo; se multiplican los viejos. Empecé Filosofía, pero me cansé. Ahora trabajo en dos bares: aquí y en el Potemkim. ¿Qué te apetece escuchar? ¿The Doors? ¿U2? ¿Led Zeppelin? ¿The Cramberries?

—¿*Stairway to heaven*?

—*Of course* —cogió un CD de la estantería—. No me canso de este disco, y menos con buena cerveza y buena compañía.

Alaia salió tras la barra para sentarse a mi lado, en otro taburete. Uniformada de negro, se entreveía su piel a través de los rotos de la camiseta y del pantalón. Cruzó las piernas y echó el cuerpo hacia delante, apoyándose en el codo derecho. De cerca, el maquillaje ya deslucido la despojaba de ese aire de mujer fatal que parecía buscar. Dibujando un balanceo con el metal de sus botas tachonadas, seguía el ritmo. Encendió otro cigarrillo y me acercó el paquete.

—Adoro la noche. Estar aquí escuchando música y salir a la calle

cuando aún no ha amanecido. Detesto el día. Con luz todo parece menos cautivador.

—No quiero pensar en la hora de levantarme.

—Eso tiene fácil remedio. No te levantes —dijo agarrándome de la mano—. Vamos a sentarnos a una mesa. Estaremos más a gusto; pero antes voy por otra cerveza. ¿O quieres otra cosa? ¿Un vodka? Los preparo de muerte.

—Mañana tengo clase.

—Quédate un rato más. Ya da igual si te vas ahora; pronto amanecerá.

—Una cerveza está bien.

—De acuerdo —preparó un Absolut con naranja y, antes de salir de la barra con las dos bebidas, cambió la música—. ¿Y cuál es tu historia, Paula?

—¿Historia?

—No me irás a decir que pasear de madrugada es lo más corriente. Quizás para mi abuela, que padece insomnio —se burló.

—Será vejez temprana —la secundé—. Simplemente, necesito salir del piso. Mis compañeras me tratan como si fuera su hermana menor.

—¿Son tan empollonas como tú?

—Me gusta la carrera, nada más.

—Claro, y yo soy camarera por obligación; tampoco me gusta beber ni fumar —dijo recostando su peso sobre mi hombro—. ¿Jugamos a las adivinanzas? Te dejo empezar con mi historia.

—No me apetece jugar y, además, se me está haciendo tarde.

—¿Siempre eres tan negativa y tan muermo? Su sudor calentaba mis mejillas.

—Solo cuando se ponen pesados conmigo.

—Entonces, empezaré yo —pasó el brazo por detrás de mi cintura —. Has asesinado a tus padres y, para huir de la policía, encarnas el papel de una empollona aspirante a filóloga. Como te seguían los talones, te metiste en el bar para despistar. Ahora, vas a matarme para que no cuente tu secreto.

—De hecho, voy a estrangularte.

Sus labios se rompieron en una risotada, que terminó en un suspiro. De fondo, se escuchaba a Lou Reed y su *Perfect Day*. Alaia imitó las palabras del ex miembro de la Velvet Underground, hasta terminar la canción. Entonces, pegó su rostro al mío y susurró:

—*Just a perfect day. / Drink sangria in the park / And then later, / When it gets dark, we go home*.

Su lengua de vodka se enredó con el amargor de mi aliento. Tímida, aparté la cabeza y ella me acarició el pelo para continuar con el beso. Sus ojos negros, bañados en alcohol y noche, no se apartaban de los míos.

—Todavía no has intentado averiguar mi historia —sensual e interrogante, mordió otro cigarrillo, pero se lo quité para echarle una calada.

—Existes desde hace unas horas —comencé a improvisar—. Te he creado como a otros seres. Ahora, cuando me vaya, todo será un sueño o una ilusión. Vagaré de nuevo por el laberinto hasta que engendre otro monstruo mental.

—Gracias, por la parte que me toca; pero esa parece más tu historia que la mía.

Me robó el cigarro de la boca. Inhalando y soltando el humo despacio, paladeó mi reacción mientras su mano se perdía entre mis piernas para bajar la cremallera del pantalón. Temblando, recibí sus caricias.

—Doña Empollona, estoy muy cachonda y borracha. Podríamos continuar nuestras dos historias en otro lugar más cómodo. ¿Qué le parece a usted?

—Es tarde —dije incomodada por la propuesta—. Mañana tengo clase.

—Como quieras.

—¿Cuánto es?

—No jodas, Paula. Invita la casa.

El peso del alcohol me acompañó hasta la puerta. Quise arrepentirme, pero fue tarde. Caminé torpe hacia ninguna parte. Detrás de los edificios el sol saludaba a los primeros trabajadores y a los noctámbulos. Lejos, a cientos de kilómetros en mi pensamiento, se había quedado Alaia, la Circe de cabeza azul. Aún su sensualidad mojaba mi boca cuando me entregué a unos escalones.

—Niña, esta vieja cueva no es tu cama. Moira, sin mirada, tañía los bolillos.

—Has vuelto. Te he buscado en la noche durante meses.

—Y, sin embargo, me rehúyes. Como desdeñas el calor de la carta en tu pecho. ¿Acaso te puedes engañar?

bajo el letrero de «Antigua Iglesia de San Cebrián», escuché las campanadas. Su tañido se confundió con los latidos de mi pecho, el seno de un muerto.

11

UN ESPEJO ROTO

Tres semanas en mi cuarto, estudiando, inmersa en la lectura para evadir la piel a retazos de Alaia y la vehemencia renovada de Moira. Desde nuestro primer encuentro en La Cueva, caverna de rock y cerveza, los días transcurrieron como las notas de una armónica mal atemperada. Y aunque me convenciese de que en ese instante solo me preocupaba el examen, el rostro de Alaia prevalecía entre conceptos, textos, autorías y épocas. Pero no uno contemplado, sino ese que a mis espaldas, huyendo del deseo, se heló por la desilusión en una mueca que se impuso en el rostro de la profesora de Teoría de la Literatura. Arqueada por el peso de su mal humor, me arrancó el examen de las manos y, acarreando las pruebas, un manto de folios desparejos, salió por la puerta del aula P7. Los aspirantes a filólogos aún esperamos en silencio varios minutos dentro del aulario hasta estallar con las dudas sobre el comentario de texto en las galerías del claustro.

—¡Despierta, zamorana! Ni caso nos hace —se lamentó uno de mis compañeros.

—¿Que cuál era el autor? —insistió otra.

—Vargas Llosa, *La casa verde* —respondí fuera de mis pensamientos.

—¡bingo! Cásate conmigo, Paula.

—Puf… He contestado Gabriel García Márquez. ¡Una para septiembre!

—Tampoco estoy segura. Ese texto apenas lo estudiamos.

—A engrosar la lista de cates de esta mujer. En fin, lo hecho, hecho está. Esta noche me quito las penas tomando unas copas en el café Capitán Haddock. ¿Vienes con nosotros? —la invitación, entrecortándose por la bufanda que se enrollaba al cuello, sonó sincera a pesar de haber hablado juntas en pocas ocasiones.

—¡Qué va a venir! Es una antisocial.

—Normal que no quiera contigo; eres un plasta.

—Aún no me encuentro muy bien —me excusé.

—Has faltado muchos días.

—Una gripe.

—Con estas temperaturas, mejor irse a casa. Anda, pesado, arranca y mueve las piernas. A ver si así descongelamos los tempanitos. Dos

pares de calcetines y botas de borreguito para nada. ¡Qué ganas de que llegue el verano!

Los grupúsculos se dispersaron ante la proximidad del almuerzo, aunque los más renuentes, pegados a las paredes del palacio de Anaya, siguieron analizando las respuestas. El viento de la Sierra de béjar invitaba al radiador y a la manta. Antes de decidir si estudiar en la biblioteca o regresar al piso, me metí en las Caballerizas, la cafetería de Filología. Entre curiosos y universitarios encontré un hueco junto a la barra; pero enseguida me alejé hacia el fondo, hasta una esquina, con mi café capuchino y una tapa de tortilla de patatas. Necesitaba templar los nervios y digerir algo caliente para quitarme el frío del cuerpo. Sin embargo, por más que intenté concentrarme en la lectura de *La vida,* de Diego de Torres Villarroel, surgían sin descanso cinco letras: unas veces formando el nombre de *Alaia*; otras, de *Moira*. Y las diez conjugadas con el verbo *prohibir,* compatibles y excluyentes, como si debiera elegir entre la seducción de Alaia y la rendición a Moira. Si no se resolvían las preguntas del pasado, ¿cómo asumir el presente? ¿Y el futuro? El tiempo del pretérito no comparte nuestra urgencia ni mortalidad. Es una malla de vértices inalcanzables. Y yo quería rozar uno de sus extremos para dominar los demás. Cualquier palabra u objeto me conduciría a la verdad. Como la carta. Recordé su hallazgo en Zamora. Había estado allí siempre, si es que ese adverbio significaba algo para mí. Siempre desde 1995. Pero hasta ese día no apareció en la mesilla revolviendo entre mis cosas. Mi madre me ayudó a evocar ese momento.

—¿Recuerdas cuando la recibiste? Por tu cara, a medias. ¿Dónde la has encontrado? —me preguntó mamá.

Desde el alta hospitalaria, ella solía buscar la conversación entre las dos y, como excusa, entraba a mi cuarto con ropa planchada, ideas para la cena o, simplemente, para comentar un capítulo de la señora Fletcher.

—Metida en un sobre con otras cartas y postales.

Se acercó a la cama para tratar de alcanzar las hojas desparramadas sobre la colcha, pero las manoteé enfurecida.

—Calma, Paula. Te ayudaré a recordar.

—Es inútil. A estas alturas debería…

—Inútil no, lento.

Le mostré la carta, arrepentida por mi ataque de ira.

—¿Sabes quién es Fernando de la Iglesia?

—El poeta.

—Le mandaste el poema del concurso.

—¿Qué concurso?

—Fue al instituto para presentar una antología y al llegar a casa estabas tan emocionada que estuviste toda la tarde componiendo una

poesía. Canturreabas las rimas como un pájaro.

—¿Y me atreví a mandárselo?

—Siempre has sido muy pudorosa. Nos lo leíste a papá y a mí. Muy triste, pero una preciosidad. Te convencimos de que se lo mostraras a tu profesor de Literatura y, sin decir nada, lo presentó en tu nombre al certamen anual dedicado a de la Iglesia. ¡Cómo te enfadaste!

—No me acuerdo de su nombre.

—Llevaba también la revista de poesía. Cuando llegó el premio, desconfiaste del fallo por haber sido parte del jurado en otras ocasiones. Versos insulsos, repetías. ¡Versos insulsos! Insulsos, no; un poco artificiosos, como suelen gustarte. Del estilo de este poeta.

—Su hermana iba a clase de bolillos, ¿no?

—Y sigue yendo. Casualidades de la vida. Por el certamen de poesía nos habló de su hermano, de lo mucho que echaba de menos Zamora, de sus clases en la Complutense de Madrid, de los premios. Al final, terminó dándome la dirección postal. «Debe leerlo mi hermano», dijo feliz por tu homenaje. Fuiste muy valiente al mandarle la carta.

¿Ese era mi recuerdo? ¿Su recreación? ¿O la verdad, si es que existe? Antes de la amnesia, creía que el olvido era una mancha negra, un tumor extirpado. Sin ramificaciones. Después, supe que sus conexiones duelen como un miembro amputado al que la arena golpea en una mañana de viento y mar. Un dolor de carne y fantasmas. No se aprende a convivir con el dolor en las escuelas. Nadie te enseña. Porque el dolor se traga. Y somos adictos a compadecernos de nosotros mismos.

Hambrienta de esa aflicción y de más recuerdos, me marché de Caballerizas. No para enfrentar la imagen de Alaia, sino para una reconstrucción morbosa de la madrugada en que nos conocimos. En el bostezo de la calle, La Cueva estaba cerrada, como era esperable, pero retenía una parte de Alaia; igual que la carta, una parte de mí. Al sacarla del bolsillo, aquella madrugada en que nos conocimos, las hojas escritas por el poeta y el momento de su hallazgo se unieron en la puerta del bar.

Querida Paula:

Madrid, 22 de enero de 1995

Me ha hecho mucha ilusión recibir la carta de una joven poeta zamorana. Aunque vivo desde hace años en Madrid, atesoro con nostalgia los rincones de mi ciudad natal y conversar contigo por escrito me ha traído un trocito de mi adolescencia.

He leído tus poemas en verso y prosa, y me han gustado mucho, sobre todo el que se titula «La vuelta de todo». Has empleado muy bien las sugerencias. Sin embargo, debes evitar algunas cacofonías motivadas por la

búsqueda de la rima. Te aconsejo que leas toda la poesía que esté a tu alcance y, si no es la mía, mejor. Lo más importante es la constancia, tanto en escribir como en leer. Es la receta mágica para ser una buena autora, y tú tienes dotes para llegar a serlo.

Adjuntas te mando algunas anotaciones en cada poesía. Un fuerte abrazo.

Fernando de la Iglesia

Dentro del sobre, como un tesoro, estaban las otras cuartillas con mis poemas, unos versos manuscritos. La letra redonda, ladeada ligeramente a la derecha, ahora extraña, era de mi mano. El poeta destacó especialmente cuatro líneas:

La esfinge me preguntó con los mismos silencios odiosos. El enigma es la vuelta de todo, respondí.

Y en la nada su pie aplastó mis dudas. Debajo, ellos eran un espejo roto.

No pude descifrar, por más lecturas, el contenido de estos intentos vagamente poéticos. En su conjunto, los pliegos con los poemas y la carta conformaban una unidad insuficiente, ya que se referían a otras composiciones. Una vez sola, sin mi madre observando, vacié las estanterías de mi habitación y las del pasillo aledaño. Quizás escribí más poemas en alguna carpeta o archivo, pero no encontré ninguno. Manuales, apuntes, mapas, cientos de novelas… Ningún indicio. Pero ¿cómo iban a estar a mano si según mi madre me avergonzaba de los textos? Entonces busqué bajo el colchón, en las cajas de zapatos, al fondo de los cajones del armario… Allí, a resguardo de camisetas y jerséis, un cuaderno titulado *Cajón de sastre I*. Reseñas, relatos, «proesías» (así bautizadas), reflexiones en forma de diario o de ensayo, recortes de periódicos con entrevistas a autores, listas de películas y lecturas. Una amalgama con el número uno. ¿Y los demás? Aprovechando las ausencias de mis padres, examiné cada centímetro de nuestra casa, incluso en rincones tan disparatados como la despensa, lugar bastante improbable entre productos de limpieza y trastos en desuso. La pregunta cambió. ¿Por qué no había más? ¿Los habría tirado o nunca existieron?

Entonces recordé. Así, sin más. Como un rayo atravesando el cielo.

Recordé a mi madre metiendo el mundillo, los hilos, las plantillas, con un orden aprendido por la rutina, en la bolsa azul marino para ir a las clases de bolillos.

Recordé al profesor de Lengua y Literatura comunicándonos en clase que había contactado con Fernando de la Iglesia para presentar su libro en el instituto.

Recordé al poeta, la declamación de sus poemas en un salón de

actos lleno de alumnos obligados a asistir. Allí me vi, siendo la espectadora de mi propia vida, sonrojada como una sandía, diminuta, aceptando escribirle una carta con mis poemas. En cuanto llegué a casa, me dispuse a leer mis textos. Este es pueril; el otro, poco original; aquel... No sabía rimar, tan solo intentaba una prosa lírica, sin la claustrofobia de la métrica. Escoger un poema suponía desnudarme ante uno de los poetas más importantes de la generación del 50. Y sin embargo, ansiaba aprender. Seleccionando versos de varias composiciones a partir de la descomposición de las líneas, elaboré un poema; una criatura de recortes sobre la misma cama en la que pasaba horas leyendo. Finalmente, transcribí el resultado y tiré los trozos de papel. Semanas más tarde obtendría el primer premio en un certamen de jóvenes poetas zamoranos.

En la memoria, los hechos se sucedieron en un segundo; pero transcurrieron meses hasta la respuesta de Fernando de la Iglesia. El impulso del galardón me sirvió para escribirle, a pesar de mis dudas. ¿Cómo iba a responder a una adolescente? Tendría obligaciones y compromisos. Preferiría componer sus versos en su despacho, entre libros, fotos de personajes ilustres y premios, degustando un tinto de Toro, al que tanto homenajeaba en sus poemas. Sin embargo, un día la carta apareció sobre mi cama y nada más verla, sin ni siquiera comprobar el remitente, supe que era su contestación. Incapaz de abrirla, fui primero a comer; luego, vi el telediario hasta el pronóstico del tiempo, como si la cotidianidad evitara una posible desilusión. Sin excusas, en medio de la tempestad que había provocado en mi cabeza, me quedé con la soledad y el miedo, delante del sobre color sepia.

Leí la carta no para disfrutarla sino buscando críticas negativas a los poemas y una motivación para abandonar la escritura, destrozar mis textos, y centrarme en los estudios, apartando a un lado distracciones que, según mis padres, no servían para ganarse la vida. Sueños estúpidos, aspiraciones infantiles. La rabia me tentó a romper cualquier contenido, a tirar los cuadernos sacados del armario. Le habían gustado mis poemas. ¡Le habían gustado! Sobre todo, el del premio. ¿Qué iba a hacer ahora con todo ese terror? Ahogarme en él, en esa mancha aliviada únicamente por la lectura. Dejé de existir para mis amigos. Ni ellos ni mis padres lo podían entender. Porque yo tampoco lograba comprender este sentimiento de culpa, de negación.

En el traslado a Salamanca no pude separarme de la carta, aunque sí del único cuaderno conservado. La primera noche en el piso compartido me extrañó la facilidad con la que se olvidan los padres, los amigos, las calles de la ciudad natal. Y cómo las cosas, traídas desde Zamora —los libros, la ropa, el cepillo de dientes, el radiocasete, el tazón del desayuno, el *walkman*—, no representaban un hogar nuevo, sino objetos vacíos, sin historia, sin cuerpo. Solo frío. Un

frío nacido en el hospital, en la casa paterna. En el pasado anterior a la amnesia. Aquella primera noche metí el sobre bajo el pijama, rozando mi pecho, y al día siguiente lo incorporé a mis prendas, como mi madre había incorporado los bolillos a sus jueves, y aprendí su contenido, su carga. Ese era mi secreto, mi sentido, mi lucidez. Dejar de escribir por miedo, un miedo aferrado a mis padres, su enigma, su silencio como si los vértices de la malla no respetasen la cronología del tiempo y los versos revelaran la pista.

Guardé la carta en el abrigo. El viento de la sierra bejarana había amainado. Alaia rehuía la luz del sol. Y yo de ella.

12
POTEMKIM

Triste la noche, otra vez más en la biblioteca acompañada de un centenar de desconocidos y un libro detestado, con el pensamiento puesto en recoger el estuche, los folios, *La vida*, de Torres Villarroel, y salir a la calle. Ya había cenado dos sándwiches de atún fríos y gomosos con media hora de diferencia. Pero el hambre era pertinaz, tanto como el aburrimiento en las caras de los universitarios, algunos concentrados a pesar de los bostezos y los párpados caídos; otros, en cambio, entregados al móvil, los cuchicheos o los ronquidos sobre el tablero de la mesa. Introduje las monedas en la máquina expendedora por tercera vez. Glotona, me insultaron sus ruiditos hasta vomitar por la rendija un bocadillo de jamón y queso. Luego, el silencio. Se había tragado la vuelta. La zarandeé cabreada, con un meneo disimuladamente enfurecido al que respondió con un pitido corto y agudo. Tiré el revoltijo de papel y migas al tálamo pringoso, donde no dormían el sueño de los justos los emparedados a la mitad y los vasos con café quemado; y ya en mi sitio, abriendo la boca de la mochila, descargué dentro los apuntes sin importarme el caos de páginas que más tarde debería ordenar, indiferente al examen de literatura del siglo XVIII, al Gran Piscátor de Salamanca y al cansancio acumulado.

Moira, la tejedora, se prodigaba poco. Cobijada siempre en la oscuridad, sus incursiones se producían en plena calle, sentada en un banco o levitando con el mundillo entre las piernas para articular su frase a modo de acertijo:

—Niña, esta vieja cueva no es tu casa.

Y yo, después de las horas en la biblioteca, salía a buscarla, a esperar la casualidad de toparme con ella. Pero esta vez sería distinto. Si para mí La Cueva no era un antro, debía averiguar el porqué. Me encaminé hacia el bar por las calles sonámbulas, y en la puerta, perdido todo el arrojo, pensé mil formas de evitar la sinceridad ante Alaia. Finalmente, empujé la puerta. En el interior el olor a desagüe y amoniaco envolvía las mesas donde una docena de parroquianos tomaban cervezas. El dueño discutía sobre política con uno de ellos mientras no le quitaba ojo al *MTV Unplugged in New York*, de Nirvana, en la televisión.

—Uno no sabe si preferir a los tontos o a los malos.

—¿Quién es quién? Cuando pones copas, escuchas de todo; pero,

aunque la gente se queje, sigue votando a un partido u otro como si no hubiera más posibilidades. En La Transición se repartieron la tajada, jugaron con nuestras esperanzas y nos agrandaron el agujero del culo. Si mi abuelo viviera se moriría del chasco. ¡El hombre fue encarcelado por robar un pollo para comer!

—Pero por su carné de republicano —el dueño, al percatarse de mi llegada, levantó las cejas para saludar—. Ya no hay memoria.

—Solo la del bando vencedor. Y no le interesa andar abriendo fosas ni investigar la posguerra.

—¿Y a qué bando? Seguimos dividiendo la sociedad en dos ejes irreconciliables. Además, vosotros —condujo la mirada hacia mí— preferís una tarifa barata de móvil a debatir estos temas.

Abrí la boca para responder, pero prosiguieron sin atenderme.

—No todos los jóvenes son despreocupados.

—¿Insinúas que preocuparse es de viejos? Yo soy un chaval. Todas las mañanas, cincuenta flexiones. ¡Un toro! —añadió golpeándose el pecho y subió el volumen de la televisión—. Esta versión de *The Man Who Sold the World* casi me gusta más que la de bowie.

—Anda, ¡qué dices! Gilipolleces. Te estropeas la cabeza con la banda de Seattle. Ponle una bebida a la chica —sugirió— y deja de pavonearte como si tuvieras veinte años.

—En realidad —por fin me atreví—, busco a Alaia.

—Hoy trabaja en el Potemkim —anunció lacónico.

Continuaron arreglando la situación política de España de modo que, sin averiguar la dirección del local, anduve en dirección a la Gran Vía. bajo las luces de neón las aceras de tiendas y oficinas se desparramaron en colas de estudiantes para entrar a los pubs. Alguien podría orientarme. Pregunté entre los chavales con traje y corbata, recién salidos de una fiesta de residencia universitaria; me ignoraron por unas conocidas de nuestra facultad. Ellas, con el soniquete de la tuna universitaria, tampoco me respondieron. Molesta ante el flujo de gente, me di la vuelta y entonces choqué contra un chico.

—Está cerca —indicó acomodándose la coleta—. Vamos juntos, si quieres. Mis amigos esperan allí. Los niños monos han vuelto a ponerlo de moda.

Su figura se cimbreaba alargando las zancadas como si sus piernas compitieran por llevar la iniciativa. Acomodando mis pasos, daba saltitos. Parecíamos dos hermanos de camino al colegio, el mayor apremiando a la menor. Dejamos la Gran Vía para callejear hasta el Potemkim. Cerca de la entrada, unos chicos agitaron las manos.

—Los colegas —aclaró volviendo a ajustar la coleta—. Parecen cabreados. Jamás llego tarde; genero expectativas.

—Gracias por acompañarme.

—El rock no está muerto.

El muchacho, un beethoven roquero, se despidió haciendo el símbolo de los cuernos con los dedos; y yo, nerviosa por el reencuentro con Alaia, me metí en ese antro Potemkim de connotación tan revolucionaria. A través de la nube espesa y asfixiante de humo fui acostumbrando los ojos a la oscuridad y el cuerpo a los embates enfebrecidos por el tema *Firestarter*. La zona de baile parecía un barco a la deriva; sus tripulantes levantaban los brazos pidiendo más canciones de Prodigy mientras con mis codos rompía aquel océano de saltos y estribillos para llegar a una de las barras en los extremos del pub. Por fin, sorteando los grupúsculos, llegué al mostrador, pero Alaia, al verme, se alejó en sentido contrario.

—Una Mahou —pedí a voces al otro camarero.

Me quité la mochila, la bufanda y el abrigo, acalorada por la escasez de espacio y la reacción de Alaia. Me arrepentía de haber ido, de aparentar indiferencia cuando, en realidad, con cada sorbo a la cerveza buscaba en su mirada la reconciliación. Sola, sin saber qué hacer, cogí mis pertenencias y, en ese momento, me tocaron en el hombro.

—¿Estás sola?

Otra vez el beethoven roquero, esta vez escoltado por sus tres amigos. Desde cerca, resultaba aún más espigado.

—Espero a una amiga —le contesté sin sonar muy convincente.

—Después de discutir sobre el paso del tiempo, la trans- formación de la materia en energía y los bocadillos de beicon con queso, hemos consensuado malgastar unas horas en este tugurio. Te presento a Garro, Nieto y bajo —se dispuso a señalar a cada uno—. Unos inadaptados, pero buenos tipos. Yo soy Lucas.

—Paula —respondí contemplando al grupo.

Con cazadoras de cuero, pantalones negros y cadenas colgando de los bolsillos, los cuatro se asemejaban a unos matones de una película de serie b. Él y yo nos quedamos parados, indecisos por saludarnos con dos besos o solo asintiendo con la cabeza. Finalmente, decidimos lo segundo.

—Quédate con nosotros hasta que llegue.

—Es la camarera —aclaré.

—¡Uf, bajo! ¡Qué suerte! La conoce.

—¡No jodas! —exclamó ilusionado.

—Está loco por ella —continuó Lucas—, y nosotros hartos de venir. En ocasiones, hay conciertos que merecen la pena, pero frecuentamos más otros pubs para escuchar buena música. ¿Otra cerveza o una bebida de verdad? —cambió de tema. Alaia no nos perdía de vista, como si le incomodase que me divirtiera con ellos. Nieto seguía las letras, cantando. bajo movía la cabeza de arriba abajo, punteando en el aire una guitarra imaginaria; Garro,

impertérrito, encendía un cigarro tras otro rompiendo su estampa de estatua únicamente al beber, y Lucas hablaba de los años gloriosos del rock, los 60 y 70, a pleno pulmón en pugna con los altavoces y las conversaciones ininteligibles de alrededor.

—La cumbre son los Zeppelin. No hay grupo como ellos. La voz de Robert Plant, la guitarra de Page… ¡Tremendos! También AC/DC son excelentes. Deberían estudiarse en las escuelas. Por ejemplo, yo admiro a Mozart y toco sus obras en el conservatorio. Un genio, como beethoven o Wagner; sin embargo, si se desea emocionar a los adolescentes, ¿por qué en el instituto no escuchan a Pearl Jam? ¿O Radio Futura? A los únicos que se les da fuelle es a The beatles, las monjitas del pop. No les quito mérito, pero estomagan. Tan omnipresentes como Dios.

Se esforzaba en contar datos o anécdotas sobre estilos musicales y discografías, aproximándose para superar el volumen de la música. Y disfrutaba viendo cómo asentía con sus comentarios, aunque apenas los escuchase.

—Termino a las cuatro —se interpuso Alaia en medio de los dos para recoger los botellines de cerveza y los vasos vacíos acumulados. Luego, sin dejar de examinar los gestos de Lucas, añadió pegándose a mi rostro—. ¡Menudo plasta! Estás tan buena que no te deja en paz.

Una luz cegadora puso término a la noche acorazada, revelando la suciedad del suelo, los pringues de pisadas y colillas, y el rostro demacrado de los asistentes. Para apaciguar la euforia, pincharon *Love Me Tender* y Elvis Presley nos acompañó hasta abandonar el local. Fuera la niebla cubría los edificios y las farolas con una lechosa humedad.

—¡Muy bueno el Potemkim!

—Nadie es *perfecta*, Paula. ¡Hace un frío que pela! ¿Continuamos en otro sitio más calentito? —sugirió Lucas casi a gritos.

Nos pitaban tanto los oídos que tardamos unos minutos en adecuar la voz a la calma reciente.

—¡Eso! —secundó bajo—. En el piso tenemos *birringas* y pizza precocinada.

—He quedado con mi amiga —les recordé.

—Que se venga también —insistió bajo emocionado.

—¡Vas a asustarla! —se rio Nieto—. Pareces un acosador.

—Chicos —llamó Alaia saliendo del pub mientras se ponía la cazadora—, la princesa tiene cita. Probad otra noche.

—Compartimos; no soy celoso. Además Paula puede unirse a la fiesta.

—Tú sueñas, chaval —dijo enfadada la camarera—. Ni en un millón de años.

—Te estás pasando, bajo —le cortó Lucas en seco, avergonzado por

el comportamiento de su amigo—. Tío, digiere el alcohol sin perder los papeles —Nieto y Garro lo agarraron de los brazos para alejarlo de nosotras—. Se pone pesado al beber. Lo siento. Oye, Paula… —avanzó interponiéndose entre Alaia y yo— una tarde podemos dar una vuelta o tomar café. ¿Anotas mi móvil?

Se agachó para dictar las cifras, lo que me hizo sentir mimada al amparo de sus ojos. Alaia debió de notarlo pues se apoyó sobre la pared, con las manos metidas en los bolsillos de la cazadora, frunciendo el entrecejo para mostrar el desagrado por el intercambio de números de teléfono. Llegaron los besos de despedida. Esperó a que desaparecieran por la esquina para echar a andar, atenta a cómo guardaba el teléfono.

—Un crack el coletas —dijo refiriéndose a Lucas—. Alto, risueño, aunque un tanto acartonado, ¿no?

—No te burles —estaba enfadada. Toda la noche ninguneándome y ahora se hacía la víctima.

—En serio, un donjuán; pero con cara de empanado. ¿Qué te recitaba? ¿La tabla periódica?

—¿Por qué te interesa?

No me contestó. Anduvimos con la mirada distraída en el empedrado de la calle. Yo pensaba en irme, en regresar al piso. Pero me mantuve a su lado. Quizás porque no aguantaba la ausencia de conversación —tan solo se escuchaban los pitidos del semáforo para peatones a punto de cerrarse—, se puso a canturrear el estribillo de *Lithium* y eso me enfureció aún más.

—¿No vas a pedir disculpas? —la interpelé—. ¿O con una cancioncita de Nirvana basta para cambiar de tema, como si no hubiera ocurrido nada?

—¿Disculpas? Apareces en La Cueva como un gato perdido en busca de compañía, y te largas. ¡Qué digo…! ¡Huyes! Semanas después te plantas en el Potemkim reclamando atención y explicaciones. ¿A qué estás jugando?

—¿Jugando? Ojalá fuera un juego.

—Me da igual que tontees con ese chaval. Lo que me jode es tu indefinición —de nuevo el semáforo se puso en rojo. Alaia sacó un cigarrillo, lo encendió y, tras dos pitadas, lo tiró al suelo—. Mira, *Pauline* —se dirigió con dulzura, cortando el cariz de la discusión, y por un instante se apaciguaron mis nervios—, me gustas. Aquella madrugada estaba caliente y no medí los tiempos. Tal vez, me precipité.

—Simplemente… me chocó —intenté disimular mi rubor envolviendo el cuello con la bufanda.

—No eres una cría, aunque lleves esa mochila a la espalda. El semáforo cambió a verde, como si nos impulsara a caminar hacia el

parque de la Alamedilla.

—Necesito respuestas, Alaia —me temblaban los labios. Solo quería llorar—. Por eso he venido.

—No soy la más indicada para aconsejar. Sin embargo, puedo invitarte a una copa.

—He bebido demasiadas.

—¿Y un té? Mi casa está cerca del parque.

Accedí a la invitación. El resto del camino hablamos de los exámenes, del cruel invierno salmantino. Poco a poco, esa franja entre las dos se fue estrechando hasta caminar pegadas. El piso mostraba un enredo de discos fuera de su caja, ceniceros repletos de colillas, cojines en la alfombra, restos de comida en platos. Después de organizar parcialmente el caos, en la cocina se puso a calentar agua para el té.

—Apaga cuando hierva, ¿vale? Voy a darme una ducha. Deja tus cosas donde quieras.

Del salón salía un pasillo hacia la cocina, el dormitorio y el cuarto de baño, donde se metió. Por la puerta entreabierta vi cómo se despojaba de cada prenda en un desorden similar al de su casa: una bota, la camiseta, un calcetín, otra bota, el otro calcetín, el pantalón, el tanga, ya dentro de la ducha, y, una vez regulada la temperatura, el sujetador. Parecía una gacela bajo el agua, delgada pero fuerte, con el pelo azul tornándose negro con la humedad. Y su sonrisa, de un sutil descaro. Sin pudor, se frotaba sus pechos, sus glúteos, su sexo. El pitido de la tetera me espoleó para cerrar el gas del fogón, y así dejar de contemplarla. busqué los saquitos del té y serví las dos tazas. Sin embargo, su imagen estaba grabada sobre la encimera de la cocina; en el salón, superpuesta a la funda desgastada del sofá y los libros de Marx, beauvoir, Nietzsche y Derrida. ¡Ni siquiera me había quitado la mochila, la bufanda y el abrigo! Los colgué en el perchero de la entrada y la aguardé. A ratos sentada, a ratos de pie. Y, sin soportar más la espera, me acerqué para comprobar si estaba terminando. Ella desempañó el cristal para invitarme a pasar y, librándome solo del calzado, retiré la mampara.

—Has bebido demasiada cerveza —susurró acariciando mis labios.

El agua me empapaba de la cabeza a los pies. Me ayudó a desvestir y formamos una montaña deforme de ropa.

—No sé quién soy.

—Eres Paula —musitó agarrando mi cara entre sus manos.

—Más de un año sin saberlo. Sola, sin amigos, sin quién confiar. Y, ahora, apareces tú y esta maraña de sentimientos.

Alaia se acercó midiendo cada milímetro con delicadeza, asustada por un posible rechazo; sin embargo, deseaba su calidez y en el abrazo encontré sus labios. Los mordí. Los lamí. Era incapaz de corresponder

a sus caricias. Me agarró con firmeza de la cintura mientras con otra mano fue descendiendo hasta el interior de mis piernas. Sus movimientos acompasados, suaves y decididos contrastaban con su mirada fija en mis gestos de placer. Esperó a que terminara de correrme y luego, sin mediar palabra, me pasó el champú y salió de la bañera.

Terminé de ducharme. Quería, necesitaba confiar en mis sentimientos; pero Alaia me desconcertaba. Me vestí con el pijama rosa de ositos amarillos que había dejado sobre el bidet, y me acurruqué a su lado en el sofá.

—¿Con qué vas a sorprenderme ahora, aparte del pijama? Me alcanzó la taza de té, de repente seria.

—No te engañes, Paula. Soy poco original. Una pose, un tópico —bebió un sorbo prolongado cambiando su expresión dulce de la ducha por otra hierática—. En La Cueva te mentí. No me aburrió la carrera. Mis padres se cansaron de correr con mis gastos y tuve que trabajar. No les agradó que su hija sea bollera; pero menos ocultarlo, de modo que me marché de bilbao y no regresé hasta años después. Mis amigos y familiares exigían una explicación. Y a mí me resbala la opinión de los demás. Nadie va justificando su heterosexualidad, ¿por qué yo sí mi homosexualidad? —aunque sincera, se quebraba por la amargura —. La otra noche, cuando nos conocimos, estuve muy a gusto. Y, por eso, me desilusionó la despedida.

—Mi manera de enfrentar la vida consiste en aislarme o huir.

—A veces no hay opciones.

—O no las vemos —en esos instantes surgió una oportunidad a la que agarrarme—. ¿Qué harías si pierdes la memoria y, al recuperarla poco a poco, recelas de los cabos sueltos?

—Esos cabos, ¿son importantes?

—Son mis cabos sueltos.

—Entiendo… Intentaría hallar las respuestas.

—¿A pesar del resultado?

—A toda costa. Las personas somos el pasado.

—¿Y si con cada respuesta reconocieras menos quién eres? ¿Y si te obsesionase?

—Pauline, solo debes ser. Existir. Como esta noche.

—Necesito mi pasado —dije buscando la manera de disparar la pregunta que rondaba por la cabeza—. La noche que nos conocimos tuve un sueño, y una especie de bruja apareció en la antigua iglesia de San Cebrián —inventé para evitar hablar de Moira.

—¿La Cueva del Diablo?

—Yo estaba rodeada de oscuridad y propuso una suerte de enigma. Desde entonces, a menudo sueño con la mujer en diferentes localizaciones de la ciudad, siempre a altas horas de la noche.

—¿Cuál es el acertijo? —preguntó con curiosidad.

—*Niña, esta vieja cueva no es tu casa* —un escalofrío me recorrió la espalda al repetir las palabras de la hechicera.

Alaia permaneció pensativa unos minutos, dando vueltas a la cucharilla en el té ya frío.

—Y descartas los restos de la iglesia —dedujo al fin.

—No siempre se manifiesta en el mismo lugar.

—*Niña, esta vieja cueva no es tu casa* —balbució con un tono que, sin saberlo, imitaba al de Moira. Se levantó del sillón y, después de poner un vinilo de Joplin en el tocadiscos, se quedó de pie, frente a mí —. El bar de Paco se llama La Cueva, pero ¿por qué no iba a ser tu casa? ¿Tan mala influencia soy?

Sin embargo, la broma no nos hizo gracia. Aunque hubiera creído que Alaia podía ser el desencadenante de la adivinanza, el hecho de que Moira no se revelara despertó mis dudas. Tal vez la camarera no era la solución, sino una guía. Y el disco continuó dando vueltas.

Maybe, maybe, maybe, maybe, maybe dear I guess I might have done something wrong, Honey, I'd be glad to admit it.

Ooh, come on home to me!

Honey, maybe, maybe, maybe, maybe yeah.

—Estoy convencida de que mis padres ocultan algo —abrí otro hilo en la reflexión—. Les pregunto aspectos de mi vida y descubro silencios o matices contradictorios. Incluso, a veces se niegan a contestar.

—¿Y si tú tienes la respuesta, pero aletargada? Como dice más o menos la canción, «Supongo que podría haber hecho algo mal. Cariño, me encantaría admitirlo. ¡Ven a casa conmigo!». A lo mejor debes regresar a casa.

—He buscado pistas por todos los rincones, comenzando por el dormitorio y, luego, por el resto de las habitaciones. Nada. Solo una carta y un cuaderno.

—¿De verdad quieres regresar a esa época? —dijo arrepentida de haberme animado previamente—. ¿Repetirla?

—Tú lo has dicho, no tengo opción.

—¿Crees que así dominarás el presente?

—Esa es mi esperanza.

—Entonces… —propuso sin encontrar todavía la solución—. busca en otros sitios. La cueva puede ser una metáfora, un símbolo. Decía Freud que las personas tendemos a repetir las situaciones pasadas aun siendo dolorosas. Quizás la pista espera en la casa de algún pariente.

—¡La de mi abuela! —exclamé como si encajara la pieza central de un rompecabezas—. ¡Claro! Desde que murió, la vivienda permanece como la boca de un gran secreto, con las persianas cerradas y los

muebles cubiertos por sábanas.

—Y si no encuentras nada, ¿qué harás?

—No cabe esa posibilidad.

13
ATRÉE DE CRÉBILLON

La llave se fundió al sudor de mis dedos. Y al apretarla contra la palma de la mano, a punto de entrar en casa de la abuela, la mordedura del metal avivó el temor a no restañar las grietas del olvido. Sola, delante de la puerta, creí escuchar aquella sentencia de mi padre.

—Dame la llave, Paula.

—Solo quiero verla por última vez.

—Es mejor así.

—¿Para quién? —le interpelé.

Sin más respuesta, me la arrebató de las manos para guardársela en el bolsillo del pantalón y esconderla más tarde en nuestra casa. Mis padres me dejaron huérfana sin la posibilidad de despedirme de la yaya. Tras su fallecimiento cerraron la vivienda, el arca donde confinar sus secretos y silenciar mis sentimientos. Sin embargo, husmeé cuanto pude en las habitaciones escudriñando, como ahora, cada milímetro hasta la demencia, hasta palpar tras el armario en el dormitorio conyugal, donde la pegaron con celofán.

Y ahora me encontraba de nuevo allí, en la puerta, a punto de entrar en la casa de la abuela. Respiré hondo para insuflarme valor. Sin embargo, al tocar la cerradura retuve un quejido de miedo, de culpabilidad por la tardanza en regresar a su lado. Porque el camposanto no era su casa. Dentro del nicho los dos kilos de ceniza testimoniaban su paso por el mundo, pero no su huella. Introduje suave la llave para luego darle dos vueltas. Con la primera, imaginé su rostro; con la segunda, su voz. Finalmente, sonó un clic y la puerta cedió. Al entornarla, una cascada de oscuridad y olores me humedeció el rostro, incapaz de contener las lágrimas.

—Abuela… —musité.

Después de cerrar la puerta a mi espalda con cuidado, mi cuerpo comenzó a temblar. A oscuras quizás resultase más sencillo soslayar su ausencia. Creí que incluso podría recuperar la casa para la memoria en una lectura de formas y texturas a través de las yemas de los dedos. Pero no fue así. ¡Qué solos las paredes del recibidor y los muebles cubiertos por las sábanas! De toda esa felicidad solo resistía un leve vestigio, el recuerdo de su calidez y el aroma a manzana en su ropa. La abuela siempre dejaba el costurero cerca del teléfono; asumía que

las desgracias nacen con una llamada y solo coser las repara. Sin embargo, cuando llamó papá notificando la caída de la abuela, no enhebramos la aguja para remendar su muerte. Ni tampoco el dolor que dejó.

Al entrar en la cocina el tiempo se detuvo en un calendario de 1996. El año de su muerte, recordé o quizás estuviera inventado; no supe distinguir. La abuela, postrada en la cama, intentaba entender los rasgos de nuestros cuerpos, las heladas primaverales o los relatos de encuentros fortuitos en la calle. Sonreía a ratos, aliviada momentáneamente por la comezón bajo la nariz.

—Necesitas el oxígeno para respirar —dijo papá al colocarle de nuevo la cánula.

—Ya no quedan madres en este mundo. Quitadme esto —gruñó tirando del tubo—. ¡Quitádmelo! Quiero salir a la calle.

Aquella tarde nos quedamos abatidos en el sofá por la transformación lenta y progresiva de la yaya. Sin fuerza. Sin esperanza. Mudos. Escuchando el tictac del reloj en el salón donde tantas veces había pasado las tardes con la abuela.

—No debes venir más. ¿Me lo prometes?

—Pero quiero estar con la abuela. La necesito.

—Sin memoria solo es un cuerpo; y sus ojos, el pozo del olvido —mi padre se perdió en el desconsuelo.

Ese recuerdo de la abuela, postrada sobre su cama, me acompañó hasta el dormitorio. Aún sonaban en mis oídos el gorgoteo del oxígeno y sus roncas palabras, entre las que se escaparon los versos de alguna canción. Ininteligibles, parecían un encantamiento en el que mecerse a la espera de su calor.

—Cuéntame otra vez, yaya, cuando eché a andar por los pasillos de esta casa. Despacio, como si el tiempo no existiera —susurré a la almohada sin más respuesta que el frío de su muerte.

Rehíce mis fuerzas para afrontar el salón, el lugar donde habíamos compartido más tiempo. A pesar de los objetos, apenas albergaba el rastro de la abuela como si el costurero en la entrada o la bata colgando en una percha pertenecieran al inquilino de una vivienda en alquiler. Las sábanas que cubrían los muebles quebraron la solidez de los recuerdos, de las cenas de Nochebuena, los geranios en el balcón y los álamos de los Tres Árboles al batir del viento. Incluso la consistencia de los muebles, de mi cuerpo. Rendida por las emociones en el sillón orejero, al contacto con la tela, pasado y presente se imbricaron en un tamiz de luz exigua a la que, testaruda, me aferraba en vez de encender la lámpara. Segundos después, la sábana sobre el sofá de tres piezas fue elevándose para mostrar debajo una masa con forma de mujer. Moira, la hilandera, se puso a repiquetear los bolillos.

—Los osados son huéspedes de su cobardía.

—¿Qué haces aquí?

—Para avanzar mira atrás.

La funda se desvaneció al contacto con el techo. Aterrada, me abracé al estómago para contener un dolor agudo, seguido de náuseas.

—Has llamado a la oscuridad para revelar otras tinieblas.

—Entonces —asentí superada por las visiones—, sigo perdida.

—Nunca más cerca y, en cambio, tan lejos —dijo y, levantando el brazo para señalar hacia la mesa del comedor, emanó de su ropa un aroma tan anhelado que me puse a llorar.

—¿Abuela?

Aunque quise tocarla, la anciana interpuso el mundillo al que se entregaba con arrebato. Al llegar a un punto, sus movimientos se reiniciaron una y otra vez, torpes ante el obstáculo.

—¿Quieres… —exhaló por su boca de duda— que continúe trenzando tu historia?

Propuso el mismo enigma que la primera noche en la habitación del Hospital San Ildefonso. Sin embargo, esta vez sabía, sin vacilación, la respuesta.

—*Cómo*, *pero*, *de acuerdo* no valen totalmente. La clave es… *Á-gue-da*.

Con la articulación de las tres sílabas, Moira fue petrificándose despacio. Cerró los ojos; inclinó la barbilla. Y los brazos colgaron inertes a ambos lados del mundillo, dejando así de entrelazar los bolillos. La almohadilla, en cambio, no se precipitó al suelo sino que se mantuvo en el aire. Desde el asiento no podía interpretar el bordado; entonces, me aproximé con lentitud a la anciana. Su aroma a manzanas asadas adquirió un matiz agrio, erigiendo una pared invisible entre las dos. Intentando atravesarla hasta agostar mis fuerzas solo obtuve los centímetros suficientes para examinar el retrato de hilos. La abuela, feliz y orgullosa, estrechaba a su nieta ante la cámara.

—¿Este es el secreto?

La hechicera ni contestó. No hacía falta. La imagen era un calco de una fotografía real que, cientos de veces, contemplé en este salón. Debía encontrarse allí mismo, en el armario de la televisión. Al retirar la tela apareció la colección de vinilos y, con ellos, el recuerdo.

—¿No tienes alguna canción más alegre?

—Poca felicidad hay en el tango, cariño.

—¿Y en este, *La última curda*?

—Ponlo si te apetece.

bajé la aguja sobre el disco.

—Allí, en Argentina, ¿bailabas tango?

—No me gustaba ni escucharlo.

—¿En serio? ¿Y todos estos álbumes?

—La vejez te vuelve melancólica.

—Apenas cuentas historias sobre esos años.

—Fue hace mucho tiempo.

—Pero, ¿cómo era la vida allí?

La yaya alzó el brazo del tocadiscos. Pero seguía sonando fuera del recuerdo.

—Demasiadas horas en la fábrica y pocas para vivir.

—¿Y no has pensado volver?

—Siempre es triste recordar la juventud. Anda, deja los discos y reparte las cartas. ¿O no quieres jugar más a la brisca?

—Claro que sí. Para una vez que voy ganando.

Encima de la balda de los vinilos se encontraban los portarretratos. Vislumbré las fotografías al lado de la ventana, aprovechando los resquicios de luminosidad entre las rendijas de la persiana. Mis padres en la salida de la iglesia de San Juan, bajo una lluvia de arroz y confeti. Los abuelos contemplando las aceñas del Duero. Juntas, la abuela y yo de la mano, en la puerta del colegio. Necesitaba más luz pero al encender las lámparas Moira huiría o tal vez impusiera, para resistirse, un manto de oscuridad. Tanteé en la penumbra los cajones y los demás estantes del mueble entre la mantelería, la vajilla para las celebraciones, las botellas medio llenas, los libros de repostería. Incluso, las cajas repletas de postales y fotografías con familiares desconocidos. Tras recolocar los objetos en su sitio regresé a la cocina, al baño, a los dormitorios. Nada especial, ni siquiera dentro del costurero o en los bolsillos de la bata. Solo en la habitación de la abuela, dentro de la mesilla, encontré debajo de los medicamentos una pitillera de terciopelo azul desgastado. Volví al salón desesperanzada, harta de los callejones sin salida.

—Entre estas cuatro paredes —murmuré—, pasábamos juntas casi todo el tiempo. Moira, ¿dónde está la foto?

La hilandera conservaba su rictus sin un mínimo atisbo de reacción. Insistí en traspasar la barrera invisible.

—La respuesta es *Águeda*. ¡La respuesta es *Á-gue-da*! —me mordí la lengua para no gritar. Entonces los brazos de la anciana retomaron la labor, aunque esta vez para desenlazar el retrato—. ¿Qué pretendes mostrar? ¡Ayúdame! —imploré con golpes sobre el muro de aire.

Elevó la mirada de los bolillos e hizo una pausa inacabable. Las sábanas que cubrían los muebles comenzaron a agitarse por un viento inexistente. Moira abrió la boca para proferir el nombre de la abuela en un sonido bronco y se dispuso a reiniciar el encaje. En apenas un minuto ya lo tenía concluido y, en el último pase con los palillos, tronó el móvil cual alarma de bomberos.

—¿Quién es? —tras palpar en los bolsillos del abrigo, contesté al fin, ya sin tensión en la garganta.

—¿Se puede saber dónde estás?

—Mamá —balbucí con la culpa de un ladrón capturado en mitad de un robo.

—Son casi las tres y cuarto de la tarde. Llevo llamando casi una hora.

—Ya voy.

—¿Por qué hablas tan bajo?

—Estoy en la biblioteca. No me he dado cuenta del tiempo —en eso, no la mentía.

—¡Ven ya!

Moira se evaporó. El retrato, su última pista, esperaba en algún lugar de la casa.

Para analizar los pormenores de las recientes pesquisas, después de comer me encerré en mi cuarto hasta la cena. Apunté en el Moleskine todo, incluso el diálogo con Moira. ¿O mejor llamarla *abuela*? ¡Era tan extraño y atemorizador pensar en ella de esa forma! ¡Y tan reconfortante el reencuentro! Quizás mi añoranza provocase su aparición; o quizás nunca se había ido, aguardando el momento de presentarse bajo otro aspecto. Más allá del acierto en esa suposición debía regresar, y cuanto antes, para aprovechar el vínculo establecido, más intenso, más definitivo. Mis padres quedaron con unos amigos para ir al teatro y se me brindó una oportunidad única de regresar a casa de la abuela unas horas después, aún frescos los acertijos de Moira, e interpretar el misterio. Yo, la Dupin de *La carta robada*, enfrentada al secreto familiar. Me dispuse a terminar el relato de los *Cuentos completos* de Edgar Allan Poe, el regalo con el que Alaia quiso oficializar la relación, algo bastante contradictorio teniendo en cuenta nuestras personalidades al margen de convencionalismos. Sin embargo, para ella supuso un vínculo, un antes y después, y eso me generó una sensación de encorsetamiento y extrañeza. Apenas nos conocíamos; apenas me conocía. Le di la vuelta al marcapáginas. *Para la detective Pauline*, había escrito en la dedicatoria. También Alaia ansiaba la verdad.

A esas horas, las diez de la noche, y casi a un grado bajo cero debido a la niebla, pocos transeúntes se animaban a andar por la calle. Sin la llave del portal, tuve que esperar un golpe de suerte para colarme en el edificio de la abuela tras un vecino. Ya dentro de la casa, me descalcé; cualquier ruido alertaría de mi presencia en el piso inferior. El olor a manzanas asadas en el aire me contrajo el estómago con una punzada. La casa era distinta, aun estando todo igual que por la mañana. ¿O yo la observaba con otros ojos? Entonces, un canto brotó del salón.

Lo que ahora veo, otro tiempo ignoraba salada y olé,

cuerpo salado mueve bien los pies, otro tiempo ignoraba lo que ahora veo ay, ay, ay.

A medida que el volumen ascendía, una luz fue extendiéndose desde el sillón orejero. Allí estaba sentada una persona, o un fantasma, pues ignoraba cómo llamar a lo que veía. Anduve unos pasos para reconocer su rostro, una cara de geométricas formas que finalmente casaron.

—Preguntas quiénes somos —dijo—. Tres caras para un enigma.

Se levantó del sillón dejando una estela de tres cuerpos que, al pararse en medio de la sala, se juntaron de nuevo.

—Ya no necesitas los bolillos —continuó—. La tejedora solo puede entrelazar lo que desconoces y ya has averiguado la clave.

Era cierto. Tenía tatuada la fotografía en mi cabeza.

—Si no eres Moira ni la abuela, entonces ¿quién eres?

—Todas somos Moira o Águeda o… —se detuvo un instante—. Tres seres para un secreto. Pero puedes llamarnos como quieras.

—¿Cuál es el tercero? —pregunté, pues no acertaba a saber de quién podría tratarse. En ese momento, su rostro sufrió una leve variación y recordé dónde lo había visto. El día del alta en el hospital, mientras regresábamos en el coche a casa, crucé la mirada con una anciana. Vestía de luto y en sus manos cargaba el peso de la compra.

—Exacto —me leyó el pensamiento—. Ella te encontró, pero no le diste un nombre.

Ahora entendía por qué me sonaba su rostro. Esa mujer me socorrió en el suelo llamando a una ambulancia; luego, desperté en el hospital.

—No es tiempo de preguntas, sino solo de respuestas —y las tres caras, la de la yaya, Moira y la mujer desconocida, se despidieron una tras otra fusionándose para integrar un rostro indefinido dirigido hacia un estante en el mueble de la televisión.

Sentí la soledad de la llave mordiéndome en la palma de la mano. ¿Sería el final? Y si así era, ¿por qué este desamparo? Imposible seguir preguntando a la tríada, ya deshecha en el aroma del salón. Sin embargo, por suerte se mantuvo la luz emitida desde su cuerpo, mortecina pero suficiente para revisar los objetos del armario. No me iría de allí hasta hallar la fotografía, aunque mis padres se enterasen de mi ausencia. En ese estante, los libros de cocina se sostenían en un equilibrio volátil, ajeno a la gravedad de sus cuerpos. Hojeando las páginas me topé en su interior con recortes de revistas y periódicos sobre recetas. En los demás, muchas fotos semejantes, pero ninguna igual a la de mi memoria. Acaso las indicaciones fueran imprecisas y se refirieran al armario y no a una balda concreta. Me dispuse a examinar en los otros módulos del mueble pero la luz se ahogaba en

cuanto me movía, así que me concentré en el estante. De nuevo, abrí los libros puesta toda mi atención incluso en las anotaciones a lápiz de medidas o ingredientes cambiados por la abuela. Tal era mi desesperación que quise hallar en ellas un mensaje cifrado. La abuela solía consultar un volumen en particular. Aunque se supiera la receta de memoria, le gustaba repasar los ingredientes y los pasos para la elaboración de la tarta de manzana. Del uso y los años las tapas se descosieron y fuimos juntas a un encuadernador para que le empastara unas nuevas. Sin embargo, para reforzarlas el hombre tendría que pegar las guardas en las tapas. La abuela, poniendo como excusa la falta de calidad en los materiales, se negó porque, en realidad, tras el trabajo del encuadernador, se perderían los retratos en las guardas que yo había pintado con cuatro o cinco años. Eran de la familia: papá, mamá, la abuela y yo. Apretaba tanto el bolígrafo que los trazos hundidos en el cartón se podían leer, según la yaya, como el braille. Imitándola, al pasar las yemas de los dedos con los ojos cerrados, percibí un bulto bajo un dibujo, como si el papel de dichas guardas protegiera un tesoro escondido. Levanté con cuidado una de las esquinas mientras un recuerdo fue surgiendo como el torrente de un río, arrastrando hojas, troncos y barro.

—Déjame pasar.

—Tus padres me lo han prohibido —la cuidadora taponaba la entrada de la casa con su cuerpo—. Ya hemos discutido esto varias veces. ¿Quieres que me despidan?

—Por favor, solo darle un beso. No tienen por qué enterarse.

—Te afectará su deterioro.

—¡Es mi abuela! ¿Qué harías tú? ¿Resignarte?

Mis gritos alertaron a la vecina, que entornó la puerta para husmear.

—Señora —le dijo—, métase en sus asuntos —y la cuidadora transigió para evitar un escándalo—. Cinco minutos. Nada más, ¿de acuerdo? Y ni una palabra a tus padres.

Entré corriendo en la habitación. La yaya parecía dormida, pero, al besarla, vi sus párpados ligeramente abiertos.

—Yaya, soy Paula.

Masticó las palabras de manera incomprensible. La pobre, consumida, se esforzaba por hablar.

—Descansa —la calmé acariciando la piel seca de sus manos.

Débil para levantar los brazos, entornó la mirada hacia la mesilla. Dentro del cajón, encima de todas sus pertenencias, se hallaba la fotografía y la pitillera de terciopelo azul.

—Otra… Otra… —decía sin poder terminar la frase.

—Somos tú y yo. ¿Te acuerdas? —acerqué la fotografía para que la observara de cerca.

—Es otra… —intentó de nuevo. Seguía sin entender.

—Es otra Paula.

Y, desprovista de fuerzas, se sumió en un sueño profundo.

¿Otra Paula? Observé la fotografía con detenimiento. Imposible. Éramos ella y yo. Le di la vuelta y entonces me fijé en un dato que siempre había estado ahí, escrito con lápiz: 1976. ¡Cómo era posible! Yo nací en 1979. ¿Qué broma era esta? Me quedé absorta asimilando la revelación, mirando una y otra vez la fecha como si pudiera cambiar mágicamente de año, hasta que la cuidadora me avisó del tiempo trascurrido y tuve que marcharme. Como último regalo de la abuela, me llevé la foto en blanco y negro.

Desde esa tarde, cada día estudié los rasgos del bebé, milímetro a milímetro, hasta evocarlos sin necesidad de contemplar la instantánea. Quise echar en cara a mis padres su secreto; me detuvo el temor a la verdad, que fue creciendo como un tumor en las entrañas hasta encerrarme en mí misma. Después de morir la yaya, entraba en su casa para estudiar o, simplemente, para sentarme en el sillón orejero y percibir el aroma de su ausencia, cada vez más tenue. Me convencí de que la fotografía debía regresar junto a la abuela, lejos de las mentiras familiares, y la oculté bajo las guardas de su libro de recetas favorito. Nunca más cogería la llave escondida tras el armario. Nunca más hasta ese momento, tres años después. Con la imagen en las manos, me pregunté qué Paula era yo. ¿La del pasado, la del presente o la otra, esa que suplanté al nacer? Quizás nunca lo supiera, pero, al menos, no sería la que mis padres deseaban. Doblando las guardas, devolví el libro a la estantería. Mire alrededor para despedirme. Pero no podía irme sin otro objeto que comenzaba a obsesionarme. En la mesilla de la abuela esperaba la pitillera azul. Guardé dentro la fotografía, junto a una cadena de plata y un recorte de periódico que había en su interior, y, a la carrera, volví a casa. A medianoche mis pasos sonaron al trenzar de los bolillos.

14
SUR

El remisero colocó su gorro de lana y corte andinos sobre el salpicadero.

—Necesitás uno.

—¿Mucha distancia hasta El Calafate?

—Unos veinte kilómetros

—Nunca había montado en un coche a gas

—¿No los venden en España?

—Quizás. No me entusiasman los vehículos. El viento golpeaba contra el parabrisas.

—Y allá, todo sol y calor, ¿no?

—En la costa mediterránea, hasta hartarse.

—¡Qué envidia! En El Calafate es jodido vivir y laburar. Frío en invierno; frío en verano. Divorcios en invierno; reconciliaciones en verano. Ahora mismo, los días tienen ocho horas de luz, justito para comer, beber y pelear con la esposa y los nenes.

—Pero vives al pie de Los Andes, en pleno desierto y con el océano Atlántico de contraste.

—¿Lo decías por el lago Argentino? —señaló con el dedo hacia la derecha.

—¿Un lago? No se ve el final en el horizonte…

—No sos la primera turista desorientada. Durante el invierno celebramos carreras de patín y trineo, y partidos de chueca o hockey sobre hielo. Pero yo prefiero una casita en el conurbano de buenos Aires. Acá conozco a todos los habitantes, sus problemas, anécdotas… ¡Un embole! Y la ciudad más cercana está a doscientos cincuenta o trescientos kilómetros. Solo resisten los yuyos. Y vos —dijo cambiando de tema—, ¿te sentís menos mareada?

—Aún me zumban los oídos; pero el café antes de partir del aeropuerto me ha entonado. Gracias por invitar.

—Soy igual de caro que cualquier remís, pero con onda —dijo sin darle importancia al agradecimiento—. De todas maneras, tenés que usar un gorro para proteger las orejas. El viento sopla constantemente.

—Me di cuenta desde la escala en San Carlos de bariloche. ¡Menudo aterrizaje! El remisero se rio.

—Para besar el cemento de la pista como el papa Wojtyla, ¿no?

—El comandante nos despidió entre bromas. Pero a mí, la verdad,

no me hizo ninguna gracia.

—Humor austral.

Nos quedamos callados interrumpidos por el silbido del aire entre las gomas de las ventanillas. El remisero encendió la radio para escuchar el tiempo. Las casas comenzaron a surgir en cascada hacia la vastedad celeste. Atravesamos El Calafate y, a la altura de una plaza con los bustos de Eva y Juan Domingo Perón, giramos a la derecha. Detuvo el remís frente a una casona de dos plantas, con las paredes pintadas de crema, el tejado de madera chapado en verde oliva y las puertas y ventanas a juego. Lejos, unos caballos pastaban en la orilla del lago.

—¿En serio escogerías el conurbano en vez de esta imagen?

—Solo en invierno —respondió, para luego despedirse con dos pitidos del coche.

A pesar del viento y las bajas temperaturas me apetecía caminar. Desde mi llegada a Argentina el 28 de mayo, los últimos años de mi vida desde la muerte de la abuela hasta aquella tarde habían cicatrizado en una llaga absurda. Las mañanas por buenos Aires en busca de la Águeda joven, de sus pasos por unas calles que tal vez nunca pisó; las tardes en la costanera del río de La Plata, mirando hacia el otro río, el Duero del anochecer; y las noches, ¡ay, las noches!, esas en las que no distinguía a Moira de la yaya ni a la abuela de mí en una repetición pausada solo al amanecer, momento suspendido en la línea blanca del horizonte. Incluso los días más recientes junto a Enrique y Feliciano los encontré lejanos, al comienzo de otra historia.

Abrigada con una camiseta térmica y un jersey más grueso, tras reservar las excursiones en la recepción del hotel —una por el brazo norte del lago Argentino y otra por el Perito Moreno—, deambulé por la avenida principal, llena de tiendas de deporte, restaurantes e, incluso, heladerías abiertas hasta inventarme la necesidad de ir algún lugar diferente al hotel. En el supermercado La Anónima compré unos paquetes de galletas, como piscolabis para el crucero, junto a un litro de leche, pan, jamón cocido y queso para la cena; y, al pagar con los billetes, su tacto devolvió la imagen de mi abuela, esta vez comprando en una tienda del barrio donde viviera tras emigrar a buenos Aires. De esos años solo tenía el recorte que hallé en su mesilla de noche en el interior de la pitillera azul. Al principio no le di importancia pero luego aprendí a leerlo, a reconocerla entre las demás personas que aparecían en las fotografías de tamaño carné. Un recorte sepia con sus heridas por tantos dobleces. En medio mi abuela, aquella joven Águeda de pelo recogido por un broche, miraba hacia el futuro. Y junto a ella, las imágenes de otras mujeres y hombres de edad similar, serios, alegres, incómodos ante la cámara, dispuestos a enfrentar

1942, una fecha borrosa.

Debía centrarme en las excursiones por Santa Cruz, la provincia de los glaciares, y sacar provecho de los seis días que faltaban para el retorno a España. De vuelta al hotel, paré en una librería. A pesar del aviso de la campanilla, la librera prosiguió su trabajo ensimismada en el ordenador.

—Perdone, ¿venden mapas del Parque de los Glaciares?

Instantes después salió de la trastienda con tres mapas en las manos un hombre de mi edad, vestido con vaqueros desgastados y camisa de cuadros rojos y negros, un Kurt Cobain de pelo corto y chaleco ligero de plumas.

—No oye —aclaró.

Y, tocándole el brazo para avisarle de mi presencia, la mujer esbozó una sonrisa sin dejar de teclear.

—¿Qué tipo de información querés? —preguntó al desdoblar los modelos de planos sobre el mostrador.

—Uno para los lugares que no visitaré —dije con nostalgia—. Mañana navego por el lago y pasado viajo hasta el Perito.

—Entonces este. Incluye parte de Chile.

Asentí, y el chico envolvió el plano con papel cebolla.

—¿A qué se refiere el nombre de la librería?

—¿El Chaltén? Mi tía —miró hacia la señora— la bautizó con ese nombre para homenajear un cerro que rasga las nubes casi todo el año.

Golpeó su ubicación con el dedo índice en uno de los mapas descartados.

—El Calafate impacta ya desde el aeropuerto, con esa carretera solitaria sobre la estepa de arbustos espinosos —asen- tí—. Parece el fin del mundo. ¿Y a cuántos kilómetros está El Chaltén?

—Acá medimos en horas más que en distancia pues influyen las rutas y las condiciones climáticas. Unas tres y media.

Casi once años habían transcurrido desde que me lo regalase mi padre. Las páginas amarillentas y dobladas por las esquinas del Moleskine me sirvieron para anotar las sugerencias del librero.

—Gracias…

—Me llamo beto.

—En cuatro días, imposible practicar senderismo, escalada…

—Razón para prolongar las vacaciones.

Y me dispuse a salir de la librería. Pero antes aventuré una pregunta.

—Tengo un recorte de un periódico de Argentina; pero no sé cómo se llama. He sido tonta por no preguntar en buenos Aires

—Quizás podamos ayudar.

Saqué del bolso la pitillera azul y la abrí con cuidado. Dentro

estaba la fotografía de la abuela con mi hermana en brazos, la cadena de plata y el recorte de periódico.

—Parece antigua.

—Al menos se ve bien la fecha, 1942 —les mostré el papel. La mujer se quedó mirando la pitillera. Tras pedir permiso con un ademán, cogió la hoja para observarla de cerca. Después, en lenguaje de signos le dijo algo a su sobrino. beto volvió de la trastienda con una lupa. La mujer se puso a observar con detenimiento las fotografías y las leyendas de cada una.

—¿Fuiste a algún archivo? ¿A la biblioteca Nacional? Allá quizás puedan informarte mejor.

—No. Y me arrepiento. Ayer por la tarde me acerqué al Hotel de los Inmigrantes, pero en domingo se encontraba cerrado.

—¿Algún familiar?

—Mi abuela. Es esta de aquí.

Señalé con el dedo. Entonces la mujer se centró en mirar debajo.

—La tinta se ha emborronado en algunas partes y en otras está cuarteada —dije como si fuera mi culpa—. Me costó reconocerla.

Puse al lado del recorte la fotografía más reciente con el bebé.

—Se parecen —asumió beto hablando por su tía—. No podés volver a España sin averiguar sobre ella.

—Gracias de todas formas —me dispuse a guardar el recorte dentro de la pitillera, pero la librera me puso una mano en el brazo.

—Dice que, si nos permitís escanearlo, podemos preguntar.

—Claro.

Durante los minutos que emplearon en imprimir una copia, estuve curioseando por aquellas estanterías repletas de libros. Entre ellos escogí uno sobre fotografías de Argentina de la primera mitad del siglo XX. beto se acercó para devolverme el recorte y ambos nos quedamos mirando el álbum de fotos. Había varias del Hotel de Inmigrantes, del pabellón de mujeres y niños, el depósito, el comedor, los dormitorios, y de algunas fábricas.

—La bernalesa aparece también en ese diario. Seguro que mañana te vamos a contar más.

—Me llevo el libro para entretener la espera.

—Te dejás el mapa —dijo devolviéndome el vuelto.

Al coger la bolsa, rocé su piel, áspera como la cumbre de una montaña. Fuera el viento arreciaba. Me despedí levantando las solapas del abrigo.

Apenas dormí esa noche buscando en el ordenador del hotel sobre la bernalesa, una hilandería del partido de Quilmes, y otras textiles de la época. Eran las cinco de la madrugada cuando Cati contestó a mis mensajes escritos por Messenger.

¿Qué haces despierta a estas horas? La voy a buscar.

¿Dónde estás?

En Calafate.

¿En Calafate? Pero ¿cómo vas a encontrar a tu abuela allí?

Me están ayudando con la información. Además, el viernes estaré en Buenos Aires.

¿Y si no te da tiempo? El domingo sale tu vuelo. Razón para prolongar las vacaciones.

Agotada por el viaje y las emociones, me eché vestida sobre la cama de la habitación para aprovechar una hora antes del desayuno. El páramo de la Patagonia se fundió en el sueño con la cubierta de un barco a vapor, los telares de una fábrica y el chal sobre los hombros de una mujer.

15
MODERATO

Yo era la otra Paula, la sustituta, el perro adquirido para suplir la pérdida del anterior. Después de descubrir el secreto evité las visitas a Zamora y contestar las llamadas telefónicas de mis padres. Tampoco atendí las preguntas de Alaia sobre el fin de semana; menos aún le mencioné la fotografía. No estaba segura de querer compartir mis averiguaciones con ella, aunque me acusara de emular el mutismo familiar. Sus celos comenzaron a distanciarnos hasta reducir nuestros encuentros a unas copas en un bar, donde además coincidíamos con Lucas y sus amigos. Una tarde él me invitó a un recital en el Palacio de Congresos. Después de dos horas desfilando tercetos, cuartetos y quintetos llegó su turno como solista con la *Gnossienne n.º 1,* de Satie. Tras apagar varios focos, el proscenio se redujo al piano. Dentro del círculo, con su coleta y traje negro sin corbata, Lucas revoloteaba sobre el teclado esculpiendo la pieza musical con sus dedos, sin reservas, entregados a la melancólica cadencia de pulso libre, y sus ojos lanzados contra la fragilidad de lo visible al ritmo de la suave oscilación de la melodía. La última nota silenció al auditorio; entonces, cerrando la tapa del teclado, se incorporó para saludar elogiado por el aplauso eléctrico del público.

Le aguardé en la entrada del Palacio de Congresos igual que una *groupie* de The beatles, ansiosa por felicitarle. Sin embargo, se mostró ajeno a mis halagos mientras ascendíamos a paso lento por la calle Placentinos hacia La Clerecía.

—Tus padres estarán orgullosos, ¿no?

—Mi madre es soprano y mi padre director de orquesta. A veces acuden a este tipo de actos, pero sin considerarme un genio ni una hidra de siete cabezas. ¿Tomamos un café en El Alcaraván?

Aunque llena, encontramos una mesa y dos taburetes al fondo de la cafetería, bajo la escalera de acceso al restaurante.

—Con el traje me siento el aparcacoches de un casino —a pesar del frío comenzó a quitarse la chaqueta.

—Después de un recital, se vacían las fuerzas —añadí.

—No estoy cansado, sino preocupado.

—¿Por la ausencia de tus padres?

—Quizás mi subconsciente me haya delatado.

—¿Un acertijo?

Comenzaban a incomodarme sus rodeos.

—¿Sabías que el alcaraván es un ave migratoria, poco sociable, que se camufla?

—¿Te incomodo?

—No.

—Entonces, ¿por qué esquivas mis preguntas? Siempre suele ser al revés, tú elocuente y yo…

El camarero colocó sobre la mesa los dos cafés con leche.

—Mis padres han viajado a Madrid para cerrar un contrato.

—Seguro que todo va bien.

—Dirección Musical, la oportunidad de oro. Nos marcharíamos de Salamanca, de la vida tal y como la conozco hasta ahora, para cumplir el sueño de mi padre y también para acercarnos a mi hermano mayor, que reside en San Fernando de Henares.

Hizo una pausa larga y de su bolso sacó una partitura para mostrármela.

—Siempre llevo conmigo el *Moderato* del Concierto para piano y orquesta n.º 2 de Serguéi Rajmáninov. Mi padre toca esta partitura desde que recuerdo. Todos los domingos, la misma rutina. Al cumplir cinco años me dijo «algún día serás tú quien la interprete». Por eso me la regaló al comenzar mis estudios de piano. Aunque, en realidad, no heredé una partitura sino la maldición familiar desde que la iniciara mi tatarabuelo.

—¿Maldición?

—Pienso en abandonar mi sueño, la banda de rock, y me dan ganas de romper esta y todas las partituras a las que les he dedicado mi infancia, mi adolescencia… —dijo mientras removía sin ganas el café—. Para ellos se trata de una distracción, una mera pérdida de tiempo. ¿Alguna vez me preguntaron si quería ser pianista? ¿Se lo preguntaron a mi hermano?

—Y tú, ¿has hablado con ellos?

—¿De qué serviría? Consideran pasatiempos de adolescentes la guitarra eléctrica o el bajo, no *nuestro* instrumento —recalcó.

—Eternos niños para nuestros padres mientras nosotros nos consideramos embriones de adultos.

—Me apetece estirar las piernas. ¿Vamos a otro sitio? Hay un bar en la calle blas de Otero, cerca del Paseo de la Estación, del que somos asiduos.

Apenas habló durante el largo recorrido a pesar de mis intentos por iniciar varias conversaciones. Lucas proyectaba su soledad sobre el adoquinado. Sin embargo, su rictus fúnebre se desvaneció al entrar en el Agila. Esperaba encontrar un pub al estilo de La Cueva y no un bar para jugar a las cartas, comer pipas y beber cerveza con una pared dedicada a The Doors y al Che Guevara.

—¿Sorprendida? No solo de rock vive el hombre —sonrió ahora más relajado—. Además de los clásicos conciertos, los fines de semana hay torneos de mus y rol en vivo. Siéntate donde quieras mientras pido algo en la barra.

Los camareros salieron tras el mostrador para abrazar a Lucas. Parecían emocionados.

—Sonia y Eduardo son los dueños del mejor garito de Salamanca.

—Nos hace la pelota por soportar a su grupo desde su nefasta fundación —se rio el aludido—. No tenemos más remedio que dejarles tocar de vez en cuando.

—No le hagas caso, son excelentes. ¿Los has escuchado? —preguntó Sonia.

—Solo a Lucas al piano —contesté.

—Deberías oírle con la guitarra. En mayo versionan *Of Wolf and Man* como homenaje a Metallica. ¿Por qué no vienes? La banda provoca un terremoto en la sala.

—Piénsatelo —insistió Eduardo, y regresaron a la barra.

—En este bar conocí a Garro, bajo y Nieto —dijo Lucas—. Los tres se presentaron después de leer mi anuncio para formar un grupo de música. Ni Garro ni bajo se llamaban así; a veces hasta se me olvidan sus nombres originales. Estudiaban juntos en el mismo instituto y compartían habitación en la residencia.

—¿Casos perdidos?

—¡Qué va! Les gusta crear leyenda, pero son unos corderitos de Guijuelo. Sus padres prefirieron mandarlos a la ciudad.

—El azar, como nosotros en la noche del Potemkim.

—¡Exacto! Pero lo inusual es que salieras de tu cascarón para conversar con una persona en mitad de la calle. ¡Menuda valentía!

—Búrlate si quieres, pero me supone un gran esfuerzo.

—¿Sabes que Garro te ha puesto un apodo? La Monosílabo. *Sí* y *no* son tus respuestas preferidas, aunque hoy no has respetado tu propia norma. Por eso te mereces un regalo —sin más preámbulos lo sacó del morral—. Espero que no me lo tires a la cabeza.

—Debería ser al revés. Tú eres quien me has convidado a la función —intenté no romper el papel para conservarlo de recuerdo—: John Coltrane, *A Love Supreme*. ¡No tengo ni idea de quién es!

Nos reímos los dos.

—¿Recuerdas aquella noche cuando dijiste que el jazz es la música de quienes pretenden ser interesantes? A ver si cambio tu opinión con este disco, uno de mis favoritos.

—¿Y si no me gusta?

—Entonces, como penitencia, me leeré de nuevo *La Celestina*. Quizás de este modo entienda por qué Melibea se enamora de un tipo tan idiota.

—Una por otra. Me formas en música y yo a ti en literatura.

Llevábamos horas charlando, con un bocadillo de tortilla y más de media docena de jarras de cerveza en el estómago. Pero no logré percatarme del tiempo transcurrido ni del abarrotamiento del bar hasta levantarme para ir al baño. Ojeando la hora en el móvil, las dos y media de la madrugada, vi las notificaciones de varios mensajes.

—Alaia muerde —dije.

—¿Pagamos?

—La veré mañana. Ya le he contestado que estoy contigo.

—Entonces, ¿qué te apetece?

—Escucharte tocar la guitarra.

—El local donde ensayamos está cerca. No es acogedor, por no decir que parece un estercolero.

Soplaba el viento gélido procedente de la sierra bejarana y Lucas me ofreció su brazo para asirme a él. En apenas cinco minutos llegamos a una zona de almacenes. Su estudio era el ocho. Distinto al resto, sin portón metalizado, se asemejaba a una vieja casa de pueblo, con la entrada en un nivel inferior a la acera. Esperé fuera unos segundos, mientras él encendía las luces y la estufa. Penumbra, humedades y piso de hormigón cobijaban los instrumentos dormidos hasta el siguiente ensayo. Sin embargo, se enorgullecía de las instalaciones, y de la mesa de mezclas, los micros, los instrumentos, los pedales… pagados con los conciertos y las donaciones de los amigos.

Desenfundó la guitarra, una Fender con el cuerpo negro, el mástil y el clavijero de madera y los acabados metalizados. Después de enchufarla al amplificador se dispuso a afinarla no sin antes ajustar la coleta, manía recurrente en situaciones de relevancia o embelesamiento. Durante unos segundos se mantuvo en silencio a la espera de que me sentase en el suelo, sobre unas mantas dobladas; luego, levantando con lentitud la mano sobre las cuerdas, comenzó a tocar Once, del último disco que me había prestado, aferrado en cada rasgueo de la guitarra al instante, a ese local, a mis ojos. No pude, abrumada por las sensaciones, más que coger una litrona del suelo, entre papeles y aparatos, y darle unos sorbos para ocultar mi estupor. Quise agradecerle ese momento, pero permanecí callada. Lucas se sentó a mi lado y, superada la timidez, le estreché la mano con fuerza.

—Hay otra cerveza detrás del *ampli* —dijo—. ¿O prefieres un cohete?

—Alaia suele fumar, pero a mí me baja la tensión.

—Es una marihuana muy suave.

Volcó sobre papel de liar el tabaco y un trozo del cogollo desmenuzado. Tras sellar el canuto con la saliva, lo encendió en dos caladas. Fumé despacio por si el dulce sopor me mareaba en seguida.

—¿Y si me ocurre como a Garro, cuando se encontró a Dios entre unos cubos de basura? —recordé.

—¡Uf! Lo había olvidado. Esa noche fue antológica.

—Nunca se me ha aparecido Dios, pero…

—A veces veo muertos —imitó al doblador de Haley Joel Osment en *El Sexto sentido*.

—Hablando de traumas, te supero. He visto… —tragué saliva, densa por el porro y el alcohol— a Moira.

—¿Una Parca? ¡Me estás tomando el pelo!

—No. La bolillera parece una especie de fantasma o demonio. La psicóloga lo relaciona con la ansiedad, con la tensión mal gestionada.

—¿Y tú?

—Creo que me protege a través de sus acertijos.

—*Back to the meaning of life*, como dice una canción de Metallica.

—No lo sabe nadie más. Ni Alaia. ¿Comprendes?

Se puso a temblar y lo rodeé con mi abrigo. Su sonrisa se fue desvaneciendo al contacto de mis labios en una respiración más acelerada. Al besarlo, sentí que traicionaba a Alaia, a sus primeras caricias en mi cuerpo.

—Nunca me he acostado con un chico —dije.

—Yo tampoco.

Nos echamos a reír mientras con torpeza nos buscamos entre las cremalleras y capas de ropa. Le desabroché el cinturón y, por un instante, se desprendió de mi abrazo.

—Me gustas. Mucho. Pero prefiero ser tu amigo a no ser nada.

No supe acallar sus dudas. Indeciso, se puso el condón y le guie hasta dentro para que abandonara la turbación al mo de mis caderas. Por las persianas se colaba el amanecer a través de las rendijas, testigo de nuestra precipitación y sus palabras de amor. Yo solo le contesté con placer.

16
UN LARGO TÚNEL

No sé qué éramos ni a qué jugábamos. Las noches con Alaia se tornaron de una opacidad insalvable. Ni siquiera su vientre, cobijo de mi soledad en el pasado, logró que me desprendiera de Lucas, del reclamo de una nueva piel para esconder a Moira y a mi hermana y para abordar una nueva necesidad: conocer quién fue mi abuela. Ella, sospechando esta traición, mezclaba los celos y mi cuerpo con otras mujeres.

—¡Menudo bobalicón enamorado! ¿A que después de follar te compone una canción? El señorito de papá y mamá aparentando ser roquero. Un falso, eso es lo que es.

—¿Por qué lo odias? —la interpelé.

—¿Por qué no eliges? No solo es sexo, ¿verdad? Pasamos poco tiempo juntas. Cada vez menos. Y desde hace semanas estás más ensimismada. Apenas hablamos; casi siempre para discutir. ¿Qué te ocurre? ¿Por qué no me cuentas nada? ¿Qué ocurrió aquel fin de semana en Zamora? Me prometiste contármelo, que no habría secretos entre nosotras. ¿O prefieres a Lucas como confidente? Él jamás podrá comprenderte como yo pues ignora qué supone renunciar a la familia, a los amigos. ¿Me oyes? Jamás.

Evité responder a sus provocaciones. No entendía su empeño en acompañarme al recital para forzar una armonía inexistente entre los tres.

—Vale —interpretó mi silencio—. Nunca te has interesado por mis otras citas y yo te pido explicaciones. Pero tampoco me lo pones fácil en tu papel de víctima. Acusas a tus padres de hermetismo y te aplicas la misma pátina para que nadie pregunte. Así resulta más sencillo culpar a los demás de tu cobardía.

Nerviosa ante mi falta de locuacidad, se lio un porro.

—Es la hora del concierto, Alaia —dije mirando el reloj—. Mejor voy sola.

Sin embargo, insistió en acudir juntas, enlazada a mi brazo el resto del camino para disimular las heridas abiertas. Llegamos al Agila y en la puerta encendió otro canuto de hachís.

—Lo entenderé si no quieres contarme lo sucedido —mas- culló con el cigarro entre los labios.

—Ya te lo expliqué: no encontré nada.

—¿Hacemos las paces?

—De acuerdo —asentí al engaño—. Ahora divirtámonos. No me apetecía discutir el resto de la noche. Alaia me besó entre los silbidos y comentarios de dos gallitos de corral, pero noté en su boca la languidez de nuestra relación. Tras terminar el porro bajamos al sótano del bar. Los músicos afinaban los instrumentos sobre el escenario. Me acerqué a saludar a Lucas y a su banda mientras Alaia pedía unas cervezas.

—¿Noche de tormenta? —se mofó Lucas de mi desánimo.

—De licántropos, según vuestro homenaje a Metallica —respondí.

—¿Vienes a casa a dormir después del concierto?

—¿No están tus padres?

—No vuelven hasta el domingo por la noche —aclaró Lucas.

—De acuerdo —pronuncié las palabras en una resonancia a la pelea con Alaia.

Ella vigilaba nuestros movimientos, quizás a la caza de un gesto, una caricia que delatase mi traición. Para evitar discutir, volví junto a Alaia, pero enseguida deshizo el silencio entre las dos con un beso de despedida.

—¿Tan pronto?

—Me tengo que ir —contestó terminando el botellín de un trago.

No le pedí explicaciones; su presencia me culpaba de la falta de sinceridad.

Las paredes del sótano se ensancharon con la acogida de melómanos procedentes de la planta superior, apostados incluso en las escaleras. Después de los teloneros, una banda tributo a The Doors, Eduardo presentó a los grupos ante un público ansioso por cantar, saltar y agitar las cabezas al son de los grandes éxitos de Metallica. Con los primeros rasgueos de guitarra, la sala estalló en ovaciones y ese calor, de repente plúmbeo y asfixiante, condujo mis pasos hasta un rincón en la barra del bar. Desde allí solo atisbaba piernas y manos sujetando bebidas.

—Niña, ¿qué has tomado? Estás lívida.

Sonia, la dueña del Agila, me ayudó a incorporar.

—Demasiado calor —dije mareada.

Se dispuso a preparar un bocadillo y un vaso de agua fresca, que pronto atemperaron mi ánimo, poco convencida de la excusa. Sin embargo, la hiel en la despedida de Alaia persistía en mi lengua como si pugnara contra Lucas al tocar *Of Wolf and Man*. Su sonrisa me buscó sobre los tentáculos de los espectadores mientras, al vaivén de su antojo, me transformé no en una mujer lobo, sino en dos hijas irreconciliables de mis amantes.

—*Back to the meaning of life* —bramamos al unísono.

Sin entender la inercia sobre la noche del estribillo, dejé

transcurrir el tiempo entre canciones y bebidas hasta el final del concierto. Los dueños, satisfechos de la afluencia de espectadores, propusieron a las bandas repetir el siguiente junio con un repertorio de canciones ampliado. Después del cierre del Agila, continuamos la celebración en la casa de Lucas hasta que las emociones y el cansancio terminaron en discusión.

—Es justo que le cuentes una parte.

—¿Cuál?

—Al menos la que me has contado.

—¿Al menos?

—¡Joder, Paula! ¿Qué esperas? Ella te quiere. Tendrá sus líos con otras chicas, pero está enamorada de ti.

—No es cuestión de amor.

—Ni siquiera le has mencionado que no quieres volver a ver a tus padres.

—¡Claro que sí! No es ninguna novedad.

—Te equivocas en esto. Nos equivocamos.

—¿Y qué sugieres? ¿Nos sentamos los tres a la mesa para una cena de concordia? ¿Qué día te viene bien, viernes, sábado o domingo?

—Sabes a qué me refiero. Así no podemos continuar ninguno de los tres. Elige.

—¡Vaya! Hoy Alaia y tú os habéis puesto de acuerdo.

—¿Por qué no puede saber de Moira, de tu abuela, de ti?

—Porque ya cometí ese error contigo.

A la mañana siguiente me despertaron las lágrimas debido al recuerdo de la discusión, confundida por la fila india de chupitos con tequila, el humo en el cabello, la humedad del orgasmo.

—Te quiero —dije sin alterar la desnudez de Lucas.

Tenía razón. Debía elegir. Y, sin embargo, no encontré la respuesta en las calles despiertas de la ciudad ni en las orillas del Tormes. Al llegar al piso cerca de la hora de la comida, mis compañeras, plumero y fregona en mano, limpiaban sus habitaciones como cada sábado.

—Anoche, bastante tarde, vino Alaia a traerte unas cosas. Están en tu cuarto.

Sobre la cama descansaban los regalos que le hice, los libros prestados y una nota con unos versos de Jaime Gil de biedma:

Queda también el silencio entre nosotros, silencio
y este beso igual que un largo túnel.

17
SER Y ESTAR

Acto I

Lucas y yo decidimos nombrar nuestro vínculo después de aquel recital en homenaje a Metallica. *Novios* nos sonaba a matrimonio, sin poder evitar el olor a alcanfor de la palabra impregnado en las conversaciones con amigos y conocidos, como si mencionar al otro nos obligase a recordar nuestro grado de compromiso hasta planificar un futuro en común sólido.

Los cursos en la universidad se sucedieron entre las idas y venidas de Salamanca a Madrid, su nueva residencia. Nos veíamos los fines de semana pero, al atragantársele la carrera de Físicas, durante el último dilatamos los encuentros hasta julio. Ansiaba ese momento pensando que entonces él recuperaría las ganas por reunir a la banda y, con ello, la felicidad. Sin embargo, enseguida comenzó a trabajar como becario en una empresa y los proyectos lo mantuvieron alejado de Salamanca, de sus amigos, de mí. En una de las charlas telefónicas, sin grandes alardes me pidió mudarme a Madrid. Sin dudar, renuncié a los cursos de doctorado y a las clases de español para extranjeros; y, a comienzos del otoño pude trasladarme allí para impartir clases en una academia.

Como provinciana, durante los años de instituto había codiciado hazañas en una gran ciudad atraída por la pretensión de mundos más complejos. Sin embargo, al ascender por las hileras de escaleras mecánicas hasta la salida a la calle bravo Murillo, los dobles carriles, el olor a alcantarilla y comida rápida, y las multitudinarias aceras, arruinaron la idealización. Ahogada por los estímulos, y perdida por mi falta de orientación, preguntando a un quiosquero finalmente encontré la calle de los Artistas, donde Lucas había pagado la señal para el alquiler de una habitación. El pisito tenía mucho de bohemio, con mobiliario sesentero, enmoquetado de polvo y paredes empapeladas bajo la iluminación mortecina del patio interior, a la que miraban las ventanas. Casi aún con los bolsos en la mano llamé a Lucas, pues necesitaba su calidez para desahogarme de mi infausta acomodación en la nueva celda. Quedamos en la Plaza de España, junto al monumento a Cervantes, y, mientras daba vueltas observando las efigies, pensaba en cómo las huellas del tiempo habrían marcado su aspecto. Al finalizar una de ellas, nos topamos frente a frente; sin saber reaccionar a su corte de pelo a cepillo y a su extrema delgadez, pregunté:

—¿Este es el Madrid de los Austrias?

—El espectáculo se encuentra a unos minutos, señora filóloga. Pero antes vayamos a la academia para que te familiarices con el recorrido.

De sus labios se desprendió un compás de espera rayano en el olvido; en cambio, sus manos me reconfortaron entre bocinas y empujones de los viandantes hasta la puerta de la academia, de cuyo nombre bien me acuerdo pero prefiero obviar. Tras saludar al director y ultimar unos detalles respecto al inicio de mis clases, continuamos el paseo. El paisaje urbano, más descongestionado a medida que nos adentrábamos en las vías empedradas, me recordó a las tardes de la niñez por el casco antiguo de Zamora y a las caminatas universitarias por la salmantina Plaza de Anaya, bañadas en esa melancolía de quienes vivimos los excesos del pasado. Por eso acogí con alivio la idea de visitar al padre de Lucas en el Teatro Real. Allí se ultimaban los ensayos de *Madama Butterfly*. El padre, un hombre apuesto aunque rígido en maneras, me dio dos besos sin apenas rozar mis mejillas.

—¿Y cómo van tus cursos de doctorado? ¿Ya has comenzado con la tesis? Lucas nos comentó que estás investigando sobre la poesía argentina.

—Estaba —contesté—. Me estoy tomando un descanso, al menos hasta adaptarme a los ritmos de Madrid.

—Gracias por venir y por arrastrar a mi hijo. Ha tardado varios años en atreverse a entrar.

—No me entusiasma el ostracismo —sentenció Lucas.

—Te comportas como un crío de diez años —con una sonrisa de compromiso le ofreció dos entradas—. Toma. Para la sesión del viernes.

—Privilegios de hijo, supongo —reprochó Lucas alejándose del escenario a grandes zancadas.

Le seguí sin entender cómo, por una decisión laboral y después de los años, aún mantenía tanto rencor. Ya no éramos dos adolescentes, sino dos adultos a punto de comenzar una vida en pareja. Sin embargo, apenas participaba de la ilusión, más centrado en acusar a sus padres de falta de iniciativa y carácter ermitaño. En contraste con su figura lúgubre, los niños jugaban con molinillos de viento multicolores, escondidos entre los arbustos y las estatuas de los reyes visigodos en los jardines de Sabatini. Finalmente, nos sentamos en un banco orientado hacia el Palacio Real y, para romper con su apatía, saqué la cámara del interior del bolso.

—Es la famosa Nikon D70, de la que tanto te he hablado por teléfono. Voy a cualquier lugar con ella, aunque casi no sé usarla.

—¿Inauguramos tu vida madrileña?

—*Nuestra* vida, dirás.

Coloqué la cámara sobre la base de una escultura y, tras activar el

temporizador, nos retratamos en un abrazo solo deshecho por la brisa preotoñal. En el metro, de camino a mi nueva casa, sus labios perdieron la extrañeza para recuperar el sabor a noches de rock y literatura. Asombrosamente, le gustó bastante el piso, o más bien los nueve metros cuadrados de independencia; incluso imaginamos la posibilidad de vivir juntos una temporada en ese cuarto minúsculo hasta poder pagar un alquiler entre los dos. Observé su cuerpo mientras se desnudaba: el vello incipiente del pecho, la cicatriz en el abdomen por una apendicitis, los brazos morenos y pecosos hasta la mitad, las piernas robustas… Con la yema de mis dedos leía las formas de sus músculos y huesos, y él me contestaba con un gesto de fastidio al acariciarle cerca del vientre.

—¿Por qué no me has dicho que has abandonado la tesis?

—Es un parón. Nada más.

—Llevas años detrás de este proyecto.

—Desde Madrid se dificulta la coordinación con mi tutora.

—Paula, no estamos en Siberia. Puedes trabajar a distancia, comunicarte por correo electrónico. Además, en la biblioteca Nacional encontrarás documentos que en Salamanca…

—No creo que tu malhumor sea por mi tesis. ¿Estás preocupado?

Con una negación de cabeza se incorporó de la cama para acallar las preguntas en una cadencia descendiente hasta mis pies. En sus ojos supe descifrar la costumbre de una pena, nacida durante su último año en Salamanca, mientras hacíamos el amor con la misma torpeza de nuestros primeros encuentros.

Acto II

Durante los días previos al estreno de la obra, le telefoneé en varias ocasiones para comentar el frenesí de las horas punta o la entrega pendiente de su proyecto. Al ahondar en su estado de ánimo se apresuraba en inventar cualquier excusa como cierre de la charla. Llegó la cita del viernes en el Teatro Real entre la adaptación a mi nuevo trabajo y la sensación de que desembocábamos en otro *impasse*. Apenas pude contener la emoción ante las vistas desde el Paraíso.

—En la televisión el auditorio parece menos alto.

—Mi padre siempre tan generoso… —ironizó mientras se sentaba —. Le ha faltado darnos las entradas del cuarto de la limpieza.

Luego, se puso a ojear el folleto con el reparto de la ópera.

—Voy a detestar la academia con toda mi alma —cambié de tema para captar su atención.

Al llegar al final del díptico, reinició la lectura.

—Tengo el peor turno. Además, por las mañanas no me concentro en el temario de las oposiciones.

Empezaba a entonar con el color burdeos de las butacas debido a mi creciente ira.

—En una de las clases de A2 no sabían la diferencia entre *ser* y *estar*. ¿Puedes creerlo? Una cosa es cometer errores y otra bien distinta es ignorar la existencia de estos verbos.

Hizo un movimiento con los labios como si fuera a hablar, pero se mantuvo en silencio.

—Por si fuera poco, el aula se orienta hacia un patio interior. ¿No hay exteriores en Madrid?

No retiró los ojos del papel ni al incorporarnos para dejar pasar a una pareja.

—¿Vas a estar callado durante toda la noche?

La pregunta se confundió con el timbre de aviso por el inicio del primer acto.

—No estoy de humor —masculló entre dientes.

—¡Menuda novedad, majo!

Permanecimos atentos a la escena sin ni siquiera rozarnos los brazos, como dos desconocidos en asientos colindantes. Achaqué mi tristeza durante el resto de la noche a *Un bel dì, vedremo*, ya que después, cuando caminamos por la Plaza Mayor, apenas presté atención a la iluminación o al guiñol que versionaba un entremés siglodorista. Aferrada al tarareo del aria, no quería reconocer que el Lucas de Madrid poco se asemejaba al de las noches en el Agila. Juntos éramos dos fantoches serios frente a los espejos del Callejón del Gato. Y todos aquellos paisajes urbanos que anhelamos compartir pendían de unas manos enlazadas por la desilusión. Con esa desgana, entramos en un bar para esconder nuestra apatía entre el bullicio de los comensales.

—Tenemos suerte —rompió el silencio por fin en un momento de coincidencia entre nuestras miradas—. No es fácil encontrar una mesa libre en estos locales cercanos a la Plaza Mayor.

—¿Crees que eso me importa?

—Solo es un tema de conversación.

—Propongo otro mejor —alcé la voz—: ¿qué narices te pasa?

—Conoces la respuesta.

—¿Acaso soy tus padres?

—Ahora no, Paula.

—¿Y entonces, cuándo? Todos estos años de planes, ¿para qué? En esta semana no nos hemos visto ni un día; y, cuando por fin quedamos, discutimos. Tampoco te molestas en averiguar cómo me ha ido en el trabajo.

—Se inicia la lista de recriminaciones.

—¡No me jodas! ¿Por quién he venido a Madrid? ¿Por quién he dejado la tesis?

—No te pedí que renunciaras a la investigación.

—¿Y mi trabajo en Salamanca? Me gustaba. Sin embargo, el niño mimado no quería renunciar a la mansión de sus padres para luchar por su banda de rock.

—Ese es el pasado.

—Te equivocas. Es tu presente. No dejas de lamentarte en vez de enfrentar los problemas.

—No eres la más adecuada para hablar de valentía. Ni de pasar página. Al menos, yo me hablo con mis padres y no tengo alucinaciones.

No supe qué contestar a esa crueldad.

—¿Quieres saber qué ocurre? —continuó—. Ya no aguanto más. Me he convertido en una renuncia. Abandoné a mis amigos, la banda de rock…

—Jamás debí contarte sobre Moira.

—Me marcho lejos de todo lo que soy.

—¿Y ahora le toca el turno a nuestra relación?

—A Londres.

Las voces de los clientes llenaron mis oídos empujando cada una de sus palabras al fondo del estómago.

—¿Cómo has podido esperar…?

—No tiene nada que ver con nosotros.

—*Todo* tiene que ver con nosotros —le contradije extrañada por su frialdad y por mi ausencia de lágrimas.

—No te engañes. Eres tan cobarde como yo. No has venido a Madrid por mí, sino para alejarte más de tus paranoias. Siempre haciéndote la víctima. ¡La pobre y loca Paula!

Acto III

La pobre y loca Paula. La pobre y loca Paula. Pobre. Loca. Loca. Paula. ¿Cuál de las dos? Este espejo no contesta. Deforma, aprieta, abotaga. Se ríe malicioso el príncipe de figuras ridículas. Como tú, vieja hilandera, pero ¡no te apoyes sobre mí! Te dejé en la casa de mi abuela con tus bolillos y ese secreto entre las dos, y ahora apareces de nuevo.

—¿Te encuentras bien? —pregunta una voz desconocida.

La diferencia entre *ser* y *estar* eres tú, Moira. La enredada en acertijos, laberintos que desembocan en callejones sin Teseos. bruja de predicciones y gatos negros. Hija del temor y de la ansiedad. Mi otra cara.

—Respira despacio —añade otra.

Mi nueva prisión se encuentra en el alquiler de suelos baratos, ventanas con moho y reguetón.

—Ya abre los ojos.

Las voces adquieren un rostro y me ayudan a levantar. No sé cómo convencerles de que no quiero ir a urgencias, de que ansío cobijarme en la cama, no salir de la habitación en días.

Lucas echó el telón. La ópera había terminado.

18
ENCUADRE

El glaciar despojó al lago de su quietud. Segundos después de caer los témpanos, los tripulantes, encaramados a la barandilla de la cubierta para fotografiar el Perito, escuchamos el atronador quejido. Aunque tentada por la oportunidad preferí retener las impresiones, dardos directos a la pupila, en vez de captarlas en una tarjeta de memoria. El estruendo de las placas tenía algo de prehistórico, de edad temible en la que los humanos, a merced de la naturaleza salvaje, nos escondíamos de bestias, tormentas o de la propia oscuridad. Ante los primeros copos de nieve los pasajeros se metieron en el catamarán al amparo de las cristaleras; sin embargo, yo ascendí hasta la terraza superior en busca del viento. Me envolví la bufanda por encima del gorro, dejando solo los ojos libres para admirar la muralla gélida apenas a cien metros de distancia.

—Si extiendo los brazos, quizás toque sus paredes —des- velé mis pensamientos en voz alta, convencida de mi soledad.

—Este espectáculo de la naturaleza lo merece.

A mi lado se apostó un hombre de unos cincuenta años. Entre las solapas de su cazadora de corte militar asomaban unas gafas de sol y mechones de su barba encanecida.

—Ojalá amaine y vuelva a salir el sol —añadió frotándose las manos enrojecidas por el frío.

Luego se desabrochó los botones superiores de la pelliza para sacar del pecho abultado una cámara profesional. Estuvo tomando varias fotografías hasta que, finalmente, guardó la cámara de nuevo bajo la cazadora, pues la tormenta de viento y nieve arreciaba.

—Será mejor entrar.

Nos sentamos en la barra de la cafetería despojados de la ropa de abrigo, asfixiados por el contraste entre las bajas temperaturas del exterior y la calefacción a más de veinticinco grados; sin embargo, pedimos dos cafés con leche bien calientes. El fotógrafo, tras secar la carcasa con un pañuelo, puso la cámara sobre el mostrador y se peinó la barba con los dedos.

—Hay que esperar a que se atempere —explicó al apoyar su mano sobre la máquina.

—Es español, pero ¿de qué parte?

—A estas alturas, de ninguna. Llevo tantos años viviendo fuera del

país que he perdido la noción de pertenencia. Trabajo para la *National Geographic*.

—¡Ah! Por eso las fotos. ¿Y cuándo se publicarán?

—Por suerte, este viaje es de ocio. Como es mi tercera vez en los Glaciares, no he tomado muchas. Prefiero el recuerdo. ¿Y tú?

—Vivía… Vivo en Madrid. Llegué ayer de buenos Aires después de visitar las Cataratas. Pensé hacer cientos de fotos —dije sacando mi cámara— pero, igual que usted, me decanté por admirar la naturaleza en primera persona.

—¡Vaya! Una Nikon D70.

—El idilio con Nikon se remonta a mi primera cámara, una Nikon 35Ti, regalo de mis padres en la adolescencia.

—Entonces entre amantes de la fotografía nos ¿te parece? —llamó al camarero con un gesto para pedirle un chorro de coñac en el café—. Lo malo de cualquier oficio es trabajar; se convierte en moneda de cambio y uno olvida que, mientras realiza un reportaje, se encuentra en Madagascar, Japón o Australia. Por eso, me esfuerzo en recordar que es mi pasión, además de un empleo. ¿A qué te dedicas?

—A impartir clases en una academia de español para extranjeros, pero renuncié antes de venir a Argentina. En la docencia te conviertes en un modelo para los demás y no estoy a gusto con eso.

—A tu edad puedes cambiar de empleo las veces que quieras.

—No quiero pensar qué haré cuando vuelva a España; tampoco me importa demasiado. Se vaticina una crisis económica seria.

—He vivido varias a lo largo de mis cincuenta y seis años. De cuidar cerdos en una granja pasé a trabajar en una imprenta, luego en un quiosco, repartiendo pizza, conserje en una editorial… Incluso obtuve plaza en unas oposiciones para Hacienda. Mi profesión actual llegó tarde y por azar. ¡Y todavía ignoro qué seré de mayor! —me guiñó un ojo—. Nos preocupamos por saber qué queremos en nuestras vidas, pero es más importante descartar.

—No voy desencaminada entonces.

—Se necesita coraje para decidir no venderse por un salario mediocre y una vida rutinaria. ¡Hasta la vida de un fotógrafo es aburrida!

—¿Viajando tanto?

—Envejezco mal. Cada diez años paso una crisis en cuanto alcanzo la comodidad. Estoy considerando montar una empresa de viajes para no depender de jefes. Argentina es un país idóneo, pues sus gentes están acostumbradas a recibir al extranjero con los brazos abiertos. En Londres, en cambio, los ingleses nos miran por encima del hombro a los españoles, aunque hayas vivido allí durante años. Aún tengo energías para embarcarme en nuevos proyectos.

Por la megafonía avisaron de que, una vez en el puerto, nos

trasladarían a las pasarelas del Perito en autobús.

—Si vienes conmigo te enseñaré una de las mejores vistas. Hay que caminar tres kilómetros y, además, saltarse las normas. Pero merece la pena.

—Entonces me gustaría saber el nombre del responsable de esta infracción.

—Alejandro ballester, para servirle.

Igual que en Iguazú, los recorridos estaban señalizados para conducir al rebaño de visitantes a modo de Disney World más que por un paraje natural agreste. Sin embargo, nosotros saltamos la barandilla en uno de los codos de las pasarelas, ocultos por el follaje, y nos adentramos por un sendero apenas marcado a ojos noveles. Entre la discontinuidad de los árboles se adivinaban retazos del glaciar, hasta que la altura y abundancia de la vegetación descendió para abrirse a la fluorescente cadena cian bajo un sol renacido entre la nubosidad. Sacamos nuestras cámaras y, siguiendo los pasos del fotógrafo, me dispuse a retratar el contraste entre la aparente estabilidad de la mole y sus pedazos en el agua.

—Antes de encuadrar —aclaró entre susurros como si alguien pudiera descubrir nuestro paradero—, intenta captar los juegos de luces sobre el hielo.

Probando varias velocidades y aperturas de diafragma, finalmente obtuve la postal para el recuerdo, hechizada por el abanico de azules gracias a las intermitencias del sol. Y subyugada por los sonidos y olores de la naturaleza, no dejé de pensar en que, a más de diez mil kilómetros, tal vez mis padres se estuvieran preguntando si en la distancia yo aprendería a perdonar.

—Gracias por este regalo —dije sin poder contener las lágrimas por el paisaje o quizás por el recuerdo de mi familia.

—Dáselas a él —señaló hacia el dique de témpano—. Debemos volver antes de que nos echen de menos.

Durante el viaje de regreso a El Calafate, me adormecí arrullada por las conversaciones de los pasajeros. Entre las impresiones del glaciar se colaron recuerdos recientes: mi amiga Cati con la pierna escayolada, los preparativos para el viaje a Argentina y, con más viveza, la despedida en el aeropuerto de barajas. Al despertar dudé por unos instantes sobre mi paradero hasta que la sonrisa de Alejandro me devolvió a la inmediatez. Quedamos para cenar juntos, después de hacer un alto en nuestros hoteles. Sin embargo, pospuse la retirada al hospedaje por un temor callado a la desprotección de las cuatro paredes. Entretuve mis pensamientos en un mercadillo de artesanías paseando entre los puestos a la caza de un *souvenir* para mi amiga: mates de madera tallada, calabaza, vidrio forrado en cuero y caña, óleos y acuarelas, curtiembre, sombreros, cerámicas, collares y

pulseras de ópalo andino, amatista o ágata. Finalmente, compré un imán para ella y una ruana de guanaco para mí. De vuelta al hotel me di una ducha rápida y, después de vestirme y mirar la tele un rato, estuve probando maneras de ponerme la ruana. Ocupando el cerebro en esas tareas mecánicas intentaba huir de la última conversación con mi madre, pero surgía una y otra vez su figura junto a *El rapto de Europa*, la escultura de botero que da la bienvenida en la Terminal 1 de barajas, entre una mezcla de sueño y realidad. Había salido a tomar aire antes de embarcar, bastante incrédula aún por la idoneidad de las vacaciones, y verla allí supuso la desgarradura. Desde mi traslado a Madrid, el contacto con mi familia se redujo a llamadas esporádicas y la intención, siempre pospuesta, de regresar a Zamora. Al notificarles el viaje a Argentina ni siquiera se molestaron en sorprenderse por lo que el encuentro inesperado me sacudió en el estómago con unas arcadas de culpabilidad. Mi madre parecía otra mujer, no solo por la blancura de su cabello o por sus manos llenas de manchas, sino por el desgaste de la pérdida.

—¿Qué haces aquí, mamá?

—Tentando la suerte. Pensaba que no te encontraría entre tantos viajeros.

—¿Y papá?

—En el aparcamiento —respondió con la mirada cabizbaja—. No se atreve a hablar contigo.

—Debo pasar los controles antes del embarque —corté la conversación de forma seca.

—¿Necesitas dinero? ¿Alguna otra cosa?

—¿Por qué habéis venido? —insistí.

—Porque —tragó saliva— los años pasan sin saber apenas de tu vida.

—¿Y tenéis que satisfacer ahora la curiosidad?

—Déjanos empezar de nuevo. Déjame —suplicó— empezar otra vez.

—¿Quieres explicaciones? ¿Mostrar lo equivocada que estoy?

—No, solo regresar a ese momento en el que te perdimos —repitió con los brazos extendidos a la espera de un abrazo— para poder recuperarte.

—Claro, porque soy… ¿Cómo dices? ¡Ah, sí! Demasiado nerviosa.

—Te equivocas. Es por Paula.

Se aferró a mis brazos estrechando la distancia de nuestra amargura.

—No quiero esta conversación ahora, mamá.

—Escúchame —se puso a temblar—. Siempre deseamos contártelo pero no encontramos el momento. ¿Cómo explicarle a una niña algo que no podíamos hablar entre nosotros? Tu padre recayó esa

responsabilidad sobre mí como castigo por haber perdido a tu hermana. Pero no pude hacer nada por ella. ¡Nada! Murió mientras dormía y su cuerpo… Aún puedo sentirlo, ¿sabes? Cada día, desde el amanecer hasta la madrugada, noto sus deditos fríos e inertes entre mis manos —se sinceró mientras acariciaba mis dedos—. La abuela no estaba de acuerdo con el secreto, pero lo mantuvo hasta que la enfermedad debilitó su voluntad. Entonces ya era demasiado tarde para desvelar la verdad sin producirte dolor.

—¿Y ahora ya no es tarde? ¿borrón y cuenta nueva? ¡Maldita sea, mamá! ¿No había otro nombre para mí? —le grité separándome de ella ante las miradas de las personas apostadas en los bancos—. ¿Por qué la enterrasteis dentro de mi cuerpo?

—Por egoísmo. Por miedo. O para olvidar.

—Entonces entenderás que me marche por esas tres mismas razones.

—Por favor —se enjugó las lágrimas con un pañuelo—, perdónanos. ¿Te acuerdas del día de tu matrícula en Filología Hispánica? Querías vivir en Salamanca en vez de ir y venir a Zamora en autobús. Necesitabas independencia, alejarte de nosotros, de nuestra sobreprotección, de esa tela de araña que, según tú, construimos como hogar. Ya lo habías descubierto y tensamos la situación amenazando con no dejarte ir. Fuimos estúpidos y, sobre todo, cobardes. Papá dijo que en Salamanca te serenarías, que despejarías la mente mientras hacías los papeles y paseabas por la universidad. Pero no fue así. Esa tarde llamaron de Urgencias: la amnesia borró un pasado que nosotros habíamos sido incapaces de aceptar. Volvimos a equivocarnos; nos aferramos al silencio sin darnos cuenta de que, al recuperar la memoria, te distanciabas de nosotros. Ahora, antes de que te vayas, quebremos ese círculo de errores, hija. Tú eres nuestra Paula y ella, solo un mal sueño. Si te vas sin perdonarme, presiento que no habrá más oportunidades.

—Paula, estás más cansada que yo.

—Perdona, Alejandro. Este viaje por Argentina remueve muchas emociones. Pensaba en el regreso a España.

—No te adelantes; aún te quedan unos días. brindemos por los encuentros casuales —alzó la copa con los restos del Malbec—. ¿Qué harás después de El Calafate?

—¡Uf! Ni yo quiero planteármelo. Me gustaría ser diferente a quien fui en España.

—Ya no eres la misma. Seguro —dijo atusándose la barba—. La vida nos atrapa en sus laberintos de errores y suertes. La cordura reside en ubicarnos y probar otra salida.

—Otra salida —murmuré. Quizás la abuela, al viajar a Argentina, había buscado no una oportunidad para ganar dinero sino una nueva

vida. Le mostré a Alejandro el recorte del interior de la pitillera y, mientras lo observaba, le resumí los pocos datos que disponía sobre la juventud de la abuela.

—Muy interesante. Lástima que se vean tan mal las leyendas de las imágenes. Parece la publicación de un sindicato. Hace bastantes años tuve la suerte de bucear en un periódico similar, *Solidaridad Obrera*, para un reportaje sobre el anarquismo en España. Fue toda una gesta. No existía la digitalización y resultó muy complicado encontrar ejemplares enteros y bien conservados.

—Solo tengo este fragmento.

—Está claro que si lo guardó durante tantos años tuvo para ella un valor especial. ¿Puedo? —hizo un gesto para coger la pitillera. Sacó la cadena de plata, la fotografía de mi abuela con mi hermana y, despejando la mesa de platos y migas, colocó los objetos para tomar varias fotografías —. ¿Todo estaba en el interior de la pitillera?

—No. La imagen con el bebé la metí yo.

—Una pitillera azul turquesa, una cadena de plata y el recorte —pensó en voz alta. Dio la vuelta a la medalla de plata y al papel y les sacó otra fotografía—. No es un colgante típico con representación religiosa.

—En mi familia no somos creyentes.

—Ya, pero para esos años una mariposa como medalla… Suponiendo que todo sea de la misma época, claro —se acercó la medalla a los ojos—. Hay algo grabado.

—Pone *farfalla*, mariposa en italiano. Y debajo unas iniciales; no coinciden con las de mi abuela.

—Mando unos *mails* a unos amigos con las fotografías que he sacado —se pasó los dedos por la barba—. Quizás surja la magia.

—¡Brindemos por los comienzos! —alcé esta vez yo la copa.

beto, el librero, entró en el restaurante y, buscando entre los comensales, se acercó a nuestra mesa. Enseguida Alejandro y él entablaron conversación, pues beto le estuvo explicando lugares de interés en la región salteña, zona por donde el fotógrafo continuaría su viaje.

—El Tren de las Nubes está clausurado por reparación de las vías, pero podés ir en camioneta. Te paso el celu de un amigo y lo llamás. Se saca unos mangos todos los meses con las rutas para turistas. Queremos montar juntos un negocio.

—¿De aventura? —preguntó con interés Alejandro.

—Practicamos rápel y escalada desde nenes, pero se fue a Salta por motivos familiares y, desde entonces, está juntando plata para venir.

Alejandro y yo nos miramos de manera cómplice. Después de dar unos rodeos, se atrevió a proponer su plan:

—También estoy interesado en el turismo y me gustaría probar

suerte en El Calafate. ¿Te parece que intercambiemos nuestros teléfonos y correos electrónicos?

—Por supuesto —asintiendo beto, se estrecharon las manos.

—Un día completo —suspiró Alejandro—. Estoy cansado, pero feliz.

A pesar de habernos conocido por la mañana, nos unía la búsqueda de un lugar, un lugar para empezar de nuevo, y además la memoria perdida de la juventud de Águeda. En la salida del restaurante, Alejandro me abrazó y, sin dar lugar a más palabras, se alejó con la promesa de ponerse en contacto pronto. beto y yo nos quedamos en la puerta.

—¿Conocés el bar de hielo? Allá el Fernet lo sirven dentro de cubitos helados.

—Lo mencionaron en el catamarán.

—¿Querés ir? Antes tengo que sincerarme. El Calafate es muy chico y te vi pasar con el flaco frente a la librería. No quiero parecer un loco, pero te traje un regalo —dijo sacando de su cazadora un cuaderno negro de Moleskine. Sin poder evitarlo, me eché a reír—. ¿Hice algo mal? Lo tenés tan desgastado que pensé en regalarte uno.

—Me has recordado a mi padre —contesté.

—A tu viejo es al que menos quiero parecerme.

—Cree que tengo alma de poeta o aventurera a lo David Livingstone. Es largo de contar.

—Joya… tengo toda la noche. Además, mi tía y yo descubrimos algo sobre tu recorte de diario.

19
YO

En cuanto entré a la consulta supe que me había equivocado. El olor a madera vieja y la falta de pacientes avivaron los prejuicios que Claudia, mi especialista durante la hospitalización, me ayudó a sortear. El psiquiatra, un hombre calvo y con halitosis, se dispuso a aclarar un laberinto terminológico, pero, pese a sus intentos, solo logró exasperarme mediante sus largos circunloquios. Chasqueó la lengua antes de pasarse los dedos por la jugosa comisura de los labios.

—No se puede ser una eterna *a-do-les-cen-te* —silabeó con intransigencia.

A continuación, sin apenas levantar la cabeza del papel, añadió su diagnóstico Neurosis al final del folio de mi historia clínica.

—La ansiedad y los ataques de pánico —enfatizó para reprenderme —, desaparecerán cuando usted asuma quién es.

Luego, alzando la mirada hacia el techo, se puso a sermonearme por la falta de madurez, el escaso control, la repetición de conductas destructivas… ¿Acaso quería volver a un hospital? Vivir en Madrid parecía una oportunidad para empezar de cero. Y concluyó la advertencia poniendo la firma en varias recetas. Atónita por su falta de tacto, abandoné aquella ratonera dispuesta a ignorar el tratamiento, pues, como anunció *Don Perfecto Freud*, se trataba de debilidad en el carácter y no de un trastorno real. ¡Esos ni con pastillas ni nada! Me sentía incapaz de sobrellevar la ruptura con Lucas, mi alejamiento familiar, la vida en Madrid y la reaparición de Moira. Todo, absolutamente todo, lo rumiaba para saciar mi soledad con el jugo de esa obsesión, solo mitigada al contemplar la pitillera de la abuela con sus recuerdos —el recorte de prensa y la cadena de plata con la mariposa—, como si ella y yo formáramos un nudo de dos lazos y en la sencillez de esos objetos residiera la clave de esta unión.

Los episodios de ansiedad se sucedieron hasta que en mitad de una clase se me bloqueó la garganta: imposible hablar ni tragar saliva. Los estudiantes tardaron en reaccionar estupefactos ante mi cara de terror. Finalmente, una alumna pidió ayuda y, minutos después, la academia se revolucionó por la presencia del personal sanitario. Una vez a solas con la médica de la ambulancia, pude recuperar el aliento y la voz.

—¿Has tenido otros ataques de pánico? —preguntó mientras recogía el estetoscopio.

—No estoy en mi mejor momento.

—Entiendo. ¿Y tomas medicación?

—Quiero superarlo sola —dije sin fuerzas.

—Necesitas una pauta psiquiátrica. Y terapia.

—¿Otra más?

—En este centro —me entregó una tarjeta con la dirección— te sentirás a gusto tanto con los especialistas psiquiátricos como con los psicólogos.

—Conozco esta cantinela.

—Entonces debes acudir cuanto antes.

No la contrariaré. Echaba de menos a Lucas, su música, su amistad, los recuerdos grabados con melodías que, al volver a escucharlas, eran surcos en un vinilo rayado. Con tal de alejarme de esos pensamientos concerté una cita en el psicólogo. La sala de espera se parecía a la de cualquier consultorio, pero por lo menos con revistas de viajes y naturaleza. Mientras imaginaba respuestas para el terapeuta, entraron una mujer y su hija de unos ocho años.

—¡Deja ya las uñas!

Y le dio un golpe suave en las manos para apartarlas de su boca.

—No puede evitarlo —se disculpó con lástima.

—Yo tampoco, por eso hemos venido, ¿no? —le guiñé un ojo a la pequeña—. Para encontrar una salida.

La niña, arrodillada junto a la mesa central, sacó un libro de su mochila y, pasando una página tras otra, se fue calmando ante la mirada de la mujer. Latían la culpa y tristeza en sus ojos, similares a los de mi madre. Entonces, durante la niñez y adolescencia, había achacado estos sentimientos a mi incapacidad de hacerla feliz y no al horror de perder a una hija. Tal vez, en nuestros paseos por el Parque de La Marina, pensase en cómo hubieran sido sus brincos, su sabor favorito de helado o el sonido de las primeras palabras; pero sus manos perfumadas de cerezo ocultaron la muerte con cada caricia para protegerme de lo inevitable. Madre e hija nos condenamos a repetir su ausencia.

A pesar de mi escepticismo comencé la terapia y la medicación. Tuve que esperar seis semanas para apreciar una mejora en mi estado de ánimo. Tras recuperar el sueño y el apetito, y parcialmente las energías, mantuve una rutina tanto en el deporte, saliendo a correr a diario, como en el estudio de las oposiciones. Necesitaba inyectar ilusión y encontré el apoyo en Catalina, una compañera del trabajo con la que comencé a trabar amistad. Ella me aconsejó visitar una librería de viejo regentada por el hermano gemelo de Paul Auster. Allí encontraría un ejemplar de la *Grammatica,* de Elio Antonio de Nebrija, con la que preparar un tema para contrastar sus aportaciones con las teorías actuales. Al traspasar la puer ta, enseguida se acercó solícito

un hombre canoso, esbelto y elegante.

—La sala de lectura es pequeña pero acogedora. Hojea los ejemplares sin prisas —propuso, y abrió la cortina de abalorios formada por esferas moradas, rojas, amarillas, verdes turquesa que tintinearon al contacto con mi cuerpo.

Entré al habitáculo encandilada por los haces irisados que convergían sobre la butaca de tamaño infantil y la mesa redonda a juego. Al tomar asiento para realizar la consulta, no pude evitar la sensación de introducirme en un sueño. El cuarto cobraba vida por el bosque de lámparas y relojes colgados del techo. Aquel lugar abrazaba la imaginación: *La isla del tesoro*, *El corazón de las tinieblas*, *La vuelta al mundo en ochenta días*, *Moby Dick*, *Los viajes de Gulliver*… Aunque todos los libros se caracterizaran por alguna peculiaridad, me detuve en una edición hispano-japonesa de *Alicia en el País de las Maravillas*. La protagonista, ataviada con el traje tradicional nipón, me dijo al oído:

Me pregunto si habré cambiado de alguna manera durante la noche. Veamos: ¿era yo la misma esta mañana al levantarme? Casi creo recordar que me sentía algo diferente. Pero si no soy la misma, la siguiente pregunta es: ¿quién soy yo?

Entonces, a punto de pellizcarme para despertar, Paul Auster trajo una bandeja con té y pastas de mantequilla.

—Ese es nuestro secreto —dijo mientras servía la infusión en dos tazas diminutas—. Nunca sabemos quiénes somos. Vivimos una impostura.

Y levantó su taza para beber.

—¿Por qué agujero has salido?

boquiabierta, no supe qué contestarle. ¿Se trataba de una broma?

—¿No has escogido aún? —insistió.

Una voz procedente del mostrador de la librería, avisando de la llegada de un paquete, fracturó la estancia en magia y realidad. Auster, sin dejar de beber a sorbos, asomó la cabeza entre la cortina y después todo su cuerpo. En cambio, yo me mantuve unos instantes al amparo de los libros hasta que, finalmente, elegí una edición de la *Grammatica* y encaré el regreso a casa sumida en la dudosa veracidad de los acontecimientos. Había anochecido y en los escaparates se anunciaba la Navidad; sin embargo, en su reflejo solo veía las luces irisadas y la sonrisa del bibliófilo. Aprovechando la afluencia de compradores, una anciana leía las cartas sobre una caja de cartón. La miré viendo en ella a Moira, su vestimenta de luto y los cabellos ocultos bajo el pañuelo.

—Acércate, chiquilla. ¿Quieres saber tu futuro? ¿O prefieres el pasado?

Ninguno de ellos me interesaba.

—¿Por qué madriguera saldré? —pronunciaron mis labios.

—Querrás decir por qué puerta entrarás. Ve al Callejón del Gato. Tu reflejo no es el mismo.

Sus palabras avivaron la excitación de aquellas noches por las calles dormidas de Salamanca. Corrí hasta la parada de metro más cercana, chocando con los transeúntes, y, al llegar a Sol, ascendí las escaleras de la parada de metro a grandes zancadas. No me detuve hasta llegar a los espejos, pero, recelosa, contuve el aliento unos segundos con los ojos cerrados. Al abrirlos con lentitud, entre las pestañas se fue modelando una imagen sin distorsión reflejada en el azogue.

—Yo soy yo —balbucí.

20
CASABLANCA

Catalina o Cati, como ella prefería, supuso un hallazgo, un hálito de optimismo en mi vida madrileña. A pesar de llevar más tiempo trabajando en la academia y de cumplirse mi segundo año impartiendo clases, no coincidimos hasta una reunión para organizar un curso intensivo. Fue entonces cuando me recomendó la librería del Paul Auster español. Agradaba con facilidad gracias a su sonrisa y sentido del humor cinéfilo; además, el recogido de su cabello ondulado y su vestimenta al estilo años treinta y cuarenta del siglo pasado le otorgaban un aire cosmopolita y de diva hollywoodiense lleno de vitalidad. Enseguida congeniamos, quizás por su naturalidad para hablar tanto de cine, literatura y viajes como de su familia, y eso me proporcionó el bálsamo para apaciguar mis obsesiones.

—Esas penas se solucionan con un buen chocolate. Cuanta más tristeza mayor porcentaje de cacao —bromeó Catalina para sacarme de la sentimentalidad—. Deberías abandonar la cueva de la autocompasión y conocer el mundo. Nadie se muere por una ruptura; solo sucede eso en los libros y en las películas. En cada viaje cometes errores, saldas deudas y ¡a comenzar de nuevo! Después de recuperarse mi madre tras meses de quimioterapia —oscureció ahora el tono de su voz—, juré no preocuparme por bagatelas. A veces lo olvido. Entonces la telefoneo y su voz me recuerda que está viva. Eso es lo único importante. También, cómo refunfuña mi padre de fondo por las facturas, el granizo de primavera o cualquier hilo de la conversación cogido al vuelo. Me echa de menos a su manera.

—Te envidio —añadí emocionada por su sencillez.

—¡Anda, qué tonta!

—De veras. Ojalá pudiera aceptar a mi familia.

—Le pones hierro al pasado. ¡Quién no querría deshacerse del dolor! —continuó restablecido el ímpetu en su acento extremeño—. Todos necesitamos un psiquiatra a pesar de disimular. Fíjate en el *Enchufes*.

—¿Tan mal estoy? —bromeé—. No me compares.

—Grita a sus alumnos, ¡personas de más de veinte años!; cuando no llega tarde, se va antes de terminar las clases; no rellena los informes; es incapaz de mirar a los ojos… Además de sinvergüenza, tiene serios problemas de control de ira, pero, al ser hijo de un socio,

no lo echan ni le obligan a darse una baja. Necesitaba salir de Madrid. Siempre me he sentido más cómoda en localidades pequeñas en las que se puede observar con facilidad los límites urbanos; y ella, atenta a mis cambios de humor, ese fin de semana me propuso acompañarla a Cáceres, su ciudad natal, en la visita a sus padres. Desparramamos la noche del sábado por los bares de tapas en torno a la Plaza Mayor. Vino tinto, queso, rabo de toro, jamón… para satisfacer el paladar de texturas por las vías empedradas.

—Es extraño. Regresas al lugar de nacimiento y parece solo la sombra de un recuerdo —suspiró al llegar a la Plaza de las Veletas.

Las luces doraron los monumentos por última vez antes de apagarse y un mar de estrellas acunó la noche sin luna. Sentadas en el descanso de un muro, escuchamos los pasos de una pareja a lo lejos.

—Me sentí de forma semejante tras padecer amnesia —recuperé la charla motivada por su franqueza—. De camino a casa, después de un ingreso penoso en el hospital, las calles transitadas cientos de ocasiones se redujeron a una masa abstracta y aséptica.

—Ese vacío sería mayor con tus padres y amigos.

—Prefiero la soledad.

—¿Incluso ahora?

Con la puntera de la manoletina empujó una piedra suelta del pavimento.

—La dependencia de los demás me hace vulnerable.

—Quisiera cambiar tu opinión. Con el tiempo, tal vez nos separemos al apostar por modos de vida diferentes; pero las sensaciones vividas, este empedrado, el olor de la madrugada, permanecerán.

—Siempre nos quedará la academia —despedí de un brinco nuestra melancolía.

Entonces Cati, sumando su ánimo, se dispuso en medio de un escenario ilusorio para interpretar, con voz impostada, a Ingrid bergman.

—*Dije que nunca te dejaría*. Nos echamos a reír.

—Festejar *Casablanca* me ha dado ganas de compartir un Lucky Strike de los tuyos.

—¿Desde cuándo fumas? —pregunté sorprendida.

—Desde ahora y siempre, pero solo en momentos puntuales como tú.

—bodas, bautizos y comuniones —pronuncié como si de un eslogan se tratase—, aunque incumplo rápido la norma.

Encendí un cigarro para convidarla.

—Más bien un rito de expiación a través de la nicotina.

—Exacto. Hablando de culpas, ¿les has mencionado a tus padres la plaza en brasil? El Instituto Cervantes es tu oportunidad.

—Ya —dijo pensativa—. Esperaré el momento idóneo. ¿Y tú? No deberías opositar si no te gusta la enseñanza.

—Apenas hablamos desde hace meses —mentí sin atreverme a mencionar que, en realidad, la falta de comunicación era una costumbre en nuestra familia.

—¿Una crisis?

—Me he distanciado de Zamora.

—Te he insistido varias veces, buenos Aires puede ser tu viaje catártico. ¿Por qué no vienes conmigo? Si este viaje te ha servido para desdramatizar, imagínate lo bien que te vendrá cruzar el Atlántico.

—Una vía fácil para la purificación.

—Depende del purgatorio y del infierno.

No quise hablarle aún de la abuela, de su juventud en buenos Aires, por miedo a que, una vez abierto ese camino, no pudiera cerrarlo. Encariñarme con las personas solo me traía inestabilidad y la sensación de que sus vidas, sus historias, se entrelazaban a las mías sin poder desligarme. En Cáceres, no obstante, repetí el error. Llené los pulmones con el humo del cigarro para ahuyentar los recuerdos de Alaia y Lucas en Salamanca, una época casi feliz.

—¿Puedo pensarlo?

—Claro, pero decídete antes de que despegue el avión.

—Quizás se trate de mi entrada a la madriguera del conejo —recordé al Paul Auster librero.

—¿Cómo?

Moví la cabeza para quitar importancia a mis palabras. En el cielo lucían las estrellas.

21
ÓLEO

Después del fin de semana en Extremadura, Catalina y yo ideamos una forma de enmarañarnos con la redacción de una lista titulada *Inexperiencias*. Enumeramos los lugares madrileños que ansiábamos compartir, desde museos, cines, teatros y librerías hasta cementerios. Todo cabía en el listado, como en una gramola de canciones aleatorias en busca del hallazgo sorpresivo. Para empezar, me presentó su segunda casa, una sala de cine donde pasaba la mayor parte de su tiempo libre disfrutando de películas en versión original. Aquella tarde de domingo su figura menuda y graciosa se transformó, gracias a un traje de corte masculino y unos zapatos de tacón charolados, en una estilizada Susan Vance, personaje interpretado por Kate Hepburn en *La fiera de mi niña*. Al poco de vibrar las ondas de la RKO Radio Pictures en la pantalla, los espectadores comenzamos a reír ante la sucesión de absurdos; en cambio, Cati atendía más a las caras radiantes del público que al guion del largometraje. Terminada la sesión, fuimos al Café Central a tomar unas copas. Allí un grupo amenizaba la velada con versiones de los grandes músicos de jazz.

—*¿Por qué tuve que tropezarme con usted entre siete millones de personas?* —preguntó para iniciar su juego sobre citas de la película.

—No me basta con una vez para aprender el diálogo. Pero déjame probar. Hum… —hice memoria—. *Nuestro matrimonio no supone compromisos domésticos de ninguna clase* —me atreví al fin, orgullosa de recordar una línea.

—*Acabo de descubrir que hoy ha sido el día más feliz de mi vida*.

—¡Qué frase más ñoña! Al estilo de las comedias de Hugh Grant y Julia Roberts.

—¡Más quisiera este Grant ser como aquel! —exclamó risueña mientras con el pasador de pelo se recogía unos rizos rebeldes.

—Hay apellidos que condicionan…

—Y nombres, pequeña.

Por un momento esa afirmación me introdujo en una sima de pensamientos. Intenté distraerlos contemplando el dibujo de una mujer, en la mesa colindante, sobre un paisaje, bajo un cielo violeta, de montañas ocres moteadas de cactus y de casuchas de adobe. Pero logré lo contrario. Su bloc me llevó a palpar el cuaderno, ese maldito Moleskine siempre en el bolso a la espera de rellenar las hojas cada

día más amarillentas, incapaz de madurar y enfrentarme a ese deseo primigenio de escribir barnizado con la melancolía paterna.

Durante la niñez, mi obsesión por la literatura se alimentó de su pintura. Los sábados, mientras papá pintaba el campanario y el cimborrio de la catedral reflejados en las aguas del Duero, yo leía las novelas de Maria Gripe, el *Secuestrado* de Stevenson o el último préstamo del bibliobús. Luego, al pasar esas tardes, cambié la lectura por el bolígrafo y todos los sábados por algunos. Él con su caballete y yo con el cuaderno para abocetar relatos.

—Nunca dibujaré como tú —lamenté conmovida por la facilidad de sus trazos a la hora de imaginar cúmulos violetas.

—Ni yo escribiré relatos con tu estilo. Siempre admiramos las cualidades de otros y menospreciamos las nuestras.

—Eso lo crees porque soy tu hija.

—Claro, pero además es cierto. Cuando lo descubras por ti misma, ganarás confianza —luego, sin dejar de mirar el lienzo, planteó la pregunta que yo deseaba evitar—. ¿Vas a hablar con mamá?

—Está todo dicho.

—Ella quiere lo mejor para ti.

—¿Metiéndose con quién salgo?

—Con quién no sales. No puedes estar tanto tiempo encerrada en tu cuarto.

—No hago nada malo. Leo, escribo… Intento escribir, más bien.

—A tu edad debes salir, tener amigos. No es saludable tanta soledad.

—Ahora estoy fuera.

—Sabes a qué nos referimos.

—Es ella la que insiste.

—Pero lo pensamos los dos, hija.

—La abuela, en cambio, se alegra de que lea, de que tenga inquietudes.

—¡Y nosotros! Pero vivir es más que los libros. Del instituto a casa, de casa a la biblioteca.

—La abuela…

—La abuela tuvo su juventud. ¿Y tú?

Dejamos de conversar ante la llegada de un anciano. Después de varios minutos observando la pintura, levantó el cayado para impulsar sus palabras.

—¡Vaya! Casi lo tiene acabado.

—Falta parte del Puente de Piedra —indicó mi padre con la punta del mago del pincel—. Mañana espero terminarlo, aunque posponerlo comienza a sonarme a excusa.

—Entonces nos veremos.

El hombre se despidió con otro movimiento de bastón. Allí, frente

a las aceñas, entre raíces de árboles y arbustos, nuestro silencio sonó a la despedida de una costumbre. Aprovechamos la luz hasta el ocaso, momento en que mi padre se dispuso a limpiar el material y sus manos en un trapo de arcoíris. Después de guardar el caballete, la paleta y los pinceles en el maletín, revolvió en el interior de la mochila hasta sacar un paquete rectangular forrado con papel de estraza. Apenas lo tuve entre mis manos, comencé a temblar intuyendo el regalo.

—Ha sido idea de tu madre. Aunque pienses lo contrario, ella desea tu felicidad y nos preocupa que antepongas las historias que otras personas imaginaron por las que tú misma debes protagonizar. Por eso queremos que salgas más, que descubras el mundo con tus ojos. A mamá le pareció buena idea regalarte tu primera cámara. Aunque de segunda mano, esta Nikon 35Ti funciona como un reloj.

Ligera y menuda, parecía hecha para mí. Al apretar el botón de encendido, la calidez del cuero y consistencia del titanio me infundieron confianza para disparar varias fotografías sobre el mismo paisaje del cuadro.

—Cuídala como si se tratara de una pieza de coleccionista.

—Será mi forma de dibujar.

—El arte nunca sustituye a la vida. Anda, vamos a casa —dijo mi padre pasándome un brazo por el hombro.

A casa, murmuré sin que lo oyera Cati. Ella, atenta a la versión de *Acknowledgement* de John Coltrane, no imaginaba los recuerdos provocados por esas notas de jazz.

—He pensado en el viaje —volví al presente, a nuestras copas en el Café Central.

—¿Veredicto? —preguntó con los dos codos apoyados sobre la mesa.

—¿Sabías que mi abuela vivió de joven en Argentina? ¡Cómo vas a saberlo si no te lo he contado antes?

—Eres una caja de sorpresas.

—En realidad, apenas conozco esa etapa de su vida. Como si nunca hubiera existido. Ni la yaya ni mis padres han hablado de esos años, aunque ahora, bajo la frialdad del distanciamiento, pienso si realmente importa —saqué del bolso la pitillera—. Siento que te debo una explicación por este carácter, por las veces que no he contestado a tus llamadas y por todas aquellas ocasiones en las que te he telefoneado sin descanso en un mismo día.

Abrí la caja recubierta por el terciopelo desgastado. Le mostré las imágenes de la abuela: de joven en el periódico y, de mayor, con mi hermana en sus brazos.

—Esta es la abuela Águeda. Tenía la capacidad de calmar los nervios con la expresión de sus ojos, sin juzgar, como si con ellos

dijera «Te comprendo. Comprendo tus miedos, tu soledad». Y los disfrazaba con una sonrisa —hice una pausa—. Al descubrir la pitillera azul en el interior de su mesilla fui consciente por primera vez de que ocultaba parte de su pasado. Hasta entonces, achaqué a un vacío natural la falta de conocimiento sobre su período en Argentina.

¿Quién conoce a sus padres? ¿Y quién a sus abuelos? Con esos silencios atesoran la juventud para no perder la magia en rememoraciones deslucidas. Sin embargo, ella deseaba que encontrase su pequeño tesoro; lo dejó en la gaveta a sabiendas de que, tarde o temprano, volvería a su casa. Por eso…

—…quieres viajar a Argentina —terminó Catalina la frase.

—Porque de alguna manera su historia continúa en mí. Y esta cadena de plata y el recorte de periódico la definen mejor que la enfermedad, su última imagen.

—Paula, no cometas el error de ir tras un espejismo. No identifiques a tu abuela con un momento concreto de su existencia. Somos la suma de tiempo y no un punto.

Ofreció su mano para que se la estrechara.

—¿Seguro? —respondí colocándole la cadena y el recorte de prensa sobre la palma—. Dime que guardó estos objetos solo como *souvenir*.

Cati examinó la medalla en forma de mariposa.

—Tiene unas iniciales. ¿Quizás el regalo de una amiga? No, parece un detalle más íntimo. ¿De un novio? S. R. —pronunció las letras en voz alta.

—Encima aparece grabado *farfalla*. Lo busqué en internet.

—Mariposa —dijo adelantándose a la traducción.

—¿También sabes italiano?

—No solo tú guardas sorpresas.

Permaneció un rato en silencio para terminar de observar los objetos.

—Entonces, ¿vienes conmigo?

—Llevo meses ahorrando para comprar un gran angular. ¿Qué te parece si uso el dinero para acompañarte?

—¿Y renunciar a tus vicios de *voyeur*?

—Me vendrá bien cruzar el charco para tomar distancia. Incluso para averiguar qué sucedió en esa etapa de su vida.

—¿Y si el viaje te defrauda? ¿Y si no logras ninguna información sobre tu abuela? Será como encontrar una aguja en un pajar.

—Al menos no nos aburriremos juntas.

—*Piensa cualquier locura y acertarás* —contestó con una línea de guion.

—¿Hecho?

Sellamos el pacto con un apretón de manos y durante el resto de la

noche planeamos cada momento de nuestra estancia en el país rioplatense. Ya en casa, puse en el portátil un compilado de milongas para invocar las tardes de brisca con mi abuela, para recrear sus paseos por Caminito, el Paseo Florida, los alrededores de la Casa Rosada… ¿Nos provocarían esos lugares la misma admiración? Y a Cati y a mí, ¿nos cambiaría el viaje o permaneceríamos a medio paso tanguero? Motivada por estas dudas, abrí el cuaderno para anotar estas preguntas con el propósito de contestarlas durante el viaje por tierras argentinas; entre las páginas aguardaban textos fechados en años distintos, muchos con la misma idea repetida, la incapacidad de escribir más allá de unas escasas líneas. Entonces volví a pensar en mi padre, en mi primera cámara —la Nikon 35Ti—, y en el río Duero. Tan solos se quedaron…

22
CÍRCULO

Aunos kilómetros de El Calafate, el caseto del Ice Pub señalizaba el final de la carretera de grava. Alumbrado tan solo por un foco de obra, sus paredes negras de hormigón se confundían con la oscuridad de la noche. Abrimos la puerta y, por un momento, pese a lo anodino del lugar, creí seguir a Alicia por el País de las Maravillas a través de un agujero de madriguera. Dentro una joven nos proporcionó una capa plateada y unos guantes térmicos para protegernos de las bajas temperaturas. Descendiendo por las escaleras, entramos en la sala subterránea, un búnker de paredes metalizadas reconvertido en pub. Los neones violetas dirigieron nuestra atención a las bancadas y esculturas de osos hechas de hielo. Nos sentamos en unos taburetes al pie de la barra; yo, fijándome en cada detalle del local; y él, siguiendo callado el recorrido de mis ojos. beto pidió unos Fernet en vaso de chupito y, tras dos rondas, se atrevió a hablar.

—¿Por qué la Argentina?

—Desde mi llegada todos los argentinos preguntáis lo mismo. ¿Tan raro es?

—No, pero un tanto kamikaze.

—Hay más mujeres viajando solas.

—Muchas mochileras, pero tu caso parece distinto. ¿Viniste por tu abuela?

—¿Pedimos otra ronda? —sugirió por toda contestación e hice un gesto al camarero.

No deseaba ser grosera, pero desde la visita al Perito Moreno una presión en el pecho me impedía ahondar en las emociones por temor a perder el control. Las horas se acotaban en imágenes de las últimas semanas. ¿Cómo afrontaría el regreso a Madrid? ¿Y cómo la pérdida de esos lugares, de esa libertad aprendida, de ese inesperado cordón umbilical que me unía a la yaya en un país extranjero? Después de que el camarero rellenase nuestros vasos con el alcohol de hierbas, beto se acercó a observar los osos polares mientras bebía a sorbos de su vaso, quizás para darme el respiro que necesitaba. Su rostro, aniñado por la sorpresa ante las formas del agua, se bañaba en la luz reflejada por el hielo. Se giró hacia mí y, arqueando las cejas a modo de pregunta, sonrió. Perdonándome por los años de dudas y miedos, me puse a su lado, a un palmo de sus ojos, y llené los pulmones con el

olor del Fernet en su boca.

—Al principio —comencé en alto, a pesar del volumen bajo de la música, disimulando mi inseguridad—, por cumplir el sueño de una amiga.

—Entonces... —se irguió para proseguir la conversación como si no hubiera existido ninguna interrupción previa—, ¿caíste por error?

—A consecuencia, más bien. Cati me propuso unirme a su viaje y, aunque se lesionó de una pierna por un accidente, decidí continuar sola.

—¿Y le gusta lo que le contás del país?

—Soy mala amiga. Casi no le he escrito ni telefoneado.

—¿Tan horrible la pasás? —al tardar en responder, dio dos pasos hacia atrás y se disculpó—: Perdoná, parezco la cana.

—¿La *cana*?

—La policía —aclaró beto.

—Nunca me habían preguntado con tanta insistencia —dije recortando la distancia entre los dos.

—Este loco te trae acá en su camioneta, en medio de la nada, y además te mata a preguntas. Aclaro que no soy más raro de lo que aparento.

—Es un alivio… —sonreí al recordar su presentación en el restaurante durante la cena con Alejandro, el fotógrafo—. En realidad, siento culpa.

—Tu amiga lo va a entender.

—No lo comprendo ni yo. Al llegar a buenos Aires me comporté como cualquier turista sin asumir los vínculos con la yaya. Ni siquiera con Catalina. Pero en Iguazú descubrí que estaba cometiendo un error al girar sin rumbo fijo sobre mis obsesiones. No aprendo nunca; siempre enfrento las decisiones tarde.

—Sos demasiado dura con vos misma. Esperá a volver a España y hacer balance.

Volver, pensé. Y avancé hacia los bancos sin permitir que la idea me abrumase. Sentada sobre el hielo, la masa gélida parecía a punto de descongelarse bajo el peso del cuerpo. beto descansó junto a mí, solo separado por el grosor de la capa térmica. Permanecimos quietos igual que las esculturas, atentos a los haces de luces sobre los osos como si *When the pawn*…, de Fiona Apple, marcase nuestra respiración.

—¿Querés saber lo que descubrimos? No es mucho.

—Por algo se empieza.

Su tía había mandado correos electrónicos a una red de contactos integrada por librerías, lectores compulsivos y amantes del coleccionismo con intereses compartidos, entre ellos el gusto por las ediciones singulares. Enseguida la búsqueda despertó su curiosidad y

obtuvo un nombre.

—*El Obrero Textil* era un periódico gremial —explicó beto—, un medio para difundir las actuaciones y reivindicaciones llevadas a cabo por uno de los sindicatos socialista y comunista más relevantes del sector: la Unión Obrera Textil.

A pesar de su importancia, resulta difícil encontrar ejemplares en buen estado. El paso del tiempo, la humedad, el miedo…

—¿Mi abuela en el periódico de un sindicato? Pero si nunca habló de política. Hasta lo evitaba.

—Ahí tenés el motivo.

—Entonces, ¿podría haber otros números dispersos?

—Obvio. Pero por ahora no sabemos dónde. Lo poco que descubrimos se lo debemos a un coleccionista que vive en Rosario y lleva años buscando periódicos de esa época, no solo *El Obrero Textil*.

No podía creerme estar tan cerca y tan lejos de conocer más sobre esa etapa de mi abuela.

—¿Te sentís mal?

—Solo cansada. Si al menos tuviera una pista más sólida. ¿Crees que podría hablar con ese hombre?

—Claro que sí. Podés tomar un micro desde la capital y en cuatro horas te plantás en Rosario.

Y su contestación puso en evidencia el cerco de las horas. El vuelo de regreso a buenos Aires se produciría el viernes y el domingo el retorno a España; solo dispondría del sábado para esa excursión.

—En el caso de que pudiera atenderme el sábado —aña- dí desilusionada—. Mis vacaciones terminan pronto y no sé cómo alargar las horas.

—Con una narración de viajes en tu nuevo Moleskine de aventurera.

—Hace una eternidad escribía poemas y relatos. Pero ahora ¿para qué?

—La pregunta no es el *para qué* sino el *porqué* —los acertijos de Moira resonaron en el enunciado de beto, pero contuve su hechizo—. Escribir y escalar montañas se meten en la sangre como los amaneceres en El Calafate.

—¿Podemos ver juntos el último? —le rogué.

—Dale, pero contás mal. Es el primero.

Le alargué la mano para que me la cogiera y salimos al frío de la noche. Fuera no percibimos la diferencia de temperatura gracias al calor del Fernet en nuestros estómagos. Sin embargo, beto me ofreció un poncho y otro gorro de lana para ponérmelos sobre las ropas de abrigo y nos montamos en la Isuzu. Los faros descubrían el trazado de la carretera y a lo lejos la ciudad, anidada en la garganta del valle. Nos desviamos por un camino de tierra y, a pocos metros, detuvo el

vehículo.

—Livingstone, ¿alguna vez viajaste parada en una camioneta?

Era la primera vez que utilizaba ese apodo y nos echamos a reír. Sin pensarlo, me apeé para subir a la caja y, ya aferrada a un asidero, esperé el arranque. Al principio beto condujo despacio, pero después de unos minutos comenzó a acelerar. El viento hinchaba mis ropas; se complacía con los mechones de mi pelo que escaparon del gorro. Entre los zumbidos del aire y del vehículo, le escuché cantar a gritos con la cabeza asomada por la ventanilla y el brazo extendido hacia distintos sitios que no acerté a descubrir. Pero no me importó. Entrando en mi boca, el cielo, la ciudad al fondo y su compañía se desparramaron en un torrente de palabras que chillé hasta quedarme sin aire. beto aminoró la marcha y llegamos a su casa, custodiada por una farola y un molino de viento.

En una sola planta se distribuían el dormitorio, un cuarto de baño, una habitación de trastero y la estancia más grande de la casa, integrada por el salón y la cocina. Encendió la chimenea y, mientras ponía agua a calentar para el mate, curioseé los mapas de la cordillera de Los Andes colgados en la pared y en la librería lateral del salón. Repleta de guías de viaje, atlas, libros de botánica y fauna, ocupaba un lugar destacado la literatura del siglo XX: bioy Casares, Mistral, Pizarnik, Carver, Valle Inclán, Rulfo, bolaño, Woolf, Orwell, Wallace…

En filas desordenadas, robando el espacio entre los estantes de madera salvaje, sobresalían revistas de alpinismo, rutas trazadas en hojas de cuaderno —quizás por su mano— y muestras de minerales en cajas de cristal.

—¿Tenés frío? —preguntó y, sin esperar la respuesta, me puso sobre los hombros una manta—. Esperá a que se caliente el *living* comedor.

—Si existieran las máquinas del tiempo, ¿a qué época de tu vida volverías?

—Revivir es una espiral.

—¿Pero no te arrepientes de ninguna decisión?

—De miles —sonrió agarrándome de una mano—. Esa caña de pescar —señaló encima de la chimenea— es de mi viejo. Según mi mamá y sus amigos, un hombre callado, pero gran conversador en cenas y asados de los domingos. Todas las primaveras se reservaba una semana para pescar trucha en el río Limay y una vez viajamos los tres, aunque no lo recuerdo. Mamá se enoja por mi falta de memoria, pero murió cuando yo tenía cinco años. De él conservo la imagen de mis dedos atrapando su barba al alzarme en brazos, el pelo castaño, la caña de pescar, un par de fotos y mi amor por la cordillera de Los Andes. Y vos, ¿de qué te arrepentís?

—De huir —exhalé la queja—. Creo que es la primera vez que me

atrevo a decirlo en voz alta.

beto, apretándome la mano para dirigirme a la cocina y apagar el fuego, preparó la yerba en el mate y, tras poner azúcar, vertió el agua formando una sábana de espuma. Después de beber, me ofreció.

—Aún no me he acostumbrado a esta infusión.

—¿Muy amargo?

Negué con la cabeza. La bombilla quemaba y dejé el mate sobre la encimera.

—En España somos más de café y cañas.

—¡Las famosas tapas! Asentí.

—¿Extrañás tu país?

—Al principio del viaje escapaba de mi familia, de esas historias jamás contadas pero que vuelven a la cabeza con insistencia. Ahora sé que me he equivocado siempre. No huía de ellos.

—¿De quién entonces?

—De mí.

—Paula…

En sus labios de pronto el sonido de mi nombre significó algo distinto, alejado de la muerte, la incomprensión, la soledad. Con más tiempo, tal vez terminaría por gustarme. Le hablé de la sombra de mi hermana, de la piel sin cariño entre mis padres, de los geranios en el balcón de la abuela. Y de una Moira cada vez más dormida. Encontré las palabras exactas, esas que siempre parecían dispuestas a esconderse en mis desmayos, en mi falta de determinación. Luego, nos quedamos en silencio. Los rayos del sol fragmentaron los mapas y estanterías de libros. Las burbujas se disolvieron en el agua tibia del mate. Detenidos en esa postura, saqué la pitillera y desplegué su contenido sobre el tapete de la mesa: la fotografía de la abuela con mi hermana, el talismán maldito durante las semanas en Argentina; la cadena con la medalla de mariposa y la inscripción; y el recorte, el fragmento de una vida. Todos los objetos, nimios en su naturaleza, reducidos a metal, terciopelo desgastado, papel y plata, me electrizaron por su hechizo y mi rechazo hacia el pasado. beto observó la imagen de mi hermana intentando descifrar las semejanzas entre la verdadera Paula y yo, la impostora. Después la colocó sobre la repisa de la chimenea, bajo la caña de pescar, y encendió el equipo de música para poner un cedé de Luis Alberto Spinetta y alejarnos de la muerte.

—Esta alba cicatriza un círculo —evoqué los hechizos de Moira con la mirada puesta en la sangre del amanecer.

—¿Alargarías tu estancia?

—No quiero engañarte. Soy esclava de mis errores. Tomando la medalla de la mesa, dejé que la pusiera alrededor del cuello. El peso liviano de la cadena contrastaba con la solemnidad de sus

movimientos.

—Pero la tranquilidad existe, Livingstone —agregó adelantándose a las objeciones—. Al menos en El Calafate.

Siguiendo sus pasos, quité las mantas y las dos capas de abrigo, y salí a respirar la aspereza de la tierra. *Solo es la luz sin freno*, cantó beto al lado.

Y allí acepté el viento de la Patagonia.

23
COMIENZO

Los días, las semanas, los meses se sucedieron con el arrebato de las excursiones por la Patagonia, los proyectos en común, las primeras discusiones, los encuentros con su familia y amigos. Y, de repente, el curso de las horas se detuvo.

—¿Cuánto se tarda desde buenos Aires a El Calafate? — pregunté.

—¿Lo olvidaste tan rápido?

—No recuerdo el total. Hice escala en San Carlos de bariloche, ¿no?

—Intentá dormir.

—Tomé demasiado mate.

—Hablás cada día con más acento.

—¿Acento? Ya no sé cómo se conjugan los verbos.

—Solo a vos te preocupa.

Me di la vuelta en la cama buscando los ojos de beto en la oscuridad.

—¿Avisaste a Alejandro?

—A la tía, a mamá… a todos.

—Nunca han viajado tan lejos. Y tampoco son el alma de la fiesta. ¿Se encontrarán a gusto durante el asado?

—Son padres, no marcianos.

Me incorporé para ahuecar la almohada. Luego, sin terminar de acomodar la postura, me eché boca arriba.

—Llegan a las 7:35 a Ezeiza.

—Tiempo de sobra para el traslado posterior a Aeroparque.

—Ya.

—¿Te quedás más tranquila estando despierta? Faltan cuatro horas para el aterrizaje en buenos Aires. Tienen tu celu, el mío, el de mamá, el teléfono de la librería, de la agencia…

—Tienes razón —y le besé en la mejilla como cierre a la conversación.

Sin embargo, no pude dormir. El vuelo, las terminales de los aeropuertos, los taxis, el tráfico hasta la conexión en Jorge Newbery, otro vuelo hasta El Calafate… Fui a oscuras a la cocina apremiada por una tos incipiente ante los escenarios posibles del reencuentro. Y, mientras bebía un vaso de agua, la luz de la farola entró por la ventana acariciando con un guiño mi nueva vida. Nuestra vida.

Tras comunicarles por teléfono la decisión de prolongar la estancia en Argentina, mamá respondió: «Tranquila, Paula». Por primera vez no se compadeció. Ni una lágrima ni la exhibición de fragilidad por la distancia. Sentí, en cambio, su voz acariciándome como si el temor de la pérdida hubiera despertado su coraje. Y esa enerosidad me despojó del resentimiento. «¿Y papá?», pregunté entre sollozos. «Lo entenderá», contestó con la vibración de una sonrisa para añadir tras una breve pausa: «Si eres feliz…». Pero, cuando los tuviera delante, ¿por dónde empezar a relatar los dieciochos meses transcurridos, los cientos de correos electrónicos en busca de información sobre la abuela?

—¿Querés desayunar?

beto se acercó con paso dormido, arrastrando los pies, y se frotó los ojos cerrados por el sueño.

—¿Y si creen que he tirado mi vida?

—Gracias por el delito del que se me acusa —encendió la luz auxiliar de la alacena para preparar el café—. ¿Con leche o solo?

—Por teléfono no les he hablado de las cartas… ni de la novela.

—Trabajar en una librería ya es bastante revolucionario. Si con eso no les dio un infarto…

—No bromeo.

—Todo va a salir bien —recalcó cada palabra con suavidad.

—Les he tendido una trampa. Quizás debería haberles avisado de la cita con la investigadora del CONICET.

—¿Y llevarlos recién aterrizados en buenos Aires?

—¡Es tan poca la información! Después de año y medio de llamadas y correos electrónicos, solo aparece una entrevista en *El Obrero Textil*. Una página entre cientos desaparecidas. Pero no pierdo la esperanza de que en esa reunión se abran otras vías de investigación.

—Primero, deben aprender a perdonarse y luego asimilar los cambios —hizo una pausa—. ¿Con o sin?

—Con leche —contesté y puse en el tostador unas rebanadas de pan—. Por cierto, hemos de recoger los folletos para las rutas por el Chaltén. Alejandro no puede acercarse debido a la reunión con el responsable de la municipalidad en turismo.

—¡Por fin están los permisos! Si todo sigue así, vas a tener que laburar jornada completa en la librería.

—Tu tía y yo hemos aprendido a tolerarnos —dije recordando su último sermón por haber colocado mezcladas unas guías de cocina argentina con otras brasileñas—. Además adoro este trabajo.

—¿Y la escritura?

—Por las noches me concentro mejor. No dejo de darle vueltas a las iniciales de la medalla de plata, S. R., un misterio sin resolver.

Afortunadamente, Alejandro ha logrado descifrar la leyenda en el recorte de periódico bajo el retrato de la abuela. Gracias a un programa de tratamiento de imágenes, pudimos averiguar que trabajó en Temperley. Y ahora aparece esa entrevista en manos de la profesora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina.

—Livingstone, tenés que descansar. Volvió a restregarse los ojos.

—Leeré antes unos minutos.

—Voy a dormir un rato. Mañana esperan muchas emociones y con sueño destilo mal humor. Tus padres están deseando verte —añadió para silenciar mis dudas—. Y yo, conocerlos.

Se alejó al dormitorio después de abrazarme, arrastrando los pies, tal y como había aparecido entre las intermitencias de la noche. Terminé el desayuno más por calmar el dolor de estómago que por hambre y me acurruqué en el sofá con un libro en el regazo y un cigarro apretado entre los labios. Los delirios oníricos de *La condena* solo aumentaron mi desasosiego por el duelo entre Georg bendemann y su padre. No podía ser tan difícil reencontrarnos, abrazarnos. Y, sin embargo, las catorce horas restantes levantaron una barrera casi imposible de atravesar. Ante la falta de concentración, dejé la lectura de Kafka y me dispuse a hojear los textos escritos hasta el momento. Poco tiempo después de tomar la decisión de quedarme en El Calafate, reuní el valor para hablar con Catalina por el Messenger. De alguna manera le había robado dos veces: la primera vez al realizar el viaje hasta Argentina y, la segunda, cumpliendo su sueño de vivir en el país. Encendimos las cámaras y enseguida, al verme, pegó un grito de alegría. Solo quería saber qué había sucedido, cómo estaba, si obtuve más datos sobre la yaya, incluso cuándo podría venir a verme. La conversación duró horas y al final se despidió con una propuesta.

—Escríbeme por carta. Me lo debes.

Y así comencé un intercambio epistolar para relatarle el día a día en El Calafate, detalle a detalle. Mis primeros ascensos en la escalada, el frío azulado de los glaciares, las carreras de caballos sobre el Lago Argentino, el sonido de las aspas del molino durante las noches, esa forma de alzar la barbilla de beto cuando habla de peronismo… Y sus contestaciones me condujeron a otras cartas. Comencé a acumularlas en una caja de zapatos, luego en otra y en otra más. Unas dirigidas a mis padres, otras a la abuela, a mi hermana. Y a mí misma. Dentro de los sobres metía la etiqueta de una botella de vino, el ticket de un museo, el recibo del supermercado, un marcapáginas de la librería, el diseño en una hoja cuadriculada de la agencia de rutas por la naturaleza que beto y Alejandro se animaron a abrir, las primeras líneas de una historia enterrada por el viento. Cualquier papel que pudiera mostrarles quién era yo, Paula, la nieta, su hija. Sin embargo,

nunca las franqueé. ¿Cómo enviar en una carta lo que pertenece a una nueva manera de ser sin sentir que me estoy desnudando?

—No las mandes —me aconsejó beto una tarde en la que casi le prendo fuego a todos los papeles—. Escribí con ellas una novela.

¿Una novela? Pero, a pesar de reírme, de parecerme una salida absurda, cada día me sentaba en la encimera de la cocina a transformar las cartas en cuentos y los cuentos en un relato más extenso que fue tomando la forma de narración en fascículos de Moleskine, cuadernos rojos, morados, amarillos… según los iba rellenando. Nunca supe escribir a ordenador. Requiere de un pulso racional. Y entonces, embriagada por los recuerdos, las lecturas sobre la historia argentina de la primera mitad del siglo XX, las páginas comenzaron a hilarse para componer un tejido con muchos interrogantes y pocas respuestas pero con el esqueleto de una novela. Aun pesando más el desconocimiento de esa etapa, ponerlo por escrito daba sentido a mis decisiones.

Esa madrugada, a la espera de la llegada de mis padres, se detuvieron en mi cabeza, a más de diez mil kilómetros, los transeúntes de Santa Clara, los bancos a la vera del Castillo, el manto de niebla sobre el Duero, los árboles anudados de la Plaza de Viriato… Espacios que nos pertenecieron como familia hasta mis dieciocho años y que el dolor transformó en olvido, luego en rencor. Y ahora reinventaba ese tejido del tiempo. Las horas hasta el reencuentro se fundieron con mi nueva vida durante una madrugada de años trenzados por el hilo en una rosa de los vientos, según predijo Moira.

Al bajar de la camioneta desperté del letargo, de las horas que transcurrieron hasta la tarde. El Aeropuerto Comandante Armando Tola parecía menos solitario que en 2008. Tampoco hacía tanto viento ni los remiseros conservaban ese rictus de conductores por azar. Sin embargo, la textura fina y granulosa, suave y compacta de la tierra me sostuvo con fragilidad y decisión semejantes a las del día de mi llegada a El Calafate. busqué a mis padres entre los rostros de los turistas que cruzaban la puerta, imaginando que una cara contenía sus gestos hasta que la persona cambiaba de expresión y mis padres se desvanecían. beto observó mis titubeos alrededor de la entrada; en sus labios le rondaba una pregunta que no se animaba a formular.

—¿Extrañás España? —preguntó al fin mordiendo las letras.

—¿Recuerdas nuestro primer amanecer sobre el Lago Argentino?

—Claro —balbució.

—Mi felicidad es este paisaje —recalqué cogiéndole de la mano. Juntos caminamos hasta la entrada.

—Pero… ¿extrañás España? —repitió la pregunta.

La puerta corredera se abrió. Dos manos se alzaron entre las sombras de los viajeros.

—Ya no.

EPÍLOGO

Trabajo Standard

Con una Obrera de la Hilandería Temperley

Águeda Blanco, una de las activistas militantes de la rama de hilandería, actualmente en huelga, comparte con Sandro Romano, periodista del *El Obrero Textil*, sus impresiones sobre el conflicto que sostienen desde septiembre, hace ya más de un mes.

—¿Qué tal, compañera?

—Nosotras siempre igual, trabajamos mucho y ganamos poco.

—¿La huelga no es un descanso?

—Aunque el patrón piense lo contrario, no hemos paralizado nuestras tareas por capricho. Como delegada de la zona, ni en la algodonera ni en la hilandería de Temperley las condiciones de trabajo son adecuadas. El salario y el trato nos obligan a la huelga.

—Según la patronal, trabajan para gastos de pinturas y les molesta no tener más dinero para ese tipo de compras.

—¿Gastos de pinturas? Los salarios son bajos, nos pagan con retraso y además nos quieren rebajar un quince por ciento a pesar de que nuestra producción en cantidad y calidad está en las mismas condiciones que la de los hombres. A lo mejor es el patrón el que se lo gasta en pinturas.

—La explotación no solo afecta a la algodonera y la hilandería. Como responsable de la zona, ¿qué exigen las compañeras de la confección?

—Están hartas del capataz, un hombre que dice no entender el castellano cuando recibe las quejas pero que convenció a los patrones de implantar un sistema de trabajo basado en el uso de máquinas.

—En principio, suena bien.

—Sonar suena bien, pero la realidad oculta otra cara menos agradable. Conozco bien la confección; empecé a trabajar en esa sección.

—Águeda, ¿cuándo llegaste a Argentina?

—En 1933, con apenas dieciséis años.

—Una época sangrienta para el sindicalismo.

—Las represiones y las matanzas solo consiguieron unir a los trabajadores. Desde entonces he trabajado en confección y ahora en hilandería. Fue duro separarme de mis padres, pero la pobreza apretaba y ahora aprieta más en España después de la guerra. Mi salario les ayuda a sobrevivir.

—¿Piensas regresar algún día?

—Me costó mucho llegar a la Argentina: a mi familia, todos sus ahorros; y a mí, casi la vida. Mi primo y yo nos hicimos pasar por un matrimonio y, gracias a personas de enorme coraje y generosidad, conseguimos subir al barco. La travesía, los comienzos en Buenos Aires… Cuando miro hacia atrás me parece la vida de otra persona. Y, sin embargo, en ese camino siempre tuve el apoyo y las enseñanzas de otras mujeres. Por eso, me debo a mis compañeras y especialmente a las que se encuentran en la misma situación que yo cuando divisé el Río de la Plata.

—¿Por eso te preocupa lo que les sucede a las obreras de la confección?

—Por supuesto. Desde principios de este año, comenzaron a despedir a muchas trabajadoras. Después de transformar la fábrica poniendo las máquinas en una bancada con una especie de mesa corrediza, seleccionaron a las obreras más jóvenes y resistentes para explotarlas durante horas. A pesar de prometerles el oro y el moro, no se cumplió con el pacto.

—¿En qué consistían las promesas?

—Fundamentalmente en acabar con los sueldos miserables. No se puede ganar entre 2,5 y 3,5 pesos por jornada. ¿Quién puede vivir con ese sueldo? Las compañeras empezaron a trabajar con las máquinas y ni se mejoró la seguridad ni aumentaron los salarios. Nosotras, como militantes, fuimos a observar para tomar conciencia y, por otro lado, para que ellas

sintieran nuestro apoyo.

—¿Y cuál es la reacción en la fábrica?

—Las obreras necesitan el salario, aunque sea bajo, y muchas no se pueden poner en huelga. Y eso alegra al patrón. Incluso la producción ha aumentado más que antes, cuando todas las compañeras trabajaban sin máquinas. Pero ¿podrán resistir durante mucho tiempo bajo esas condiciones? Eso a la fábrica le da igual porque muchas otras mujeres están esperando a ser contratadas. Si el modernismo en la producción acaba con la salud de las trabajadoras…

—Acusan al sindicato de exagerar.

—¿Es una exageración que las compañeras con hijos recién nacidos no hayan recibido los cuidados gratuitos de un médico o una partera porque no se está cumpliendo con la Ley de Protección a la Madre Empleada u Obrera? ¿Y que muchas lleguen a casa y no puedan dormir por los temblores del cuerpo después de 14 horas sin separarse de las máquinas?

—¿Y no sería una solución perfeccionarlas?

—Solo si están al servicio de la trabajadora y no al revés. Las máquinas transforman el cuerpo de la obrera, que mueve sus brazos deprisa ajustándose al ritmo en movimientos sin descanso, ni siquiera de un minuto, porque no se puede detener la marcha. Y así diariamente.

—Entonces, ¿hasta cuándo va a durar la huelga?

—Hasta que sea necesario. Queremos terminar 1940 ganándole esta batalla al capitalismo.

Mientras hablaba la obrera y delegada sindical Águeda Blanco, me acordé de *Tiempos Modernos*, la película de Carlitos Chaplin, que tan fielmente refleja cómo las máquinas amenazan la dignidad del ser humano en beneficio de la voracidad capitalista. No se trata de una obra de la imaginación ni sucede en un país lejano. Por eso, corresponde a las trabajadoras de todas las fábricas organizarse para vencer la vil explotación.

S. R.

Agradecimientos

Este libro no existiría sin mi familia, mis amigos y todas aquellas personas que me apoyaron durante su escritura. En especial, le doy las gracias a Leticia.

Tampoco quiero olvidarme de Verónica Norando, doctora en Historia de la UBA e investigadora del CONICET, por haber compartido conmigo los números de *El Obrero Textil*. En el epílogo de la novela resuenan, a modo de homenaje, los ecos de este periódico.

DONDE YA NO HAY ADIÓS
Colección Lunaria N.º 112

© De los textos Olivia Vicente Sánchez

© De la edición EDI TORIAL CELYA
Apdo. Postal 1.002 - 45080 Toledo www.editorialcelya.com celya@editorialcelya.com
Tfno: 639 542 794

Diseño de la cubierta Carolina bensler

Primera edición: Octubre, 2021

ISbN: 978-84-18117-30-5
D.L.: TO 172-2021

Imprime CELYA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.